

L A T R A G E D I A D E M I
V I D A

C A R T A A L O R D
A L F R E D D O U G L A S

O S C A R W I L D E

Título del original inglés:
THE TRAGEDY OF MY LIFE

Libros Tauro

Cárcel de Reading.

Querido Bosie:

Luego de una prolongada e infructuosa espera, he tomado la decisión de escribirte, y ello tanto en tu interés como en el mío, pues me subleva el pensar que he estado en la cárcel dos interminables años sin que haya recibido de ti una sola línea, una noticia cualquiera, que no he sabido nada de ti, aparte de aquello que tenía que serme doloroso.

Ha concluido para mí de un modo funesto y con escándalo público para ti, nuestra trágica amistad por demás lamentable. Sin embargo, muy rara vez me abandona el recuerdo de nuestra vieja amistad, y experimento una profunda tristeza cuando pienso que mi corazón, henchido antes de amor, está ahora

para siempre colmado de maldiciones, de amargura y de desprecio. Y con toda seguridad, tú mismo sientes en el fondo de tu alma, que es mejor escribirme a mí, que me encuentro en la soledad de la existencia carcelaria, que no dar a la publicidad, sin mi expresa autorización, cartas mías, o dedicarme poesías, sin permiso alguno también. Y esto, aunque nada sepa el mundo de las frases abatidas o apasionadas, de los remordimientos de conciencia, o de la indiferencia que te agrada evidenciar en respuesta o a manera de justificativo.

En esta carta que voy a escribir sobre tu vida y la mía, sobre el pasado y el porvenir, sobre unas dulzuras trocadas en amarguras, y sobre unas amarguras que acaso lleguen a trocarse en alegrías; con toda seguridad habrá muchas cosas que tienen que herir, que hacer brotar sangre a tu vanidad. De ser así, vuelve a leerla hasta que quede muerta esa vanidad tuya. Si en ella hallas algo que supongas te ataca injustamente, no eches esto en olvido: que deben agradecerse aquellas culpas por las cuales puede uno ser acusado injustamente. Y si te llena los ojos de lágrimas algún párrafo aislado, llora como aquí en la cárcel lloramos, en esta cárcel donde no se escatiman las lágrimas ni de día ni de noche.

Es esto lo único susceptible de salvarte. Pero, si acudes en queja a tu madre -cual otrora hiciste, del menosprecio que por ti manifestaba en mi misiva a Robbie-, para que te mime y te arrulle para satisfacción de tu orgullo, estás entonces irremediablemente perdido. Porque apenas halles a tu conducta una disculpa, ciento hallarás, y has de retornar a ser, en un todo, el mismo que antes fuiste.

¿Persistes en tu afirmación, como lo afirmaste en tu contestación a Robbie, de que yo te adjudiqué móviles indignos? ¡Ay! ¡Si jamás has tenido móviles en tu vida! No tuviste más que apetitos. Un móvil es un fin espiritual. ¿Persistes en alegar que eras muy joven cuando se inició nuestra amistad? Si pecaste de algo, no fue de inexperiencia, sino, precisamente, de todo lo contrario. Tiempo hacía ya que habías dejado en pos de ti el alba de tu juventud, con su vello sutil, su nítida y pura luz, su ingenua e impaciente alegría. Evolucionaste del romanticismo al realismo con demasiada rapidez, a pasos de gigante. Eras ya presa del arroyo y de cuanto hierve en él. Fue éste el origen de aquel disgusto en cuya oportunidad recurriste a mí, y en que yo, movido de compasión, y por bondad, te presté mi ayuda, con

tanta imprudencia si tenemos en cuenta lo que se entiende por prudencia en este mundo.

Tendrás que leer esta carta desde la primera hasta la última letra, aunque te penetre cada palabra como si fuera fuego, o como penetra el bisturí del cirujano. Preciso es que con ella sangre o se abraza, la delicada carne. Recuerda que la demencia que aparece en los ojos de los dioses, es por completo distinta de la que se advierte en los de los hombres. Aquel que todo lo ignora de las formas del arte de la expresión; del proceso evolutivo del pensamiento; del esplendor del verso latino; de la armonía sonora del griego, opulento en vocales; de la escultura toscana y de la elisabetiana lírica, podrá, así, ser discreto hasta la exquisitez. La verdadera demencia, de la que se burlan o con la que juegan los dioses, es la que a sí misma se ignora.

Durante demasiado tiempo así fui yo, y así fuiste tú. Ya no debes serlo más. No tengas miedo; es la ligereza el mayor de los vicios, y es justo todo lo que llega a la conciencia. Debes pensar, también, que si te provoca pena la lectura de esto, harta más pena me produce a mí escribirlo. Muy benévolas se mostraron contigo las potencias ignoradas. Te permitieron ver los vicios, esas trágicas formas de la vida,

cual se divisa la sombra en un espejo. Únicamente en el espejo has visto la cabeza de Medusa, el ser viviente trocado en piedra. Tú mismo seguiste andando libre y entre flores; a mí, me quitaron el hermoso mundo del color y del movimiento.

Deseo empezar por decirte que me formulo reproches espantosos. Sí, ahora, sentado aquí en esta lóbrega celda, cubierto con este uniforme de presidiario; ahora, que soy un hombre sin honra, aniquilado, me formulo espantosos reproches. En el transcurso de estas noches atroces, atravesadas por accesos de terror; en el transcurso de estos días tan largos e iguales, me formulo espantosos reproches. Me reprocho haber permitido que embargase completamente mi vida una amistad cuyas raíces no estaban en el espíritu, una amistad que no tenía por primordial objeto la creación y contemplación de la belleza. Nos encontrábamos, desde un comienzo, separados por un abismo demasiado profundo. Tú, en el colegio, fuiste perezoso y haragán, y algo peor aún en la Universidad. No acudió jamás a tu mente el pensamiento de que un artista, y en especial un artista como ese al cual me refiero, o sea en quien el valor de la obra dependía del vigor íntimo de su personalidad, pudiese haber menester, para desarro-

llo de su arte, del trueque de las ideas, de un ambiente espiritual, de calma, de paz, de soledad. Admirabas mis trabajos cuando estaban terminados, y celebrabas los auspiciosos resultados de los estrenos de mis obras y de las brillantes fiestas que eran como su coronación. Y, naturalmente, de un modo superlativo te agradaba ser el amigo dilecto de artista tan esclarecido. Mas no pudiste comprender jamás cuáles eran las circunstancias que debían concurrir en la creación de obras de arte. Si te afirmo que en todo el tiempo en que estuvimos juntos no escribí una sola línea, no incurro en una exageración retórica, sino que digo la verdad más estricta, fundamentada en hechos concretos. Mi vida, tanto en Torquay, como en Goring, como en Londres, como en Florencia o como en otro punto cualquiera, en tanto estuviste a mi vera, fue absolutamente estéril e improductiva. Y, desgraciadamente, excepción hecha de contadas interrupciones, estuviste siempre a mi vera.

Me acuerdo, por ejemplo -a fin de citar un solo caso entre muchos-, que, en setiembre de 1893, arrendé varias habitaciones amuebladas, con el único propósito de trabajar sin que me molestasen. Había rescindido mi contrato con John Hare, a

quien había prometido una obra teatral, y que me urgía para que le diese término lo antes posible. En el transcurso de la primera semana, no te dejaste ver; habíamos disputado, lo cual no podía dejar de ocurrir, a raíz del mérito de tu traducción de *Salomé*.

Te limitaste a escribirme, diciendo al respecto los mayores dislates. Escribí y terminé hasta en sus mínimos detalles, durante aquella semana, el primer acto de *El marido ideal*, dejándolo tal como en definitiva hubo de ser representado. Volviste a aparecer la segunda semana, y mi trabajo se acabó.

Me dirigía todas las mañanas, a los once y media, a St. James Place, a fin de meditar y escribir sin las molestias que hallaba en mi hogar, a pesar de lo tranquilo y apacible que el mismo era. Pero, completamente inútil fue mi empeño.

Llegabas en coche, a las doce, y allí te quedabas, fumando cigarrillos y dando cháchara, hasta la una y media; y después tenía yo que llevarte a almorzar al café Royal, o al restaurante Berkeley. La comida y los licores, por regla general, se prolongaban hasta las tres y media. Te marchabas por un rato al White's Club, y volvías nuevamente a la hora del té, y te quedabas a mi lado hasta el instante de cambiar de ropa para comer. Cenabas en mi compañía, ya en el

Savoy, ya en Tite-Street. Por regla general, no nos separábamos hasta medianoche, dado que la embriagadora jornada había menester de la coronación con una cena en Willis. Y tal fue mi vida en el transcurso de aquellos tres meses, un día tras otro, haciendo la salvedad de los cuatro que anduviste viajando. Luego de éstos, como es natural, tuve que ir a buscarte a Calais.

Era ésta una situación al mismo tiempo trágica y grotesca para un hombre de mis condiciones y de mi manera de ser.

Ahora, no puedes dejar de comprenderlo. No puedes ahora dejar de reconocer que esa tu imposibilidad de estar solo, tu exigente carácter, que para nada tomaba en cuenta el tiempo de los demás, ni hacía el menor caso de la consideración a que tenían derecho; que tu incapacidad para una concentración espiritual de envergadura; el deplorable hecho -pues no es mi deseo ver en ello otra cosa- de que no pudieras hacerte a las modalidades de Oxford en cuanto se refiere a cosas del espíritu, vale decir, que jamás hayas podido ser un hombre capaz de barajar con gracia las ideas, sino que, por el contrario, sustentases opiniones por demás violentas; todo esto, agravado por aquello de que tus deseos e intereses

se sentían más inclinados a la vida que al arte, resultó tan perjudicial para el desenvolvimiento de tu formación, como para mi propia tarea artística.

Al comparar la amistad que tuve contigo con la que he tenido con hombres jóvenes aún, como John Gray Pierre Louys, me siento avergonzado. Mi vida, mi vida superior, pertenecía a ellos y a sus semejantes. Ahora no he de hablar de las consecuencias terribles de nuestra amistad. Tan sólo pienso en la naturaleza de esa amistad, en tanto perduró. Espiritualmente, me ha envilecido. Se encontraban en ti, en germen, los impulsos de un temperamento artístico; pero di contigo demasiado tarde, o demasiado temprano, no puedo puntualizarlo. Cuando te hallabas lejos, en mí todo se iba ordenando a la perfección.

Cuando -a principios de diciembre del año antes mencionado- conseguí que tu madre te enviase al exterior de Inglaterra, de inmediato torné a juntar las embrolladas y rotas mallas de mi imaginación, recobré otra vez el dominio sobre mi vida, y no solamente finalicé los tres actos de *El marido ideal* que faltaban, sino que imaginé también otras dos obras de índole completamente distinta: *La tragedia florentina* y *La santa cortesana*, estando casi en un tris de po-

nerles punto final. De pronto, sin que te llamaran, en momento escasamente oportuno, en circunstancias que habían de ser nefastas para mi felicidad futura, te haces presente en mi casa. Y no pude ocuparme de nuevo de esas dos obras sin terminación aún, y nunca, en lo porvenir, pude retornar a aquel estado de espíritu que les insuflara vida. Tú mismo, y en especial ahora que ya has dado a la publicidad un tomo de poesías, comprenderás cuán cierto es lo que acabo de decirte. Pero, lo comprendas o no, ésta es, de cualquier manera, la horrible verdad de la intimidad de nuestras relaciones.

En tanto estuviste a mi lado, fuiste la causa de la ruina total de mi arte; y por esto, porque consentí tu perenne presencia entre el arte y yo, siento ahora semejante vergüenza, tan insuperable pesar.

No podías saber, ni comprender, ni darte cuenta. Nada me concedía el derecho de esperarlo de ti. Tu interés tan sólo servía a tu gula y tus caprichos; simplemente se encaminaba tu afán hacia placeres y goces más o menos comunes, que necesitaba tu temperamento, o que creía necesitar.

Debía haberte prohibido la entrada a mi casa y a mi cuarto de trabajo, salvo en aquellas ocasiones en que, de un modo especial, te hubiera invitado a ha-

certe presente. No hallo disculpas a mi flaqueza. Porque sólo fue flaqueza. Nada más que media hora de intimidad con el arte, siempre significaba para mí más que un siglo en tu compañía.

Nada, en momento alguno de mi vida de entonces, tuvo para mí la mínima importancia, en comparación con el arte. Pero, para el artista, equivale a la perpetración de un crimen una flaqueza envaradora de la imaginación.

Y me enostro haber permitido que ocurriese mi deshonoroso quebranto por tu causa.

Me acuerdo de una mañana de comienzos de octubre de 1892, en que me hallaba sentado con tu madre en los ya amarillentos bosques de Bracknell. Por ese entonces, muy poco era lo que yo sabía acerca de tu verdadera manera de ser. Me había detenido en Oxford a pasar contigo las horas que transcurrieran desde el sábado hasta el lunes. Estuviste diez días junto a mí en Cromer, jugando al golf. Bien te sentaba esta distracción, y empezó tu madre a hablarme de tu carácter. Me reveló tus dos principales defectos: tu vanidad y, como decía ella, el carecer de la noción del valor del dinero. Recuerdo con toda exactitud cómo reí al escucharla: ¡cuánto distaba de imaginarme que el primero de

esos tus defectos iba a llevarme a la cárcel, y el segundo a la falencia! Me pareció la vanidad algo así como una flor bonita con la cual se adorna un muchacho, y en lo que a la prodigalidad se refiere -pues supuse que tu madre sólo deseaba hablar de prodigalidad-, nada más lejano de mí mismo, como de los míos, que las virtudes de la prudencia y del ahorro. Mas apenas llegó a contar un nuevo mes nuestra amistad, ya iba comprendiendo lo que en realidad intentaba dar a entender tu madre. Tu perseverancia en una vida de demente derroche; tus perennes exigencias de dinero; esa tu pretensión de que yo tenía que pagar todas tus diversiones, estuviese o no junto a ti, me aportaron, al cabo de cierto tiempo, muy serias dificultades de orden económico; y lo que, además, tornaba para mí infinitamente menos interesante ese monótono libertinaje, fue que, al mismo tiempo que te inmiscuías con más empeño y testarudez en mi existencia, se despilfarraba el dinero casi únicamente para dar satisfacción al placer de comer, de beber, o a otros de la misma categoría. De vez en cuando, constituye un placer tener una mesa con las bermejas notas de los vinos y las rosas; pero dejaste muy en pos de ti las normas del gusto refinado y de la moderación. Sin ninguna deli-

cadeza pediste, y recibiste sin la menor gratitud. Fuiste paulatinamente pensando que tenías como derecho a una orgía carente de freno, a la cual no estabas habituado ni mucho menos, debido a lo que progresivamente se iba exacerbando tu concupiscencia. Finalmente, cuando el juego empezó a dársete malo, en un casino de Argel, simplemente me telegrafaste al día siguiente a Londres, a fin de que ingresara en tu cuenta bancaria la suma despilfarrada; y luego, nunca más volviste a recordar para nada el incidente.

Si te digo, ahora, que desde el otoño de 1892 hasta mi ingreso en la cárcel, gasté contigo, y en tu beneficio, más de cinco mil libras en efectivo, aparte de las deudas contraídas, podrás hacerte un cuadro de la índole de vida que pretendiste llevar a mi costa.

¿Supones que estoy exagerando las cosas? Mi gasto cotidiano en Londres, por almuerzo, comida, cena, entretenimientos, carruajes y demás, variaba por lo general entre doce y veinte libras esterlinas; como es natural, se hallaba en relación con ello el gasto semanal, vale decir, oscilaba entre ochenta y ciento treinta libras. Durante los tres meses que estuvimos juntos en Goring, mis gastos -incluido, por

cierto, el arrendamiento de la vivienda- llegaron a las mil trescientas cuarenta libras. Paso a paso, debimos recorrer, con el síndico de la quiebra, cada partida de mi vida. Aquello fue horrible. Una existencia sencilla con el pensamiento deslizándose a gran altura , era, en cualquier caso, un ideal que no hubieras sabido imaginar; pero, semejante derroche, constituía una vergüenza para los dos. Una de las más deliciosas comidas de que me acuerdo, es una que hicimos Robbie y yo en un cafetín del Soho; costó, mas o menos, en chelines, lo que generalmente costaban en libras las que yo te pagaba. Nació de aquella comida en compañía de Robbie, el primero y más bueno de todos mis diálogos. Se concibió ante una lista de tres francos con cincuenta céntimos, la idea, el título, la acción, la forma, todo... Nada restaba de aquellos frívolos festines celebrados contigo, como no sea la desagradable impresión de haber comido y bebido excesivamente.

Y hasta para ti mismo debía resultar pernicioso que me doblegase a tus caprichos. Eso, ahora lo sabes muy bien. Ello hizo que fueras, a menudo, exigente, muchas veces por demás desconsiderado, siempre escasamente amable. En demasiadas oportu-

tunidades fue menguado júbilo obsequiarte, y un honor parco en exceso. Echabas al olvido, no he de decir las corteses fórmulas del agradecimiento, pues no entiende de fórmulas así una amistad estrecha, sino simplemente el encanto de hallarse en grata compañía, el placer de una charla agradable, ese *terpnoncalon*, como decían los griegos, y las dulzuras todas del trato humano, que hacen que merezca la existencia ser amada y melodiosa, como la música, que no permite ninguna desafinación, incluso en los lugares menos armoniosos y más callados. Y aunque acaso te asombre que alguien, en la espantosa situación en que estoy ahora, establezca diferencias entre los motivos de bochorno, francamente debo declarar que aquella locura de derrochar todo el dinero por ti y de permitir que dilapidases mis bienes, perjudicándonos a los dos, me da, y concede, a mi juicio, a mi quebranto, un carácter de soez libertinaje que centuplica mi vergüenza.

Había sido yo hecho para otras cosas. Pero, lo que me recrimino con mayor dureza, es haber permitido que me tornases tan absolutamente vil. Es la voluntad la base del carácter, y se vio mi fuerza de voluntad sometida por completo a la tuya. Esto, que expresado así parece grotesco, es, empero, cierto

por demás. Aquellas continuas peleas que parecían ser para ti una necesidad física, y en las cuales se echaban a perder del mismo modo el cuerpo y el espíritu, y eran tan horrorosas de ver como de oír; esa fea manía que heredaste de tu progenitor, y que te induce a escribir cartas impertinentes que provocan indignación; el no saber en modo alguno dominar el impulso de tus sentimientos, que algunas veces exteriorizas en largos períodos de mal humor silencioso, y otras en los súbitos arranques de una furia casi epiléptica; todo esto, a cuyo respecto una de las cartas que te envié, y que dejaste descuidadamente en el Savoy, o en cualquier otro hotel, de modo que fuese posible al letrado de tu padre elevarla al juez - contenía un ruego desgarrador, como si hubieses estado en condiciones de reconocer lo patético de su fundamento y de su exteriorización; afirmo que todo constituyó el origen y el motivo de que accediese de una manera tan nefanda a tus pretensiones, que día a día aumentaban. ¡Me gastaste! Fue el triunfo de lo mezquino sobre lo grande. Una manifestación de esa tiranía de los débiles sobre los fuertes, que llamo en una de mis obras, La única tiranía efectiva .

Y resultaba inevitable que ocurriese.

Es necesario hallar en cada una de las circunstancias de la vida en común, un *moyen de vivre*. Era necesario doblegarse a ti, o de lo contrario, imponérsete. No restaba otra disyuntiva. Yo, a raíz de mi profunda aunque errónea inclinación hacia ti; de la inmensa compasión que sentía por los defectos de tu temperamento y de tu carácter; de mi conocida bondad de corazón; a consecuencia de mi indolencia celta y de mi odio de artista por los modales guarangos y por las palabras gruesas; a causa de esa incapacidad de rencor que me caracterizaba entonces; de mi asco a contemplar la vida en su amargura y en su fealdad, y porque el tener, en verdad, puestos mis ojos en otras cosas, me hacía considerar todo aquello como meras fruslerías, por demás fútiles para merecer algo que no fuese un interés del momento; por todos estos motivos, por muy simples que puedan parecer, siempre he sido yo quien tuvo que ceder.

Y la inmediata consecuencia de ello, fue que tus pretensiones, tus ansias de dominio, tus exigencias opresoras, aumentarán más absurdamente por momentos. El más ruin de tus impulsos, el más vil de tus apetitos, la más mísera de tus pasiones, se convirtieron para ti en leyes que debían regir en todo

momento la existencia de los demás, y a las cuales éstos, llegado el caso, habían de ser sacrificados fatalmente y sin el menor escrúpulo.

Te constaba que era suficiente que armases un escándalo para imponer en todo momento tu santa voluntad, y de esa suerte es perfectamente natural que casi inconscientemente, no es mi deseo dudar de ello, exacerbases hasta lo indecible la violencia. Ya no sabías al final de cuentas, el término que perseguías ni hacia qué fin corrías. Luego de haberte hecho brotar de mi genio, de mi voluntad y de mi fortuna, en la ceguera de tu insaciable deseo, exigiste todo mi ser. Y de él te adueñaste. Fue ese el momento más crítico y de más trágico aspecto de mi vida toda. Precisamente al punto de ir a dar yo el deplorable paso de entablar mi estúpido proceso, me atacaban, por un lado tu padre, mediante espantosas tarjetas entregadas en mi círculo social, y por el otro tú utilizando cartas igualmente desagradables. Esa misiva tuya, que me llegó el día en que me dejé arrastrar por ti a solicitar a la policía la ridícula orden de arresto contra tu padre, es una de las más infames que has escrito en tu vida, y lo hiciste por los motivos más vergonzosos. Me habíais hecho perder la cabeza entre los dos. La razón hizo aban-

dono de mi mente. Y vino a reemplazarla el miedo. Ya no vi -y así deseo declararlo francamente- ninguna posibilidad de librarme de ustedes. Y trastabillando como el buey que marcha al matadero, ciegamente, me precipité en ello.

Había cometido un enorme error psicológico. Había supuesto siempre que someterme a tu voluntad en las cosas sin importancia, no me llevaría más lejos; que me resultaría factible, al llegar el instante decisivo, imponer nuevamente la superioridad natural de mi energía. Pero no fue así. Cuando llegó ese instante, me falló por completo mi energía. En realidad, en la vida, nada es grande ni chico; todo tiene el mismo valor y las mismas proporciones. Mi costumbre -que en un comienzo sólo era, en realidad, consecuencia de mi indiferencia-, mi costumbre digo, de cederte en todo, insensiblemente llegó a formar una parte esencial de mí mismo.

Sin que me diera cuenta de ello, se había ido cuajando mi temperamento en un estado de espíritu perennemente funesto. Dice con sobrada razón Pater, en el epílogo tan sutil de la edición original de sus *Ensayos*, que "sucumbir es adquirir hábitos". Al enunciarse ese axioma, pensaron los ingenios de Oxford que la frase era sencillamente una capricho-

sa inversión de la, por cierto un tanto tediosa, *Ética* de Aristóteles. Mas no deja de involucrar una verdad asombrosa y terrible. Te había permitido enterrar la energía de mi carácter, y se había manifestado en mí la adopción de una costumbre, no sólo en forma de muerte, sino casi como de aniquilamiento. Todavía fuiste para mí más dañino desde el punto de vista moral que desde el artístico.

No bien quedó extendida la orden de arresto, fue tu voluntad, naturalmente, la que lo dirigió todo. En la época en que debía yo haber estado en Londres, en que debía haber solicitado discretos consejos y meditado en calma sobre el horrible cepo en que me dejara atrapar -la trampa del necio, como aún hoy dice tu padre-, insististe para que te acompañase a Montecarlo; allí justamente, al más asqueante lugar de este mundo, para que pudieses jugar, desde la mañana hasta la noche, durante todo el tiempo que permanecía abierto el Casino. En lo que a mí respecta -puesto que para mí el *baccarat* no tiene atractivo alguno-, me quedé fuera del palacio de juegos, solo. Te opusiste a que hablásemos, aunque más no fueran cinco minutos, de la situación en la que tu padre y tú me habíais colocado. Mi única misión allí era pagar tu cuenta en el hotel y sufragar el monto

de tus pérdidas. Caía en saco roto cualquier alusión mía a las pesadumbres que me aguardaban. Mucho más pudo interesarte una flamante marca de champaña que nos recomendaron.

Cuando retorné a Londres, aquellos de mis amigos a quienes realmente correspondía preocuparse por mí, me pidieron insistentemente que emprendiese la fuga al extranjero, y no diese oportunidad a que se iniciase un proceso propio de locos. Siempre atribuíste ese consejo a motivos subalternos e infames, y considerabas que al escucharlo, era yo un perfecto pusilánime. Fuiste tú quien me obligó a quedarme; tenía que refutar con toda audacia las imputaciones que se formulaban, y de ser posible, con embustes tontos y de pésimo gusto, ante el magistrado, Me detuvieron, por fin, y tu padre se convirtió en el héroe del día. Mucho más, aún: cuenta ahora tu familia, aunque bastante cómicamente, entre los inmortales. Pues, merced a ese grotesco resultado, especie de componente gótico de la Historia, que convirtió a Clío en la menos seria de las musas, perdurará tu progenitor entre los espíritus mejores y más nítidamente intencionados de la literatura de género moral; ocuparás un puesto a la vera del niño Samuel, y yo me encuentro hundido

en el más profundo lodo de Malebolge, entre Giles de Retz y el marqués de Sade.

Como es lógico, debí haberme librado de ti; debía haberte aventado, como se aventan las polillas de la ropa. En la que fue de todas sus tragedias, la más maravillosa, nos refiere Esquilo la historia del noble que criaba un leoncillo en su casa; le quería porque con brillantes ojos atendía cuando le llamaba, y contra él se restregaba cuando quería comer. Y cuando creció el animal, reveló su naturaleza real, hizo trizas a su amo, su casa y todo cuanto poseía. Comprendo ahora que yo era como ese noble.

Mas no estriba mi culpa en no haberme apartado de ti, sino en haberlo hecho demasiadas veces. En el lapso que mi memoria abarca regularmente he quebrado mi amistad contigo cada tres meses, y cada vez que ha ocurrido esto, conseguiste, recurriendo a apremiantes suplicas, a telegramas, cartas, a la intervención de tus amigos y de mis amigos, y a otras cosas por el estilo, hacerme cambiar de manera de pensar, y que te permitiera volver a mi lado.

Cuando, a fines de marzo de 1893, te fuiste de mi casa de Torquay, fue tan indigna tu aparición la noche anterior a tu viaje, que resolví no volver a dirigirte nunca más la palabra, ni permitir, en modo

alguno, que siguieses estando junto a mí. Telegráficamente y por escrito, desde Bristol me suplicaste que te concediera mi perdón y fuera a reunirme contigo. Uno de tus profesores de la Universidad, que estaba allí, me dijo que en ciertos momentos no era posible, en absoluto, considerarte responsable de lo que decías y hacías, y que dicha opinión era también compartida sino por todos, por lo menos por la mayoría de los estudiantes del Magda College.

Accedí a reunirme contigo, y como es natural, te perdoné. En el transcurso del viaje a Londres, me pediste, casi suplicando, que te acompañase al Savoy. Realmente funesta debía ser para mí esta visita. En junio, tres meses mas tarde, nos encontrábamos en Goring. Vinieron a visitarnos, con motivo del fin de semana, algunos de tus conocidos de Oxford. Armaste un escándalo tan horrible, tan despiadado, en la mañana de su partida, que te expresé que debíamos separarnos. Me acuerdo perfectamente cómo, encontrándonos en aquel terreno de croquet, rodeado de césped, te hice notar que nos estábamos amargando la vida mutuamente, que destrozabas completamente la mía, y que yo poco, en evidencia, te hacía dichoso. Añadí que una despedida definitiva, una separación total, era la medida más prudente

y más cuerda que podíamos adoptar. Con la cara larga te fuiste a almorzar, y le dejaste al camarero una carta atiborrada de injurias, con orden de que me la entregase luego de tu partida. No habían transcurrido aún tres días, y ya me suplicabas, desde la capital británica, por telégrafo, que te concediese mi perdón y te mandara regresar.

Yo había tomado allí una casa, por amor a ti; accediendo a tus súplicas, coloqué en ella a tu propio criado. Me dolió siempre sobremanera verte víctima de ese espantoso carácter. Te quería. Te dije, por lo tanto, que regresases, y te perdoné. Tres meses más tarde, en setiembre, se produjeron sin embargo nuevos escándalos, motivados por haberte yo señalado, en tu intento de traducción de *Salomé*, tus faltas de colegial. Actualmente, debes ya saber suficiente francés para comprender que tu versión era tan indigna de un estudiante de Oxford como de la obra que pretendía reflejar. La verdad es que no lo sabías entonces; en una de las altisonantes misivas que al respecto me enviaste, me decías que no te sentías conmigo en deuda espiritual de ninguna índole". Me acuerdo de eso aún; cuando leí semejante afirmación, sentí que realmente era la única verdad que hubieses escrito nunca en el curso de

nuestra amistad. Comprendí que habría sido mejor para ti trabar relación con algún hombre con menos cultura que yo. Te ruego que no veas en estas palabras ninguna acritud; sencillamente lo dejo sentado como un hecho que regula la totalidad de las relaciones sociales. Al final de cuentas, es la conversación el nudo de todas, tanto en el matrimonio como en la amistad.

Ha menester la conversación de una base común, y no es posible que exista entre dos personas de una cultura absolutamente opuesta. No deja de tener un relativo atractivo la trivialidad en el modo de pensar y de obrar; ese atractivo constituye el eje de una muy ingeniosa filosofía, expresada por mí en sendas paradojas y obras teatrales; pero, con frecuencia, la insulsez y la necedad de nuestra existencia, me hastiaban. Tan sólo en el fango nos hemos encontrado. Y por cautivante, por muy cautivante que fuese el tópico en torno al cual giraban invariablemente tus pláticas, acababa por ser hartó monótono para mí. El aburrimiento hacía con frecuencia presa de mí, pero lo soportaba, así como tu inclinación a las frívolas funciones de variedades, o tu manía de despilfarrar de un modo estúpido en el yantar y el beber; lo soportaba como una de tus condiciones escasa-

mente gratas; vale decir, como algo a lo que no quedaba otra disyuntiva que resignarse, o sea algo que formaba parte integrante del alto costo a que debía pagar tu amistad.

Cuando me fui a pasar una temporada de catorce días en Dinard, luego de mi regreso de Goring, te enojaste seriamente porque no te llevaba conmigo, y me hiciste unos escándalos para nada edificantes en el Albermale Hotel, mandándome además, por idéntico motivo, a una propiedad campestre donde estuve viviendo algunos días, varios telegramas que nada tenían que envidiar a los escándalos antes citados. Recuerdo haberte dicho que consideraba tu deber que vivieses cierto lapso con tus familiares, puesto que el verano entero lo habías pasado alejado de ellos, pero, si debo serte absolutamente sincero, te diré que, verdaderamente, no podía acceder en modo alguno a que te quedases junto a mí. Habíamos estado en compañía casi tres meses; yo había menester de tranquilidad, y necesitaba librarme de la presión terrible de tu compañía. Era realmente indispensable para mí vivir solo cierto tiempo. Desde el punto de vista espiritual lo necesitaba, y así - tengo que confesarlo-, vi, en esa carta tuya a que hace un instante me referí, una espléndida oportu-

nidad para dar término a la amistad funesta que se había desarrollado entre nosotros, y para matarla sin excesiva amargura, tal como había pretendido hacerlo tres meses atrás en Goring, en aquella brillante mañana de junio. Pero -debo declararlo así honestamente-, uno de mis buenos amigos, a quien habías apelado en tu apurada situación, me hizo presente de insistente manera, que te sentirías cruelmente herido, y hasta humillado quizá, si te era devuelto tu trabajo como un tema de colegial; que yo, desde el punto de vista intelectual, aguardaba demasiado de ti, y que tú, empero, escribieses lo que escribieses, o hicieses lo que hicieses, sentías por mí un afecto profundo y real. No quise ser el primero en desalentarte o en paralizar tus comienzos literarios. Sobradamente sabía yo que traducción alguna, ni siquiera siendo el fruto de un poeta, podía reflejar de un modo correcto la tonalidad y la cadencia de mi obra. Me parecía el cariño, y aún sigue pareciéndome, una cosa maravillosa, que no es conveniente aventar así como así. Y a ello se debe que no haya rechazado la traducción, ni a ti.

Precisamente tres meses más tarde, luego de una serie de orgías que llegaron a la cumbre de lo indigente, al siguiente día de una tarde -un lunes- en que

llegaste a mi domicilio en compañía de dos amigos tuyos, literalmente emprendía yo la fuga al extranjero, para zafarme de tu presencia. Justifiqué ante los míos mi súbito viaje con un pretexto realmente tonto, y temiendo que salieses en mi busca en el primer tren, dejé a mi sirviente una dirección falsa. Me acuerdo todavía cómo, en la tarde del día aquél, sentado en el vagón del convoy que me conducía a París, reflexionaba respecto de esa situación imposible, temible y totalmente errónea a que mi vida había llegado, viéndome yo, un hombre de fama universal, nada menos que en la obligación de escapar de Inglaterra para librarme de una amistad aniquiladora de todo cuanto de bueno existía en mí, tanto en el aspecto espiritual como en el moral, siendo el ser que me impelía a la fuga, y al cual yo me había ligado, no una espantosa criatura que hubiese saltado desde el fango o el arroyo, hasta la vida moderna, sino tú, un joven de mi misma categoría y condición, que había cursado estudios en Oxford en el propio Colegio donde los cursara yo, y que era comensal casi diario de mi casa. A esto siguieron los acostumbrados telegramas con tus ruegos apremiantes y tus expresiones de contrición. Pero no presté atención a los mismos. Amenazaste,

por fin, conque de no aceptar reunirme contigo, no emprenderías en modo alguno tu viaje a Egipto. Era yo mismo quien, sin que lo ignoraras, había suplicado a tu madre te mandase allí, para alejarte de la vergonzosa existencia que llevabas en la capital inglesa. Sabía que, de no efectuar tú ese viaje, sería un terrible disgusto para tu madre, y por afecto hacia ella, nuevamente me reuní contigo, y bajo la influencia de una excitación tremenda que no puedes haber echado al olvido, concedí el perdón por lo pasado, aunque sin pronunciar palabra en lo que concernía al futuro.

Ya de regreso en Londres, al siguiente día, sentado en mi aposento, intentaba, serio y contristado, aclarar con mi propia conciencia si eras realmente o no lo que me parecías ser; si te hallabas, en verdad, lleno de terribles defectos, y si eras tan absolutamente dañino para ti mismo y para todos los demás; si verdaderamente eras ese compañero fatal que tan bien conocía yo. Estuve, una semana entera, meditando en ese problema, pensando si no me mostraba injusto contigo, si no te juzgaba de una manera errónea. Me escribió tu madre una carta en las postrimerías de la semana aquella, y me decía en la misma, y en un grado idéntico, lo que pensaba de

los sentimientos que experimentaba yo por ti. En esa misiva se refería a tu exagerada y ciega vanidad, que te infundía el desprecio de tu hogar, y que te hacía tratar a tu hermano mayor -esa alma candidísima -, como a un filisteo ; a tu carácter, que le daba miedo de hablar contigo de tu vida, de esa vida a la cual tú, como ella lo siente y lo sabe, temes tanto; a la degeneración y mutaciones operadas en ti. Tu madre, como es natural, veía que te había abrumado con un terrible peso la herencia, y sinceramente y aterrada lo reconocía así: Es el único de mis hijos que ha heredado el temperamento de los Douglas , decía ella, refiriéndose a ti. Y concluía su misiva expresando que se veía obligada a explicar que tu amistad conmigo, a su juicio, había acuciado a tal extremo tu vanidad, que ésta se había trocado en el origen de todas tus faltas, y me suplicaba por ello seriamente que no viajase en tu compañía al extranjero.

De inmediato le respondí, manifestándole que compartía en un todo el sentir de cada una de sus palabras: incluso agregué muchas cosas más; fui todo lo lejos posible. Le dije que nuestra amistad había nacido durante los estudios en Oxford, cuando te acercaste a mí, suplicándome te ayudase en un

muy serio apremio, de categoría por demás especial. Le dije que tu vida siempre había tenido idéntico sello. Habías cargado sobre quien te acompañó en tu viaje a Bélgica, la culpa de ese viaje, y tu madre me había reprochado haberte presentado a esa persona; hice recaer la culpa en quien realmente correspondía que recayera: en ti mismo. Y, finalmente, le aseguraba que no tenía la menor intención de reunirme contigo en el extranjero, y le suplicaba fuese tan buena de retenerte allí, ya fuese como agregado de Embajada, si ello fuera posible, o con el pretexto de aprender idiomas, o con cualquier otro motivo que le pareciese bien; y esto, cuando menos dos o tres años, tanto en tu interés como en el mío.

Tú, en tanto, me escribías desde Egipto en todos los correos. No hice el menor caso de ninguna de tus misivas. Las leí y las desgarré. Me había propuesto firmemente no mantener ya contigo relación alguna. Inquebrantable era mi resolución, y embelesado me entregué a mi arte, cuyo proceso te permitiera interrumpir.

Habían pasado tres meses apenas cuando tu madre, con esa deplorable debilidad que la caracteriza, y que ha sido en la tragedia de mi vida un factor no menos funesto que la violencia de tu padre, me es-

cribió para decirme -influida por ti, cosa que no puse en duda ni por un solo instante, naturalmente- que querías saber imperiosamente de mí, y para que no recurriese yo a ningún pretexto para eludir una respuesta, me mandaba al mismo tiempo tus señas en Atenas, que yo me sabía de memoria.

Debo confesar que esa carta me dejó pasmado. No acababa de comprender cómo tu madre, luego de lo que escribiera en diciembre, y de mi respuesta, podía ni siquiera pretender restablecer mi desdichada amistad contigo. Como es natural, acusé recibo de su carta, y nuevamente le encarecí con gran insistencia, que hiciese lo imposible por tratar de adscribirte a una legación en el exterior, a fin de que no pudieses regresar a Inglaterra; pero no te escribí, y seguí pasando por alto tus telegramas, como antes de haber recibido la comunicación de tu madre.

Telegrafiaste, por último, a mi esposa, suplicándole influyese en mí para que te escribiera. Desde el primer momento, nuestra amistad había sido para ella una fuente de pesares, no sólo porque nunca le gustaste personalmente, sino porque muy pronto advirtió cómo me cambiaba el trato contigo, y no, precisamente, para mejorarme. Pero, habiéndose ella mostrado siempre muy amable y hospitalaria

contigo, no podía hacerse a la idea de que fuese yo - como ella lo suponía-, tan duro con uno de mis amigos. Pensaba, sabía, mejor dicho, que no iba conforme con mi carácter esa dureza. Accediendo a sus súplicas, me puse otra vez en contacto contigo. Me acuerdo muy bien el contenido de mi telegrama. En el mismo te decía que el tiempo restaña todas las heridas, pero que sin embargo, preferiría no escribirte ni hablarte en muchos meses más, aún.

Saliste para París sin perder un solo instante, mandándome a lo largo del trayecto apasionados telegramas, y suplicándome te hablase aunque más no fuese una vez. Pero me negué a hacerlo.

En las últimas horas de la tarde de un sábado tuvo lugar tu arribo a París; en el hotel te encontraste con una breve esquela mía, expresándote que preferiría no conversar contigo. A la siguiente mañana recibía en Tite-Street un telegrama tuyo que llenaba diez u once hojas. Me decías en ese despacho que, no obstante lo que me hubieras hecho, no podías suponer que me negase tan rotundamente a hablarte; me recordabas que, tan sólo para hablar conmigo aunque más no fuese una hora, habías viajado seis días con sus noches, atravesando toda Europa sin detenerte en parte alguna; y con singular insistencia

me implorabas de un modo -no puedo negarlo- infinitamente conmovedor; finalizabas tu cable con una amenaza de muerte voluntaria, que personalmente, no me pareció ni siquiera disimulada.

A menudo me habías contado tú mismo cómo muchos de los miembros de tu casta se habían maculado las manos con su propia sangre; con toda seguridad tu tío, muy probablemente tu abuelo, y algunos más, miembros de aquel desventurado tronco del cual descendías. Compasión; mi viejo afecto por ti; consideración hacia tu madre, para quien tu deceso en tan terribles circunstancias habría sido casi una felonía del destino, y la espantosa perspectiva de que un ser tan joven que, no obstante sus odiosos defectos, prometía aún tan bellas esperanzas, había de terminar de una manera tan poco digna, un sentimiento purísimo de humanidad... contribuye todo esto a disculpar, si ha menester el hecho de disculpas, que accediese a concederte una entrevista que, por fuerza, tendría que ser la última.

Cuando llegué a París, te pasaste llorando la tarde entera; rodaban como gotas de lluvia las lágrimas por tus mejillas, en Voisin durante la comida, y durante la cena en Paillard.

Me indujeron a consentir en reanudar nuevamente nuestra amistad, el sincero júbilo que manifestaste por haberme vuelto a ver, y que se evidenciaba teniendo apretada mi diestra cada vez que podías hacerlo, como criatura sumisa y arrepentida, y esa tu contrición, en ese instante tan sincera e ingenua. A los dos días de nuestro regreso a Londres, te vio tu padre almorzando conmigo en el Café Royal; se sentó a mi mesa, bebió de mi vino, y esa misma tarde, en una carta a ti destinada, iniciaba sus ataques contra mí.

Podrá la cosa parecer extraña; pero una vez más, se me brindó la oportunidad, se me impuso mejor dicho, el deber de separarme de ti. No creo que necesite decirte que me refiero aquí a tu proceder para conmigo en Brighton, desde el 10 al 13 de octubre de 1894. Es demasiada distancia para ti volver la mirada tres años atrás; pero nosotros, los que moramos en la cárcel, y en cuya vida no hay más pensamiento que los de los padecimientos, tenemos necesidad de medir el tiempo por las pulsaciones del dolor y el índice de nuestras amarguras. Es en lo único que nos es dable pensar. Sufrir -por muy raro que pueda parecerte-, es el objeto de nuestra existencia, pues es lo único que nos permite darnos

cuenta de que vivimos, y nos es indispensable el recuerdo de nuestros padecimientos pretéritos, como aval y demostración de nuestra permanente identidad. Existe un abismo no menos profundo, entre yo y el recuerdo de pretéritas alegrías, que entre yo y posibles alegrías presentes. Si nuestra vida común se hubiera compuesto, tal como se lo imaginaba la gente, tan sólo de placeres, carcajadas y libertinajes, no me sería posible, ahora, evocar recuerdo alguno. El hecho de haber estado esa vida pletórica de días y de instantes trágicos, en sus preanuncios amargos y sombríos, y terribles y aburridos en su desarrollo monótono y en sus violencias inconvenientes; es lo que actualmente me permite ver hasta en sus menores detalles los más íntimos sucesos. Más aún: poco me es dado ver y oír fuera de ello. Tan intensa es la vida en esta mansión de dolor, que mi amistad contigo, en la forma en que me es dable evocarla, me da la impresión de un prelude concorde con los distintos estados de terror, por los cuales debo pasar día tras día. Y todavía más: incluso parece que esto me resulta indispensable, como si mi vida -y así tanto yo como otros la hemos considerado-, hubiera sido en todo momento una verdadera sinfonía del dolor; sinfonía

que fuese, por sus frases ligadas con ritmo, hacia el aniquilamiento seguro, con esa fatalidad que en el arte es la característica de los grandes temas en su totalidad.

Me refería a tu proceder para conmigo hace tres años, en el transcurso de aquellos tres días. ¿No es esto? Yo estaba entonces ocupado en dar término a mi última obra, en la soledad de Worthing. Me habías ya visitado dos veces. De pronto, te presentaste súbitamente por tercera vez, en compañía de un camarada tuyo, el cual -con la mayor seriedad me lo propusiste- debía habitar en mi casa. Me negué rotundamente a semejante proposición, no podrás ahora dejar de reconocer con cuánta razón. Como es natural, cargué con todos sus gastos, puesto que no me restaba otra disyuntiva. Pero en otro lugar, no en mi misma casa. Al día siguiente, que era un lunes, retornó tu camarada a las obligaciones de su oficio, y te quedaste conmigo. Cansado de Worthing, y con seguridad más aún de mis inútiles intentos por concentrar mi mente en mi obra -lo único que en ese momento me preocupaba realmente-, insististe en que me fuera contigo al Gran Hotel de Brighton. La misma noche de tu llegada caíste en cama, atacado por esa fiebre terrible y de-

primente, denominada tontamente influenza. Era ése tu segundo o tercer ataque. No quiero recordar cómo te asistí, cómo te cuidé; no solamente prodigándote todos los mimos, obsequiándote con frutas, flores, libros y otras cosas que es posible obtener con dinero, sino también con esa delicadeza y ese afecto que el dinero, cualquiera sea tu opinión al respecto, no permite adquirir. Excepción hecha de un paseo por la mañana, y de otro en carruaje por la tarde, ni por un solo instante me alejé del hotel. Ordené que trajesen de Londres, especialmente para ti, unos pichones, porque no te agradaban los del hotel. Inventé todas las distracciones posibles, me quedé constantemente a tu lado o en el cuarto contiguo, y me sentaba todas las tardes a tu cabecera, para infundirte confianza o para entretenerte.

Te repusiste al cabo de cuatro o cinco días, y alquilé entonces varios cuartos amueblados para dar término a mi obra. Como es natural, me acompañabas.

A la mañana siguiente caí gravemente enfermo; fuiste a Londres para tus asuntos, pero prometíéndome regresar por la tarde. Te encontraste en Londres con un amigo, y no regresaste a Brighton hasta el otro día por la tarde. Me encuentras con una fie-

bre elevadísima, y el médico afirma que me has contagiado la influenza. Nada es más incómodo para un enfermo que habitaciones alquiladas con muebles. Mi gabinete de trabajo se encuentra en el primer piso; mi dormitorio en el tercero. No hay allí sirviente alguno que pueda prestarme asistencia, ni nadie que se pueda enviar a un mandado, o a buscar lo prescrito por el médico. Pero te encuentras conmigo, y yo me siento amparado. Los dos días que siguen, me dejas completamente solo, sin asistencia de nadie, sin criados, falto de todo. Ya no se trata de pichones, ni de flores, ni de bonitos obsequios; se trata de lo más necesario. No pude, siquiera, beber la leche que me ordenara el doctor, y me estaba severamente prohibida la limonada. Y cuando te ruego que vayas a la librería en busca de un libro o, en caso de no encontrar el solicitado, que me trajeras otro cualquiera, ni siquiera te tomas el trabajo de ir. Y luego de dejarme, a raíz de esto, un día entero sin leer, me cuentas con la mayor tranquilidad del mundo que compraste el libro y prometieron mandarlo, cosa que, como pudo comprobarse más tarde por casualidad, era un embuste de cabo a rabo. Y, naturalmente, vives todo ese tiempo a mi costa, te pa-

seas en carruajes, almuerzas en el Gran Hotel, y sólo te haces presente en casa para pedir dinero.

En la tarde del sábado -me habías dejado completamente solo desde la mañana y sin asistencia de ninguna índole-, te rogué que volvieses después de la comida, y me hicieses un poco de compañía. Me lo prometes así, en tono violento y brusco. Me quedo esperándote hasta las once, y no apareces; te dejo, entonces, unas líneas en tu cuarto, a fin de recordarte tu promesa y tu manera de cumplirla. A las tres de la mañana, imposibilitado de conciliar el sueño, y torturado por la sed, me encamino, a través del frío y la oscuridad, hacia el gabinete de trabajo, con la esperanza de hallar ahí un poco de agua. Estabas allí. Te precipitaste sobre mí con todas las injurias de que es capaz el peor de los humores y la más indisciplinada e indomable naturaleza. Tus remordimientos se convertían en irritación, la alquimia terrible del egoísmo. Me tildaste de egoísta, por pretender tenerte a mi lado durante mi enfermedad; me echaste en cara que me interpusiera entre tus diversiones y tú, que intentara alejarte de tus amigos; me dijiste -y me consta que es la pura verdad-, que habías regresado a medianoche nada más que para cambiarte de traje, y volver luego al punto

donde sabías te aguardaban nuevos placeres; pero la carta que te dejara, y en la cual te recordaba tu abandono de todo el día, te había enfriado las ganas de seguir divirtiéndote, anulando tu disposición para nuevos regocijos.

Con una sensación de repugnancia, subí de nuevo a mi cuarto, en donde me quedé sin cerrar los ojos hasta el alba, y hasta mucho más tarde no me fue posible beber nada que saciase la sed febril que me atenaceaba.

Entraste en mi aposento a las once. Hube de hacerme observar, en el transcurso de aquella disputa, que mi carta, por lo menos, había servido para poner un freno a una noche en exceso pródiga -más que lo habitual- en libertinajes.

Ya eras nuevamente tú, a la mañana. Yo, como es natural, esperaba oír de tus labios las disculpas que habías de alegar, y deseaba saber cómo te las compondrías para conseguir mi perdón, que muy bien sabía había de darte de corazón, me hicieses lo que me hicieses. Tu absoluta confianza en que tendría que perdonarte siempre, era la cualidad que en todo momento me había agradado en ti, quizá la mejor cualidad que te reconocía. Pero, lejos de lo que esperaba, hiciste una segunda representación del es-

cándalo de la noche con, si ello fuese posible, más violencia y arrogancia todavía. Finalmente, tuve que ordenarte que salieses de mi alcoba; hiciste como que obedecías mi orden, y sin embargo, cuando levanté la cabeza de la almohada, en la cual la tenía hundida, aún estabas allí. Con risa sardónica, de histérica irritación, te dirigiste bruscamente hacia mí. Me sobrecogió un sentimiento de repulsión; no sabría decir con exactitud qué motivo me indujo a ello, pero la verdad es que al punto salté del lecho, y con los pies desnudos, tal como me encontraba, con vacilante paso descendí los dos pisos que me separaban del gabinete de trabajo, que no abandoné hasta que el dueño de casa, que vino acudiendo a un toque de mi timbre, me hubo asegurado que habías salido de mi dormitorio y prometido, para mi tranquilidad, quedarte al alcance de mi voz.

Al cabo de una hora -en cuyo transcurso me visitó el médico, que, como es natural, me encontró en un estado de absoluta postración nerviosa, y con una fiebre más alta que la que al principio tuviera-, regresaste. Regresaste por dinero. Sin abrir la boca, te adueñaste de todo lo que encontraste a mano en el tocador y encima de la chimenea, y te fuiste de casa con tu equipaje.

¿Es preciso que te diga lo que pensé de ti en los días siguientes, en esos dos solitarios días, tan miserables, de mi enfermedad?

¿Es necesario que te explique cómo comprendí en ese momento, nítidamente, qué bochornoso era para mí seguir cultivando la amistad de un hombre como tú mismo me habías revelado ser?

¿Tengo que decir que entonces reconocí que había definitivamente llegado el momento de la separación, que ésta en verdad, se me aparecía como un alivio inmenso, y que sentía que en lo sucesivo, mi arte y mi vida serían más libres, mejores y más bellos en todos los aspectos posibles? Experimenté un inmenso sosiego, no obstante lo enfermo que estaba.

Saber que nuestra separación era irrevocable, me infundió una sensación de paz. Paulatinamente fue cediendo la fiebre hasta el martes. Por primera vez comí abajo ese día. Era mi cumpleaños. Entre los telegramas y la correspondencia esparcidos sobre mi mesa de trabajo había una carta con tu letra. Melancólicamente abrí tu misiva. Ya sabía que pertenecía al pasado el tiempo en que un párrafo redactado con ingenio, una expresión de ternura, o una frase de arrepentimiento, podían inclinarme de nuevo

hacia ti. Pero estaba equivocado de medio a medio. Te había juzgado inferior a ti mismo; la carta en que me felicitabas con motivo de mi cumpleaños, era una repetición, ideada con sutileza, de aquellos dos escándalos, taimada y cuidadosamente volcados en el papel. Te burlabas de mí con bromas burdas. Tu única preocupación fue mudarte de nuevo al Gran Hotel, y ordenar, antes de marcharte a Londres, que pusiesen en mi cuenta el importe de tu almuerzo. Me expresabas tus felicitaciones por mi buena idea al levantarme de mi lecho de enfermo, y huir velozmente escaleras abajo. Escribías: Fue en ti verdaderamente crítico ese momento, mucho más de lo que puedes imaginarte . ¡Ay! ¡Harto bien lo comprendía yo! Ignoro el sentido exacto de esas palabras; no estoy en situación de decir si llevabas ya entonces el revólver que te habías comprado para infundir miedo a tu padre, y que en cierta oportunidad, suponiéndolo descargado, hubiste de disparar en un restaurante en el cual nos encontrábamos juntos; si esbozaste un gesto hacia un cuchillo que por casualidad estaba encima de la mesa que nos separaba; si te olvidaste, en tu rabia, de tu mezquindad y escaso vigor físico, y tuviste la intención de maltratarme de hecho, e incluso de atacarme, a pe-

sar de estar yo enfermo y postrado. Lo ignoro aún. Lo único que sé es que hizo presa de mí una sensación de total repugnancia, y que me invadió la impresión de que, si no hubiese abandonado al punto el aposento y emprendido la fuga, habrías hecho, o intentado hacer, algo que para ti mismo hubiera sido, por el resto de tu vida, constante motivo de vergüenza. Hasta ese instante, nada más que una vez en mi existencia había experimentado un sentimiento igual de miedo en presencia de un ser humano. Ello fue cuando tu padre, en compañía de aquel cómplice o amigo suyo, sufrió en mi biblioteca de Tite-Street aquel acceso de rabia epiléptica, en cuyo transcurso daba manotazos como un poseso, al mismo tiempo que profería las injurias más soeces que su vil cerebro podía imaginar, y farfullaba las detestables amenazas que con tanta astucia, más tarde, había de llevar a cabo. En el caso de referencia, fue él quien tuvo que salir del cuarto, porque lo expulsé del mismo. En el segundo caso, fui yo quien salió. Y ésta no era la primera vez que me veía obligado a guardarte contra ti mismo.

La frase siguiente cerraba tu carta: Dejas de ser interesante cuando no te hallas en tu pedestal. Al punto me iré de tu lado, la próxima vez que estés

enfermo . ¡Ah! ¡Qué brutalidad revelan en su autor semejantes líneas! ¡Qué total ausencia de imaginación! ¡Qué basto, que chato ya el carácter! Dejas de ser interesante cuando no te hallas en tu pedestal. Al punto me iré de tu lado, la próxima vez que estés enfermo . ¡Con cuánta frecuencia acudieron a mi mente estas palabras, en las solitarias y miserables celdas de las diversas cárceles a que me condujeron! Me las repetí constantemente, viendo en ellas - deseo que sin razón- parte del secreto de tu raro silencio. En su grosería y tosquedad, era una cosa demasiado indignante escribirme de ese modo, a mí, que por atenderte había caído enfermo y sufría aquella fiebre que me aquejaba entonces. Pero enviar semejante misiva, fuese quien fuese su destinatario, habría sido en cualquier ser humano un pecado de los que no se pueden perdonar, si realmente existe algún pecado que no merezca perdón.

Debo confesar que, al terminar de leer tu carta, me sentí mancillado, como si el trato con un individuo de tu índole, me hubiera hollado y deshonorado de una manera irreparable.

Por cierto que era así; pero esto, debía saberlo yo seis meses más tarde, justo tan sólo seis meses más tarde.

Era mi intención regresar el viernes a Londres, y efectuar una visita privada a sir George Lewis, para pedirle que escribiese a tu padre que había decidido no permitirte, bajo pretexto alguno, volver a franquear el umbral de mi puerta, tomar asiento a mi mesa, hablar ni salir conmigo, ni vivir en ninguna parte ni nunca conmigo. De acuerdo con esta resolución, debí haberte impuesto por escrito de la misma, y no hubieras podido dejar de comprender los motivos que a ella me habían impulsado. Lo tenía todo dispuesto la tarde del jueves; pero en la mañana del viernes, en tanto tomaba el desayuno, antes de ponerme en marcha, abrí por casualidad el diario, y leí un telegrama que anunciaba que tu hermano mayor, el jefe verdadero de la familia, el heredero del título, la columna que era el sostén de la casa, había sido encontrado muerto en una tumba, con, a su vera, un revólver descargado. Las circunstancias espantosas de la tragedia, que, como se sabe ahora, obedeció a una desdichada coincidencia, pero que en ese entonces, por adjudicársele oscuros motivos, fue censurada con harta dureza; lo impresionante de esa súbita muerte de un hombre tan amado por todos cuantos le conocían, y que desaparecía, como es posible decirlo, en vísperas de su bo-

da; la idea que me forjaba yo de tu propio dolor; la convicción de las desgracias que a tu madre reservaba la desaparición de uno de los seres a quienes se aferraba en busca de consuelo y de alegría, y que - como ella misma me lo contó- no le había hecho, desde el día en que nació, verter una sola lágrima; la certeza de tu propia soledad, ya que tus otros dos hermanos se hallaban lejos de Europa, y por consiguiente eras el único en quien tu madre y tu hermana podían buscar apoyo, no sólo para acompañarlas en su congoja, sino también para compartir con ellas las lóbregas responsabilidades, plenas de detalles pavorosos, que siempre lleva consigo la muerte; un humanitario sentimiento para con los *Lacrimae rerum*, para con las lágrimas de que este mundo está forjado y para con la aflicción de todo cuanto es humano; brotó, de la confluencia de estos pensamientos y emociones, un sentimiento de infinita compasión hacia ti y hacia tus familiares. Mis propias preocupaciones fueron olvidadas, así como toda mi amargura. No podía, en esa dolorosa pérdida que sufrías, portarme contigo como te habías portado conmigo en el transcurso de la dolencia que me postró. Te envié de inmediato un telegrama, expresándote mi pésame más sincero, y te mandé una

carta en la que te invitaba a venir a mi casa no bien estuvieses en situación de hacerlo. Comprendí que era por demás terrible dejarte abandonado entre extraños en semejante trance. No bien regresaste a Londres desde el teatro de la tragedia, donde fuiste llamado, acudiste a verme, con tus ropas de duelo y tu mirada velada por el llanto. Te mostraste muy cariñoso y muy sencillo. Como una criatura, acudías en busca de ayuda y de consuelo. Te abrí mi casa, mi hogar, mi corazón. Para ayudarte a sobrellevarlo, hice mío tu dolor. Jamás, ni siquiera con una sola palabra, aludí a tu proceder para conmigo, a aquellos escándalos indignantes, ni a aquella carta asqueante. Parecía acercarte a mí más de lo que nunca lo habías estado, tu pena, evidentemente muy sincera. Las flores que de parte mía llevaste al sepulcro de tu hermano, habían de ser un símbolo, no solamente de la belleza de su existencia, sino también de la belleza que dormitaba en el fondo de cada vida y puede ser expuesta a la luz.

Son caprichosos los dioses. Aparte de imponernos el castigo de nuestros vicios, nos pierden recurriendo a lo que existe en nosotros de bueno y noble, humano y tierno. No brotarían ahora tantas lágrimas en este espantoso lugar, sin la compasión

que hizo que me inclinase hacia ti y los tuyos. Naturalmente, veo en nuestras relaciones, no solamente la mano del destino, sino la huella de la fatalidad, de la fatalidad que siempre anda rauda, porque el fin que persigue es el de hacer verter sangre. Desciendes por línea paterna de una raza con cuyos hijos es terrible contraer enlace y funesto trabar amistad, y que aprieta con violenta mano su propia vida y la vida ajena. Cada vez que se cruzaron nuestras rutas; en todas las trascendentales circunstancias, en principio sin la menor importancia, que acudiste a mí en busca de placeres o de ayuda, tanto en el juego como en esos fútiles sucesos cuyo significado no es mayor que el de los átomos de polvo que bailan en un rayo de sol, o que el de la hoja caída del árbol, siempre, como lo es el eco de un grito de dolor, o la sombra de las bestias con las cuales parece competir en rapidez, siempre fue tu compañera la ruina. La iniciación verdadera de nuestra amistad, fue esa carta tuya, deliciosa y verdaderamente conmovedora, en la que me solicitabas ayuda en una situación que hubiera sido espantosa para cualquier hombre, pero que por partida doble lo era para un pensionista de Oxford. Esa ayuda que me solicitabas, te la presté, y con ello, al hacerme aparecer como tu ami-

go ante sir George Lewis, perdí la amistad y la elevada estima que me había demostrado ese digno caballero durante un lapso de quince años. Y cuando perdí su estima, sus consejos, su apoyo, perdí al propio tiempo la gran protección y el amparo de mi existencia.

Desde el académico ambiente de los poetas, me envías una preciosa poesía, suplicándome te dé mi parecer. Te contesto con una carta fantástica, plena de humorismo literario, en la que te comparo con Hilar, con Jacinto, con Junquilo, con Narciso y otros personajes de la misma índole, amados por el dios de la poesía, y a quienes distinguía éste con su predilección. Pretendía mi carta ser algo así como una transposición, en tono menor, de unos versos de un soneto de Shakespeare. Únicamente era susceptible de ser comprendida por aquellos que hubieran leído a Platón, o que estuvieran empapados en ese espíritu, en esa especial gravedad que para nosotros ha cuajado en la belleza de los mármoles de Grecia. Era -has de permitirme que te lo diga con franqueza-, era ésta la forma de carta que yo, en un dichoso instante de euforia, hubiera escrito a cualquier simpático estudiante de una de las dos Universidades, que hubiera enviado una poesía

compuesta por él, con la absoluta certeza de que poseería cultura suficiente e ingenio bastante para interpretar con justeza mis fantásticas frases.

Repara bien en la historia de tu carta: pasa de tus manos a las de un muchacho repugnante, que a su vez la entrega a una pandilla de extorsionadores. Se hacen circular copias de esa misiva por Londres, entre mis amigos, y se mandan al director del teatro en donde representan mis obras. Es interpretada mi carta de mil distintas maneras, pero en ningún caso con exactitud. Hace sobrecogerse de horror a la sociedad toda, el inepto rumor de que yo había tenido que pagar una suma cuantiosa por haberte dirigido una carta vergonzosa. Y esto forma la base de los ataques más encarnizados de tu padre. Presento personalmente al Juez el original de la carta, para demostrar lo que expresa. La estigmatiza el letrado de tu padre como un pérfido y asqueante intento de perturbar la inocencia. Y, finalmente, esa carta es utilizada como fundamento de un juicio criminal. La aprovecha el fiscal. En su informe, el Juez se explica acerca de la misma con escasa comprensión y exceso de moral. Y es el final de la historia que, a raíz de esa carta, me encierran en el presidio. Y ha

sido éste el resultado de haberte escrito una misiva deliciosa.

En el transcurso de nuestra permanencia en Salisbury, te sentías terriblemente preocupado porque un viejo camarada te había amenazado por escrito. Me suplicas que mantenga una entrevista con esa persona, y así lo hago. Resultado de ello: me pierdo por ti. Me veo en la obligación de abrumar mis espaldas con todo lo que hiciste, y a responder por todo.

El día en que debes alejarte de Oxford porque no pudiste conseguir un grado académico, me telegrafías a Londres, rogándome vaya a verte. De inmediato te obedezco. Me suplicas que te lleve en mi compañía a Goring, porque prefieres no acudir junto a tus familiares en tales circunstancias.

Ves en Goring una casa que te encanta, y la arriendo para ti. Resultado de ello: por ti me pierdo. Vienes un día a verme, y como un servicio personal me pides que escriba algo para una publicación estudiantil de Oxford, que uno de tus amigos tiene la intención de fundar, y del cual nada he oído ni tengo noticias. Por amor a ti -¡las cosas que no habré hecho por amor a ti!- mando una página de paradojas que tenía destinadas a la *Saturday Review*. Y me

veo sentado, algunos meses más tarde, en el banquillo de los acusados de Old Bailey, a causa de la índole especial de esa revista.

Y forma esto parte, como otras muchas cosas, de la acusación del fiscal. Me invitan a defender la prosa de tu amigo y tus propios versos. Aquélla, no puedo en modo alguno suavizarla; éstos, los defiendo comprendiendo el peligro que corre tu incipiente literatura y tu misma juventud, y no me doblego a reconocer que escribes cosas indecentes, A pesar de lo cual, me veo conducido a la cárcel por culpa de aquel periódico estudiantil de tu amigo, y del amor que no se ha atrevido a decir su nombre .

Con motivo de la Navidad te hago un obsequio muy bonito , como dices tú mismo en la carta con que me lo agradeces; obsequio que, como más adelante supe, tenías pendiente de tu corazón, por el valor a lo sumo de cuarenta o cincuenta libras esterlinas. Cuando acaeció la quiebra de mi vida y mi absoluta ruina, embarga el alguacil mi biblioteca y la hace vender para pagar aquel obsequio muy bonito .

A causa del mismo, colocan en mi bolsillo el albarán anunciando el remate judicial.

En la espantosa etapa final, cuando ya estoy destrozado y me veo, impelido por tus provocaciones, a iniciar un proceso contra tu padre y hacerle arrestar, la postrera brizna de hierba a la que puedo aferrarme en mis deplorables intentos de salvación, es la desproporción de los gastos. En tu propia presencia le digo al abogado que no poseo capital alguno y que no me es posible, puesto que no dispongo de ningún dinero, soportar esos tremendos gastos. Y esto, lo sabes perfectamente, es la pura verdad. Ese desdichado viernes, de haber estado yo en situación de hacer abandono del Avondale Hotel, en lugar de hallarme en el gabinete de Humphreys, en donde mi riqueza me hizo fraguar mi propia ruina, podía haberme visto en libertad y dichoso en Francia, alejado de ti y de tu padre, sin hacer caso de su asqueante tarjeta ni hacerme mala sangre por tus cartas. Pero no querían dejarme salir en modo alguno los empleados del hotel. Habías vivido allí diez días conmigo. Finalmente, con gran sorpresa mía -y como has de reconocerlo tú mismo, muy justificada-, te habías traído a vivir a mi hotel a un compañero tuyo. Mi cuenta, por aquellos diez días, se elevó a casi ciento cuarenta libras. Dijo el propietario que no podía admitir que se retirase mi equipaje

del establecimiento hasta que no le hubiese saldado toda la cuenta. Y fue eso lo que me retuvo en Londres. De no haber sido por la cuenta del hotel, el jueves por la mañana salía yo rumbo a París.

Cuando le dije al abogado que no tenía dinero alguno, y que no me encontraba en situación de pagar los cuantiosos gastos, interviniste para afirmar que tus familiares tendrían una verdadera alegría pagando todo lo que fuese necesario, que tu padre era una pesadilla para la casa entera, que a menudo se había hablado de la posibilidad de declararlo inútil, reclusándolo en una casa de orates; que constituía un motivo de tormento y pesar para tu madre y para todos: que si contribuía yo a su internación en un sanatorio de insanos, me considerarías como su héroe y benefactor, y que hasta los riquísimos parientes de tu madre se sentirían grandemente satisfechos de poder disfrutar del favor de pagar todos los gastos que fuesen necesarios para semejante empresa. Se declaró de inmediato conforme el abogado, y me vi en la obligación de ir a la Policía. Ya no pude recurrir a ningún pretexto para huir y me vi fatalmente arrastrado por la corriente.

Como es natural, tus parientes nada pagaron, y tuvo tu padre la culpa de que se me declarase en

quiebra, y todo por esos gastos, por ese pico mezquino de alrededor de setecientas esterlinas.

Actualmente, mi esposa, alejada de mí por la importante cuestión de si ha de recibir, para vivir, una suma semanal de sesenta o setenta chelines, se dispone a iniciar una demanda de divorcio, lo cual, como es lógico, implicará nuevos testimonios, nuevos debates y acaso, un segundo proceso.

Claro es que no se me ha impuesto de ningún pormenor. No conozco más que el nombre del testigo en cuya declaración se han basado los letrados de mi esposa: es aquel sirviente tuyo de Oxford, a quien yo, haciendo caso de tus súplicas, tomé a nuestro servicio el verano de Goring.

Por cierto que no he menester de seguir demostrando con otros ejemplos la rara fatalidad que en todo, en lo grande como en lo chico, pareces haber hecho pesar sobre mí. Tengo en ocasiones la impresión de que no has sido más que un títere, agitado por una invisible mano, para conducir cosas terribles hasta un fin que no lo era menos. Mas hasta los títeres tienen sus pasiones. Aportan una nueva fábula a aquello que están representando, y algunos, por cariño a su misma fantasía o a su propio placer,

complican el efecto prescrito, opulento ya en matices.

Ser libre absolutamente y estar al mismo tiempo sujeto al dominio de la ley, es ésta la eterna paradoja de la existencia humana, a cada momento sentida por nosotros.

Y a menudo pienso que es sin duda ésta la sola explicación posible de tu manera de ser; siempre que exista alguna explicación del profundo y terrible secreto de un alma humana, aun cuando esta explicación es la que torna más maravilloso aún el secreto.

Naturalmente tenías tus ilusiones, verdaderamente vivías por ellas, y su tornadiza niebla y sus policromos velos, te alteraban la visión de las cosas todas. Muy bien sé que pensabas que tu leal devoción hacia mí, que llegó incluso a repudiar por completo a tu familia y la vida familiar, era una muestra del aprecio maravilloso en que me tenías, y de tu gran inclinación hacia mi persona. Por cierto que así lo creías. Pero, no lo olvides: aquello, para mí, era únicamente un afán de lujo, de vida opulenta, de placer sin límites, de gastos sin cortapisa. Te llenaba de tedio la vida de familia. Te repugnaba - recurro a tu gráfica expresión- el vino frío y barato

de Salisbury . Se hallaban las fuentes egipcias para la carne, a mi lado y junto a mis atractivos espirituales. Y cuando a mi lado no podías estar, bien poco halagadores eran los compañeros con los cuales me reemplazabas.

Además, supiste que te bastaba con que mandases, por intermedio del abogado, una misiva a tu padre, diciéndole que antes de quebrar la amistad que ya para siempre me confesabas, preferías declinar la pensión anual de doscientas cincuenta esterlinas que, según tengo entendido, te daba entonces, descontando lo que te retenía para abonar tus deudas de Oxford, para conceder a nuestra amistad un matiz de nobleza y renunciamiento; pero el menospreciar de esa suerte tu modesta renta, no quería decir que fuese tu intención renunciar a ninguna de las más fútiles voluptuosidades, ni a ninguno de los no menos superfluos libertinajes. Tu apetito de una existencia sensual, por el contrario, jamás fue más fuerte. En el transcurso de los ocho días que estuvimos en la capital de Francia, tú, yo y tu sirviente italiano, mis gastos sumaron casi ciento cincuenta mil libras, de las cuales se devoró Paillard solamente ochenta y cinco. Teniendo en cuenta la índole de vida que tú pretendías, tus ingresos anuales íntegros,

si hubieras tenido que abonar personalmente tus comidas, e incluso mostrándote sumamente sobrio y ahorrativo, no habrían bastado ni para tres semanas. El hecho de que, con un gesto que era pura fanfarronería, renunciases de un golpe a tu anualidad, concedió por lo menos un plausible motivo a tu pretensión de vivir a costa de mi peculio. Y lo que consideraste un plausible motivo, que utilizaste en serio en múltiples ocasiones, y expresado con la mayor energía, y las perpetuas sangrías que hiciste, en especial a mí, aunque, como me consta, también en gran escala a tu madre, nunca hubieran sido tan dolorosas si, al menos en lo que me concierne, hubiesen sido acompañadas de una palabra de agradecimiento, o reguladas alguna vez por un sentimiento normal de moderación.

Por otra parte, pensabas que llevando un ataque contra tu propio padre con cartas terribles, telegramas injuriosos y postales descocadas, conquistabas en realidad con ello triunfos para tu madre, mostrándote, en cierto modo, su adalid, y apareciendo como el hombre que había de tomar venganza de las terribles ofensas y padecimientos de su existencia conyugal. Era esto vana ilusión, y una de las más nefandas que tuviste. Poseías al alcance de tu mano

un medio de vengar en tu progenitor las humillaciones de tu madre, y era ese medio, si considerabas que te incumbía como deber de hijo, mostrarte para con ella más bueno de lo que hasta ese momento habías sido, hacer que ya no temiese hablar en serio contigo, no firmar pagaré alguno cuyo vencimiento le correspondiese fatalmente, ser más ponderado en tus relaciones con ella, y no abrumarla con ningún nuevo pesar. En el transcurso de los breves años de su florida existencia, tu hermano Francis la desquitó abundantemente con su afecto y su bondad, de todos sus padecimientos.

Pudiste haberlo tomado por modelo. Cometiste un error al suponer que tu madre experimentaría una frívola satisfacción si tú, por mi intermedio, lograbas hacer encerrar en la cárcel a tu padre. Estoy firmemente persuadido de que incurriste en un error. Y si deseas enterarte de lo que realmente experimenta una dama cuando su marido y el padre de sus hijos se encuentra en la celda de una cárcel, ataviado con el infamante uniforme del presidiario, escribe una carta a mi mujer y pregúntaselo. Ella habrá de decírtelo.

Yo también tenía mis ilusiones. Suponía que la vida debía ser una comedia ingeniosa, y uno de sus

graciosos protagonistas, tú. Y me encontré con que es una tragedia repulsiva e indignante, y conque tú, ya caída la máscara del placer y de la alegría, que tanto a ti como a mí podía habernos engañado e inducido en error, eras el instrumento funesto que la impelía hacia las grandes catástrofes, instrumento funesto debido a la tensión de sus anhelos y al vigor de su energía comprimida.

¿Puedes ahora, no es cierto, comprender algo de lo que padezco? Un diario, creo que la *Pall Mall Gazette*, al efectuar la reseña del ensayo general de una de mis piezas, habla de ti como de la sombra que por doquiera me acompañaba. La sombra que me acompaña a mí es el recuerdo de nuestra amistad, es la sombra que no parece abandonarme nunca, que por la noche me despierta, para referirme siempre la misma historia, cuya enfadosa, terrible repetición, consigue aventar de mi lado el sueño hasta el alba, y cuando alborea vuelve a empezar, me sigue al patio de la cárcel, y hace que hable conmigo mismo, en tanto voy dando vueltas a grandes trancos.

Tengo por fuerza que recordar cada detalle del desfile de mis trágicos instantes. No se ha borrado de este cerebro destinado al dolor o a la desesperanza, nada de lo acaecido en el transcurso de aque-

llos lamentables años. Me acuerdo de cada matiz ahogado de tu voz, de cada gesto y de cada nervioso movimiento de tus manos, de cada una de tus palabras amargas, de tus frases cargadas de ponzoña. Me acuerdo de la calle o del río a lo largo del cual caminábamos; del muro o del bosque que nos circundaba; del punto de la esfera en que se encontraban las agujas del reloj, y del rumbo del viento, y de la forma y de la tonalidad de la luna.

Me consta que todo lo que te he dicho tiene su contestación: que me quisiste; que durante esos dos años y medio, en los que tejían las Parcas, en una única muestra roja, los dispares destinos de nuestra vida, tú, realmente, me querías. Sí, lo sé; fue así. Haciendo caso omiso de tu comportamiento para conmigo, siempre sentí que tú, en lo más profundo de tu corazón, realmente me amabas. No obstante comprender yo perfectamente que mi situación en los círculos artísticos, el interés que había desde un comienzo despertado mi personalidad, mi fortuna, la abundancia en que vivía, las mil y unas cosas que de una manera casi inverosímil contribuían a formar el encanto y la maravilla de mi vida, eran, en conjunto e individualmente, elementos que te ataban a mí, y te soldaban. Pero algo más había, algo que en

ti era un extraño poder de atracción: haberme amado con mucha más ternura que cualquier otro ser.

Pero también tuviste en tu existencia, como yo, una tragedia horrible, aunque de una índole por completo contraria a la mía. ¿Deseas saber cuál fue? Esta: que el odio, en ti, siempre fue más fuerte que el amor. Tan grande era tu odio contra tu progenitor, que podía más que tu amor por mí; que rebasaba los ordinarios límites y dejaba en la sombra al amor, sin que apenas existiese ninguna lucha entre ellos. Sí, tu odio alcanzaba esas proporciones gigantescas. No se te dio por pensar que no cabían al mismo tiempo, en una misma alma, ambas pasiones. Que no pueden hacer vida en común en la bonita morada para ellas construida. Se alimenta el amor de la imaginación, merced a la cual rebasa nuestra razón a nuestra sabiduría, a nuestra bondad, a nuestro sentimiento, a nuestra nobleza, a nuestra propia vida; la imaginación, merced a la cual podemos abarcar la existencia en su conjunto; la imaginación, gracias a la cual nos es dable comprender a los otros en sus relaciones reales e ideales. Sólo puede nutrirse el amor con lo bello, y con lo que ha sido ideado en belleza. Todo, en cambio, nutre al odio. Así es que, en esos años pretéritos, no bebiste

una sola copa de champaña, ni comido un solo manjar succulento que no haya servido para nutrir y para cebar tu odio. Y por eso tú, con el objeto de satisfacer este odio, has jugado lo mismo con mi vida como con mi peculio, tranquilamente, sin miramientos de ninguna clase, sin que te preocuparan ni por un instante las posibles consecuencias. Si perdías, la pérdida no te afectaba a ti, como suponías; pero tuyos eran los beneficios, y bien que sabes tú cuál era el triunfo y cuáles sus ventajas.

Ciega el odio a los seres humanos. No has advertido esto. Puede el amor leer lo escrito en las más distantes estrellas, pero te cegó el odio de tal manera, que llegaste a no poder ver más lejos del diminuto jardín de tus diarios deseos; de ese jardín cercado y marchito ya por el placer. Tu ausencia terrible de imaginación, la verdadera y más fatal flaqueza de tu ser, no era más que el resultado del odio que se cobija en ti, que se cobija en ti de una manera páfida, silenciosa y disimulada. Tal como corroe el liquen las raíces de las plantas sin savia, del mismo modo te ha corroído a ti el odio, hasta conducirte, de una manera paulatina, a no ver sino los más mezquinos intereses y los más pobres fines. Esa condición que te es peculiar, cuyo desarrollo habría

apresurado el amor, el odio la emponzoñó y la envaró. Cuando empezó tu padre sus ataques contra mí, primeramente lo hizo como a un amigo particular tuyo, en una carta particularmente dirigida a ti. No bien leí esa carta, y me enteré de las amenazas sórdidas y de las violencias vastas que encerraba, intuí que un peligro tremendo se elevaba en el horizonte de mis inquietos días. Te expresé que no era mi intención sacarles las castañas del fuego en ese odio que desde largo tiempo atrás los embargaba a los dos; que era yo en Londres una presa mucho más noble que un secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores en Bad Homburg, que el intentar colocarme por un solo instante en tal situación, era ya inicuo de por sí; que tenía que hacer en la vida cosas infinitamente más importantes que andar a los puñetazos con un individuo temulento, carente de prestigio y tan ínfimo como tu padre.

No quisiste comprenderlo así. Te había cegado por completo el odio. Que nada tenía yo que ver en esa discordia, fue lo que me dijiste, y que no podía permitir de ninguna manera que tu padre pretendiese reglamentar tus amistades privadas, y que era absurdo el simple pensamiento de que yo interviniese en ello.

Antes ya de haber hablado conmigo del asunto en cuestión, habías respondido a tu padre con un telegrama de lo más alocado y soez. Eso, como es natural, lo obligó más tarde a obrar de la manera más soez y alocada. No deben ser atribuidas las equivocaciones funestas de la vida a la falta de razón. Puede llegar a ser nuestro momento más hermoso, un instante de irracionalidad. Producto son, nuestras equivocaciones, de la lógica que rige al hombre. Media un abismo entre esas dos cosas.

Era la hipótesis, el telegrama aquél, de todas tus futuras relaciones con tu padre, y también en considerable parte, de mi vida toda. Y, lo más grotesco del caso, es que se hubiera puesto rojo de vergüenza, de ese telegrama, el más bajo de los hombres del arroyo. El proceso natural de los cables impertinentes los trocó en las cartas pedantescas de los letrados, y el resultado de las cartas del letrado de tu padre, fue empujar a éste cada vez más.

Seguir adelante era la única disyuntiva que le habías dejado. Le presentaste el asunto como uno de honor; mejor dicho, de todo lo contrario, a fin de que pensara más tu exigencia. De consiguiente, la próxima vez ya no me atacó en una carta privada y en calidad de amigo tuyo, sino en forma pública, y

como hombre que forma parte integrante del público. Tuve que expulsarle de mi casa de mala manera. Y él me fue buscando de restaurante en restaurante para injuriarme en presencia de todo el mundo, y en términos tan gruesos, que de haberle yo pagado en la misma moneda, hubiera quedado por los suelos, aunque de todos modos por los suelos me veía, a pesar de que no lo hiciese. Debías, en ese momento, haber proclamado que no deseabas en manera alguna que yo, por complacerte, me expusiese a ataques tan viles y a persecución tan poco digna, y que preferías antes renunciar para siempre a mi amistad. Esto lo comprendes ahora muy bien. Pero, en ese entonces, no se te ocurrió. Te cegaba el odio. Lo único que acudió a tu mente (y esto pasando por alto las cartas y cables injuriosos que enviabas a tu padre), fue adquirir una ridícula pistola, que estuvo en un tris de dispararse en Berkeley, en circunstancias que provocaron un escándalo más formidable aún que todos los precedentes.

Debo decir con sinceridad que te encantaba pensar que podías ser la causa de una horrenda brega entre tu padre y un hombre como yo. Era muy natural que esto gustase a tu vanidad y halagase tu presunción. No habría dejado de ser para ti una

solución en extremo dolorosa si hubiese sido posible adjudicarle a tu padre tu cuerpo, que en nada me interesaba a mí, dejándome a mí tu alma, que tampoco podía interesarle a él. Oliste en el aire la oportunidad de un público escándalo, y sobre esa oportunidad te arrojaste. Te agradaba íntimamente la perspectiva de un combate en el cual intervenías, pero en la sombra. Me acuerdo de que nunca te había visto de mejor humor que durante el resto del año. Lo que pareció desilusionarte, en verdad, fue que realmente nada sucediese, y no tuviera lugar, entre tu padre y yo, choque alguno. Te consolaste enviándole telegramas de una índole tal, que el desdichado tuvo, finalmente, que escribirte que había dado orden a sus sirvientes de que no le entregasen ya telegrama alguno, bajo ningún pretexto.

Pero esto no te arredró. Te diste cuenta de todas las facilidades que brinda la tarjeta postal para la injuria, y las aprovechaste todas. Le incitaste cada vez con más fuerza a perseguir su presa, y no creo que la hubiera ya abandonado. Pero era demasiado fuerte en tu padre el instinto de casta. Estaba tan arraigado su odio hacia ti como tu odio hacia él, y era yo para ustedes dos como el broquel que tanto sirve para el ataque como para la defensa. No era

una manía simplemente personal su afán de que hablaran de él, sino una marca de la raza. De todas maneras, de haberse acallado un tanto su interés, hubiesen reavivado el mismo tus cartas y tus postales, hasta que brotase nuevamente la primitiva llama. Y, como no podía dejar de ocurrir, una vez alcanzado vuestro propósito, quiso él llegar más lejos aún. Luego de haberme atacado en particular, como a particular, y en público como hombre público, se resolvió, para refrendar lo hecho, a iniciar un ataque de carácter decisivo contra el artista, y ello precisamente donde mis obras eran ofrecidas al público. Merced a un ardid, consiguió una localidad para el estreno de una de ellas, e imaginó nada menos que provocar una interrupción de la función, pronunciando en presencia de todo el mundo un miserable discurso contra mí, injuriando a mis actores, y finalmente, al hacer yo mi aparición en el escenario, arrojándome proyectiles escabrosos o impertinentes, a fin de anonadarme monstruosamente mediante mi propia obra. Pero quiso la casualidad que, en una embriaguez más aguda que las habituales, tuviese un instante de expansión y se jactase ante testigos de su propósito. Se impartió aviso a la Policía, y se le vedó la entrada al teatro del estreno. Y

ésta fue tu suerte. Tenías ahí una excelente oportunidad. ¿No piensas ahora que pudiste haberla previsto, y que estaba en ti el decir que no podías permitir que por culpa tuya se destrozara mi obra? Sabías muy bien lo que significaba para mí mi arte. Era el medio glorioso por el cual me había manifestado primero a mí mismo y luego al mundo; la gran pasión de mi vida; el amor a cuyo lado todas las restantes manifestaciones del amor eran como agua fangosa junto al vino rubí, o como un bichito de luz junto al reflejo mágico del astro de la noche.

¿No comprendes aún que tu carencia de imaginación era la verdadera, la más fatal flaqueza de tu ser?

Muy sencillo era lo que tenías que hacer, y bien claro se te brindaba a la vista; pero te cegaba el odio y nada te permitía ver. No tenía por qué disculparme yo ante tu progenitor de que me hubiese él injuriado y perseguido, casi durante nueve meses, de la más repugnante de las maneras. No podía alejarlo de mi vida. En diversas oportunidades lo intenté, llegando incluso a abandonar corporalmente Inglaterra y marchar al exterior de la patria, con la esperanza de librarme de tu presencia. Pero todo había sido inútil. Eras el único que podía haber hecho algo. Se encontraba en tus manos la clave de la situa-

ción. Se te brindaba una verdadera oportunidad para manifestarme, siquiera una pizca de gratitud por todo el amor, por toda la bondad, por toda la generosidad y todas las atenciones que tuve para contigo. Si hubieras sido capaz de apreciar siquiera una décima parte de mi valor en el arte, con toda seguridad lo habrías hecho. Pero te cegaba el odio. La facultad merced a la cual y únicamente por la cual podemos comprender a los demás, tanto en sus relaciones reales como en las ideales, muerta estaba en ti. No pensaste más que en la manera de meter a tu progenitor en presidio. Era tu única idea verle sentado en el banquillo de los acusados. Se convirtió su manifestación en una de las muchas *scies* (repeticiones) de tu conversación diaria; me era dado oírtela en cada comida cotidiana. Y tu deseo tuvo cabal cumplimiento. Te concedía el odio todo lo que deseabas y se mostraba contigo en extremo bondadoso como lo es para todos sus fieles. Pudiste durante dos días desde tu alto sitio junto al *sheriff*, embriagarte los ojos con el espectáculo de tu padre sentado en el infamante banquillo. Y al día tercero ocupé yo su puesto.

¿Qué había ocurrido?

Que en el asqueante juego de vuestro mutuo odio, se habían jugado mi alma, y quiso el azar que fueses tú el perdedor. Esto fue todo.

Como verás, no me resta otra disyuntiva que escribir tu vida para ti, y así es preciso que lo comprendas. Más de cuatro años hace que nos conocemos el uno al otro. Hemos pasado juntos la mitad de ese tiempo, y la otra mitad la he tenido que pasar en la cárcel, en pago de nuestra gran amistad. Ignoro dónde has de recibir esta carta si algún día llegas a recibirla: en Roma, en Nápoles, en París, en Venecia, en alguna bella ciudad a orillas de un río, que con toda seguridad te alberga. Aunque carente de la vana opulencia de la que disfrutabas a mi lado, te encuentras, empero, rodeado de todo cuanto encanta la vista, el oído y el paladar. Es la vida, para ti, lo más valioso del mundo. Y, sin embargo, si eres un hombre sensato y deseas que la vida te sea mucho más adorable aún, de una más elevada condición, harás que la lectura de esta terrible carta -pues me consta que lo es-, marque para ti una crisis tan importante, un instante tan crítico, como lo es para mí el escribirla.

Si tu rostro pálido, que tiene la costumbre de ruborizarse ligeramente cuando el vino sobra en tu

estómago o la alegría inunda tu alma, arde de vez en cuando de vergüenza al leer lo que aquí está escrito, como bajo el resplandor de un alto horno, tanto mejor, entonces, para ti. Es la ligereza el mayor de los vicios: es justo todo cuanto llega a la conciencia.

Hemos llegado ya a mi detención preventiva, ¿no es verdad? Luego de estar detenido una noche entera por las autoridades policiales, me condujeron en el coche verde. Entonces te muestras muy atento, pletórico de amabilidad. Casi todas las tardes, pero no todas, hasta tu partida al extranjero, te tomas la molestia de venir a visitarme a Holloway, en carruaje. Me escribes asimismo cartas muy gentiles y afectuosas. Pero nunca, ni siquiera durante un segundo, llegas a darte clara cuenta de que no es tu padre, sino tú, quien me metió en presidio; que desde un comienzo hasta el fin, eres el responsable real; que si estoy en la cárcel es por culpa tuya, y que únicamente a ti te lo debo. Ni siquiera verme entre barrotes de una jaula de madera consigue animar ese temperamento tuyo, muerto y tan parco de imaginación. Experimentas la simpatía, el sentimentalismo del espectador que presencia la representación

de una obra conmovedora. Y no te das cuenta de que eres el autor verdadero de la tremenda tragedia.

Ya lo veía yo; de todo cuanto habías causado, nada tocó tu conciencia. No sentía yo el menor deseo de ser quien te dijese lo que hubiera debido decirte tu propio corazón; lo que con toda seguridad te habría dicho, si no te hubieras empedernido e insensibilizado a fuerza de odio. Es preciso que todo le fluya a uno mismo. Decirle a alguien una cosa que no siente, que no ha de comprender, no tiene la menor finalidad. Si te escribo en este instante como lo estoy haciendo, es tan sólo porque tu propio silencio, tu manera de ser en el transcurso de mi prolongada prisión, así lo requiere. Sin contar que, tal como las cosas se habían puesto, sólo a mí me hería el golpe.

Y esta fue mi alegría.

Pese a -pues te observaba atentamente-, pese a lo despreciable que me resultaba desde un principio, tu completa e intencionada ceguera, me complacía tener numerosos motivos de sufrimiento. Me acuerdo con qué orgullo me mostraste una carta que habías publicado sobre mí en un diario de escándalo. Se trataba de una labor muy discreta, muy prudente, y también muy vulgar. Formulabas un llamado al

sentimiento inglés de la justicia , o algo no menos lúgubre de la misma clase, en favor de un hombre que yacía en el suelo . Era una de esas cartas que podías haber escrito para protestar de una acusación criminal, contra una persona honesta que te hubiera sido absolutamente desconocida. Pero esa carta te pareció simplemente admirable. Poco más o menos, veías en ella una prueba de no vulgar caballerosidad. Me consta que escribiste más cartas a otras publicaciones periódicas, que nunca las dieron a luz; pero estaban tan sólo destinadas a informar al público de que odiabas a tu progenitor. No pensó nadie en si esto venía al caso, o no. El odio -esto habías de aprenderlo aún- es, intelectualmente considerado, algo negativo en un todo. Es una forma de atrofia para el corazón, cuyos resultados son fatalmente mortales, pero no sólo para uno mismo.

Publicar en los diarios que se siente odio hacía determinada persona, es como publicar que se padece de una dolencia secreta y vergonzosa. Y el hecho de ser tu propio padre el hombre odiado por ti, y de verse ese sentimiento correspondido con creces, no le concedía a tu odio matiz alguno de distinción ni de hermosura. Si pudiste demostrar algo con

ello, fue tan sólo la existencia de una enfermedad congénita.

Me acuerdo aún que, al ser puestos en pública subasta mi casa, mis libros y mi mobiliario, cuando fueron embargados para ser enajenados, y se erguía el fantasma de la quiebra ante mi puerta, recuerdo que te escribí, como es lógico, para enterarte del triste acontecimiento. Pero no te decía que el pagar alguno de los obsequios que te hiciera, era lo que había conducido al alguacil a la casa en que habías comido tantas veces, y pensaba, con o sin razón valedera, que semejante noticia habría de resultarte dolorosa. En forma escueta te impuse de los hechos. Me pareció conveniente que estuvieses al corriente de los mismos. Desde Boulogne me contestaste, en un tono casi de lírico entusiasmo. Decías estar enterado de que tu padre se hallaba mal de fondos , y que se había visto obligado a solicitar mil quinientas libras para sufragar los gastos del proceso, y que mi cercano quebranto civil constituía un triunfo fabuloso sobre él , porque, en vista de ello, ya no podría resarcirse de sus gastos conmigo.

¿Te das ahora cuenta de lo que es el odio, cuando le engeguese a uno?

¿Reconoces ahora cómo, al decir yo que el odio es una fatal atrofia, no solamente para el que lo experimenta, definía de una manera científica una verdad psicológica?

El hecho de que tuviesen que ser vendidas todas las encantadoras cosas que poseía: mis dibujos de Burne Jones, de Whistler, mi Monticelli, mis Simeon Salomón, mis porcelanas de Sévres, mi biblioteca, con sus tomos dedicados de casi todos los vates de mi época, desde Victor Hugo hasta Whitman, desde Swinburne hasta Mallarmé, y desde Morris hasta Verlaine; con las ediciones de las obras de mi padre y de mi madre, encuadernadas en telas preciosas; con su espléndida serie de premios de la Universidad y del Colegio, con sus ediciones de lujo y otras cosas, todo esto, no significaba nada para ti. No veías en ello más que la posibilidad de hacer perder finalmente a tu padre algunos cientos de esterlinas, y te llenaba esta lamentable perspectiva de extático júbilo.

En lo concerniente a los gastos del proceso, acaso te interese saber que tu padre declaró públicamente, en el Orleans-Club, que aunque le hubiera costado veinte mil libras, hubiera dado ese dinero por bien empleado, tan enormes eran la alegría y la

victoria que ello le reportaba. Poder sepultarme dos años en presidio, haciéndome además salir del mismo una tarde para oír cómo me declaraban públicamente en estado de falencia, era una satisfacción y un refinamiento superior no esperado por él. Tal fue la coronación de mi humillación y de su completo e indiscutible triunfo.

Entonces, de no haber podido tu padre exigirme el pago de tus gastos, tú, harto lo sé, compasivo siempre cuando se trata tan sólo de palabras, hubieras experimentado lástima por la pérdida total de mi biblioteca, irreparable para un literato, y la más desoladora de todas, mis pérdidas de orden material. Y al acordarte de las cuantiosas sumas gastadas en tu beneficio, y también que durante años habías vivido a mi costa, quizá hasta te hubieras tomado la molestia de rescatar, para mí, algunos de mis libros.

Se perdieron los mejores de ellos por menos de ciento cincuenta libras, o sea, más o menos, la cantidad que gastaba yo por término medio en una semana. Pero, la idea aviesa de que habría de perder tu padre unos céntimos no permitió que cruzase por tu mente la idea de brindarme un pequeño servicio que, siendo tan ínfimo, tan fácil, tan poco oneroso y

tan asequible, con tantas ansias habría deseado que realizaras.

¿No estoy en lo cierto, pues, cuando te digo que ciega el odio a los hombres? ¿No lo reconoces ahora? Procura comprenderlo, al menos, si no lo reconoces. No he menester de decirte que la verdad se me apareció entonces tan nítida como ahora. Mas me dije: Debo conservar a toda costa el amor en mi corazón. Si a la cárcel voy sin amor, ¿qué será de mi alma?

Las misivas que te escribí entonces desde Holloway eran el fruto de mis esfuerzos por conservar el amor como dominante impulso de mi ser. Hubiera podido aniquilarte con reproches amargos. Destrozarte con mis maldiciones. Hubiera podido haberte colocado frente a un espejo, para enseñarte una imagen tuya que no habrías reconocido como tal, hasta después de descubrir que con servilismo reproducía tu horrorosa fisonomía; y entonces, enterado ya de quién era esa figura, por siempre la hubieras odiado, y a ti mismo con ella. Y más aún: me fueron achacadas culpas ajenas; si yo lo hubiera querido, a costa de sus autores podía haberme salvado, por cierto que no del deshonor, pero sí del presidio. Si hubiera yo descubierto cómo los tres

principales testigos de cargo se hallaban minuciosamente aleccionados por tu progenitor, no sólo de lo que tenían que silenciar, sino también de lo que debían decir, y la manera como intencionadamente, concertados en secreto y ajenos al asunto, me achacaron a mí acciones y hechos de otra persona, podía haber hecho expulsar individualmente a cada uno de la sala de Audiencia, con menos ceremonias que las que utilizaron con el pillastre de Stkins, el perjurio, pudiendo, entonces, quedar yo a mi turno en libertad, eirme con la frente muy erguida y metidas las manos en los bolsillos.

Sobre mí ejercieron una presión en extremo recia para que lo hiciese así. Gentes únicamente movidas por el interés que sentían en mi bienestar y en el de los míos, me aconsejaron seriamente en ese sentido, y hasta me rogaron y me suplicaron. Pero me negué a ello; no podía prestarme a lo que de mí se pedía. Y nunca, ni siquiera por espacio de un segundo, ni aun en los más amargos momentos de mi prisión, deploré lo que había hecho. Hubiera estado por debajo de mi dignidad semejante manera de proceder. Nada significan los pecados de la carne. Son dolencias que un facultativo se halla en condiciones de curar, siempre y cuando convenga acceder a su cu-

ración; mas los pecados del alma, aisladamente considerados, son vergonzosos. Haber logrado mi libertad por semejantes medios, hubiera sido para mí un tormento para todo el resto de mi vida. Pero, ¿crees que realmente mereciste el cariño que te demostré entonces? ¿Crees, en verdad, que pensé por un solo instante que lo merecías? ¿Verdaderamente crees haber merecido, en una época cualquiera de nuestra amistad, el cariño que supe evidenciarte, o que haya podido creer, por un solo instante, que tú lo merecías? Sabía que no lo habías merecido jamás. Pero el amor no se rebaja a regatear, ni emplea razones de mercachifles. Su júbilo, como el del espíritu, radica en su sentimiento de vivir. Consiste su esfuerzo en amar; nada más, pero tampoco nada menos. Fuiste mi enemigo, un enemigo como nunca lo tuvo otro hombre del mundo. Te ofrendé mi existencia, y la tiraste para nutrir las más bajas y despreciables pasiones humanas: la vanidad, los apetitos, y sobre todo, el odio. Aniquilaste en mí todo respeto, en menos de tres años. En mi propio interés ya no me restaba otra cosa que hacer más que amarte. Sabía que si me permitía odiarte en el páramo de la existencia a través del cual habría de andar, y por el cual sigo andando aún, perderían su

sombra todas las peñas, se secarían todas las palmeras, y aparecerían emponzoñados todos los manantiales.

¿Comprendes algo, ahora? ¿Tu imaginación despierta, por fin, del letargo mortal en que se hallaba sumida?

Estás enterado ya de lo que es odio. ¿Empiezas a tener una vislumbre de lo que es amor y la esencia del mismo? No es demasiado tarde aún para que aprendas esto, aunque enseñártelo me haya costado a mí años de encierro en una cárcel.

Luego de mi espantosa condena, vestido ya el uniforme de presidiario, y cerradas a mis espaldas las puertas de la cárcel, me vi cubierto por las ruinas de mi magnífica vida, anonadado de miedo, confundido por el terror, aniquilado por el padecimiento moral. Pero no deseaba odiarte. Me decía cotidianamente: Debo hoy conservar el amor en mi corazón. De lo contrario, ¿cómo podré soportar el día? Me acordaba que, intencionadamente al menos, no habías procedido de mala manera conmigo; hacía esfuerzos para pensar que la casualidad era quien había disparado el arco, para que la flecha, deslizándose por entre las juntas de la coraza, atravesase de parte a parte a un rey. Me parecía in-

justo pensar, para juzgarte, en el ínfimo de mis sufrimientos, en la más nimia de mis pérdidas. Y a ti debí considerarte como un mártir. Y hacía esfuerzos para creer que un día habría de desprendésete la venda que durante tanto tiempo te había cegado. Me representaba, pleno de dolor, cuán enorme sería tu terror al contemplar la pavorosa obra de tus manos. Momentos hubo, incluso, en aquellos días negros, los más negros de mi vida toda, en que sentía la impaciencia de poder consolarte. Tanta era mi seguridad de que llegarías a darte cuenta, por fin, de lo que habías hecho.

No cruzó jamás por mi mente la idea de que pudiese apoderarse de ti el peor de los vicios: la liviandad. Sí, para mí constituyó una pena real verme obligado a imponerte de todo. Para ello, tuve que reservarme la primera oportunidad propicia: recibir una carta sobre cuestiones familiares, pues mi hermano político me había comunicado que bastaba con que escribiese una sola vez a mi esposa, para que ella, por amor hacia mí, y a causa de mis hijos no elevara la demanda de divorcio. Comprendía yo que era mi deber hacerlo. Sin referirme a otros motivos, me resultaba insoportable el pensamiento de verme separado de Cyril, de ese hijito mío tan bo-

nito, tan suave y tan digno de ser querido, mi mejor amigo entre mis amigos mejores, mi compañero por encima de mis compañeros todos. Me era más amado uno solo de los cabellos de su dorada cabecita, y tenía para mí más importancia -no diré que tú, desde la cabeza hasta los pies-, pero sí que los crisólidos todos del mundo. Pero lo comprendí hartó tarde.

A las dos semanas de tu intento de acercamiento, tuve oportunidad de tener noticias tuyas. Robert Sherard, y estoy nombrando al más caballero y valiente entre los mejores de los hombres, viene a visitarme, y entre cosas diversas me anuncia que estás en la tarea de publicar un artículo a mi respecto, junto con fragmentos de mis cartas, en ese ridículo *Mercur de France*, que es, con sus estólicas gracias, el centro mismo de la corrupción literaria. Y me pregunta si obedece esto, en realidad, a un deseo mío. Presa de la cólera y del pasmo, imparto las órdenes del caso para que no pasen tus intentos a mayores. Habías dejado rodar mis cartas, y pudo ocurrir, de esa suerte, que las robasen criados extorsionadores. Las escamotearon los sirvientes del hotel, y las vendieron las camareras. No fue esto más que una ligereza tuya, una ausencia de estima por lo que yo

te escribiera. Pero, que tuvieses la ocurrencia de dar a la publicidad, en serio, extractos de las que restaban en tu poder, era para mí una cosa casi incomprendible.

¿Y de qué carta se trataba? No conseguí enterarme de ningún detalle aclaratorio. Fue ésta la primera noticia a tu respecto que recibí. Y fue, como puedes verlo, una noticia harto desagradable. No se hizo esperar demasiado la segunda. Se habían reunido en la cárcel los abogados de tu padre, e iniciaron una acción judicial a causa de las miserables setecientas esterlinas que importaba una minuta. Fui declarado deudor insolvente, y se ordenó mi comparecencia ante el juez.

Estaba firmemente convencido, y lo sigo estando, y he de volver sobre este asunto, de que incumbía a tu familia el pago de estos gastos. Te habías hecho personalmente responsable de los mismos, asegurando que los pagarían los tuyos, y era esto lo que moviera al abogado a hacerse cargo del asunto en la forma como lo hizo. Eras el responsable absoluto de todo. Aparte de tu compromiso en nombre de los tuyos, debiste haber tenido el sentimiento de haber sido tú quien me impeliera a mi ruina, y por ende, lo menos que te correspondía hacer, era

evitarme la vergüenza de la falencia por una suma, al final de cuentas, despreciable, por una suma que era menor, en la mitad, a lo que gastara yo por ti en Goring, durante un breve veraneo de tres meses. Pero olvidemos esto. No niego que recibí por intermedio del secretario del abogado, un mensaje de tu mano relativo al asunto, o por lo menos relacionado con el mismo. El día que se hizo presente para tomarme declaración, se inclinó sobre la mesa -se encontraba allí el carcelero-, y luego de examinar una hoja de papel que extrajo del bolsillo, me dijo en voz baja: Le envía a usted un saludo el príncipe *Fleur de Lys* .

Me le quedé mirando con fijeza. Reiteró el hombre el mensaje. No acababa yo de comprender lo que pretendía decirme con ello. Entonces, añadió el hombre con tono de misterio: El caballero se encuentra actualmente en el extranjero". La verdad, al escuchar tales palabras, me iluminó con la luz de un relámpago, y todavía me acuerdo que por primera y última vez reí en la cárcel. Encerraba esa risa todo mi profundo menosprecio hacia todos. ¡El príncipe *Fleur de Lys*! De inmediato comprendí -y cuán justamente habrían de demostrármelo los hechos que

siguieron-, que no había llegado hasta tu persona nada de todo lo que sufriera yo.

Seguías creyéndote el héroe principal de una comedia, y no el lúgubre protagonista de un negro drama. Todo lo que había ocurrido era como una pluma para adornar el birrete con que se engalanaba una cabeza de conocimientos limitados; como una flor prendida en el jubón, bajo el cual palpitaba un corazón en el odio, y nada más que el odio, podía enardecer, y que el amor, nada más que el amor, debía encontrar frío. ¡Príncipe *Fleur de Lys*! Si, bien hacías en recurrir a un nombre supuesto para ponerte en contacto conmigo. Carecía yo mismo, por ese entonces, de nombre. En la prisión enorme en la cual estaba recluido, yo era tan sólo el número y la letrilla de una celda en un largo corredor, uno de los mil números carentes de vida y una de las mil vidas muertas. Pero la historia verdadera, con toda seguridad, brindaba muchos otros nombres verídicos, que mucho mejor podían cuadrarte, y por los cuales, al mismo tiempo, yo te habría reconocido fácilmente. No me era posible imaginarte bajo un disfraz propio únicamente de un baile de máscaras. ¡Ay, si hubiera estado tu alma, como a su propio perfeccionamiento convenía, traspasada de amor, de

pena, abrumada por el remordimiento y humillada por la aflicción, no habrías elegido ese disfraz para, a su sombra, penetrar en la mansión del dolor! Son lo que aparentan ser los grandes acontecimientos de la vida, y por esto con frecuencia -aunque te suenen mis palabras de un modo inaudito-, de difícil explicación; pero son siempre un símbolo los pequeños. Nos suministran ellos la parte más asequible de nuestras amargas enseñanzas. Esa elección, casual a primera vista, de un nombre fingido, era un símbolo, y como símbolo ha de quedar. Te descubrió.

Me llegó la tercera noticia seis semanas después. Me sacaron del hospital, donde yacía lamentablemente enfermo, para recibir, por intermedio del director de la cárcel, un mensaje privado tuyo. Me leyó una carta dirigida a su nombre, y en la que le comunicabas tu intención de publicar un artículo sobre el caso Oscar Wilde, en el *Mercure de France* (revista ésta que, como tú agregabas tan graciosamente, era similar a la inglesa *Fortnightly Review*), y ansiabas conseguir mi autorización. Era el tuyo un ensayo y... se trataba de varias cartas.

¿De qué cartas? De las que te enviara desde la prisión de Holloway. De unas cartas que debías haber conservado, como depósito sacro y secreto, más

que cualquier otra cosa en el mundo. Si, efectivamente eran ésas las cartas que pretendías editar, para pasmo de los gomosos y de los decadentes, para alimento de los ávidos periodistas, y para que los petimetres del Barrio Latino, con su fama de "Leones", las engullesen luego de abrir muy grandes sus fauces. Pero, aun cuando nada protestase en tu corazón contra ese abyecto sacrilegio, por lo menos tendrías que haberte acordado del soneto escrito por aquél que con tan enorme dolor y desprecio hubo de ver cómo eran sacadas en Londres, para subastarlas públicamente, las cartas de John Keats, y por fin, debías haber comprendido el significado real de mis versos:

*Quien quiebra el cristal del corazón del aeda
dejándole al desnudo ante torpes miradas,
es, a mi entender, para el arte insensible.*

Porque, ¿qué podía probar tu artículo? ¿Que te había amado yo con exceso? En París, esto lo sabían hasta los pilluelos de la calle. Leen todos los diarios que aparecen, y hasta la mayoría de ellos escriben para esos mismos diarios.

¿Que era yo un hombre genial? Muy bien lo comprendían ya los franceses; así como compren-

dían el carácter peculiar de mi genio, infinitamente mejor que tú o que de ti podía esperarse jamás.

¿Que lleva el genio consigo, a menudo, una perversidad característica de la pasión y el deseo? Muy bien; pero esto tendría, con mucho mayor derecho, que tratarlo Lombroso, y no tú. Esto, sin contar con que este fenómeno de carácter patológico también se produce en hombres que carecen en absoluto de genio.

¿Que yo, en la guerra de odio que con tu progenitor sostenías, hice las veces, para ustedes dos, y a un mismo tiempo, de arma y de escudo?

¿Que en esa cacería horrible de la cual yo era la pieza, y que cesó al finalizar la guerra aquélla, no me hubiera nunca derribado tu padre, de no haber estado mi pie enredado en tus redes? Bien; pero tengo entendido que esto lo dijo ya Henry Bauer de deliciosa manera.

Si era tu intención confirmar sus asertos, no habías menester de dar mis cartas a la publicidad, por lo menos las que escribí en Holloway.

¿Acaso pretendías satisfacer aquella súplica mía, expuesta en una de mis cartas de Holloway, de que tuvieses la bondad, siempre que tal cosa te fuese

posible, de tratar de presentarme ante un reducido sector del mundo bajo mi verdadero aspecto?

Es cierto que te formulé esa suplica. Piensa por qué y cómo me encuentro aquí en este momento. ¿Crees, por ventura, que ello se debe a mis relaciones con los testigos del proceso? Mis relaciones, mis reales o supuestas relaciones con gente de esa índole, no ofrecían el menor interés, ni al Estado ni a la Sociedad. No se sabía nada acerca de ello, y todavía se intentaba menos averiguar.

Me encuentro aquí porque pretendí meter a tu progenitor en la cárcel. No podía dejar de fallar mi audacia. Renunció mi abogado a mi defensa. Volvió tu padre el asunto contra mí, fue a mí a quien metió en la cárcel, y en la misma estoy aún. Y se me desprecia por esto. Y por esto se burlan de mí los hombres, Por esto me veo obligado a vivir todos los días, todas las horas y los minutos todos de mi espantosa reclusión. Y por esto fueron rechazadas todas mis demandas de indulto.

Eras el único que podías, sin exponerte en absoluto a la burla, al peligro o a las censuras, haber impreso otro giro al asunto, haber hecho que el mismo apareciese bajo otro aspecto, y arrojado hasta cierto punto una luz diáfana sobre la verdad de las cosas.

Como es natural, no deseaba, ni esperaba tampoco, que revelases cómo y para qué recurriste a mí en tus sinsabores de Oxford, ni cómo y por qué -si realmente por algo era-, no te habías nunca apartado de mí en casi tres años.

Innecesario era exponer tan claramente como aquí lo hago, mis perennes esfuerzos para quebrar una amistad que me perjudicaba en mi arte, en mi situación social, e incluso como miembro de la sociedad. Yo no pedía tampoco que hicieses una descripción de aquellos escándalos que de una manera casi monótona se iban reproduciendo, ni que publicases aquella maravillosa colección de telegramas que me enviabas con una rara mezcla de romanticismo y de interés pecuniario, ni que citases aquellos indignantes párrafos, tan despiadados, de las misivas tuyas que me vi obligado a soportar. Pero me pareció, esto sí, que hubiera sido conveniente, para ambos, que elevaras una protesta contra la interpretación dada por tu padre de nuestra amistad, interpretación tan grotesca como emponzoñada y ponzoñosa en sus consecuencias, y tan tonta con relación a ti, como deshonrosa en lo que a mí concierne.

Ya se ha transformado ahora en un hecho histórico; se propaga, se cree, se incrusta en la mente como artículo de fe. La toma el pastor como texto de sus sermones, y busca en ella un infructuoso tema el predicador moral. Y yo, a quien recibía todo el mundo con reverencia, tengo que acatar la sentencia de un badulaque, de un payaso.

Te dije ya en esta misma carta, y no sin amargura, lo confieso, que la ironía del asunto radica en que tu progenitor siga siendo considerado como el héroe de un libro piadoso; que te halles tú comparado con el niño Samuel, y que yo ocupe un lugar intermedio entre el de Giles de Retz y el del marqués de Sade. Acaso sea preferible así. No es mi intención quejarme de ello. Son lo que son, las cosas, así tendrán que ser, por siempre; es ésta una de las numerosas enseñanzas que agradece uno a la cárcel. Y no me cabe ya la menor duda, tampoco, de que el libertino medieval y el autor de *Justina* sean, en el fondo, unos camaradas mejores que Sandford y Merton.

Pero, por el tiempo aquél, cuando yo te escribí, comprendía que, en el interés de ambos, era conveniente, pues debía ser benéfico y justo, no conformarnos santamente con lo expuesto por tu padre por intermedio de su letrado, para edificación de un

mundo de filisteos, y te supliqué por eso que urdieses y escribieses algo que estuviese bastante próximo a la verdad. Mejor hubiera sido eso, para ti, que el desmenuzar la vida conyugal de tus padres en los diarios de Francia.

¿Qué podía importarles a los franceses que tus padres fueran dichosos, o no, en la intimidad?

Muy difícil es que pueda encontrarse algo que pudiese interesarles menos. Por el contrario, lo que verdaderamente les interesaba era saber cómo un artista de mi fuste, un artista que, por las teorías y el movimiento que encarnaba, había sido de enorme influencia en la trayectoria del pensamiento francés, podía, luego de una vida como la suya, dar lugar a un proceso semejante. Si hubiera sido tu intención publicar en tu artículo las cartas -que mucho me temo han de ser numerosas-, en las que te hablaba yo de la ruina que traías a mi vida; de la demencia, de los ataques de rabia que te dominaban, con tanto daño para ti como para mí, de mi anhelo, mejor dicho, de mi resolución de quebrar una amistad que tan funesta me resultaba, por todos los conceptos, esto sí que lo hubieran comprendido. Aunque, de cualquier manera, no habría autorizado la publicación de esas cartas.

Cuando el letrado de tu padre quiso atraparme en una contradicción, presentando sorpresivamente al juez una carta que te dirigiera en marzo de 1893, y en la cual te decía que antes que permitirme la repetición de los espantosos escándalos que, al parecer, tanto te gustaban, estaba resuelto a dejarme chupar la sangre por cualquier extorsionador de Londres, experimenté una pena real, al ver cuán erróneamente se descubría, ante torpes miradas, ese aspecto de mi amistad contigo. Pero, que te mostrases tan pobre de comprensión, que carecieses en ese grado de toda delicadeza, y aparecieses tan cerrado a todo exquisito sentimiento de belleza y de refinamiento, hasta el extremo de publicar las cartas en las cuales, y mediante las cuales, intentaba yo conservar vivos el espíritu y el alma del amor, a fin de que siguiese el amor amparándose en mí durante los largos años de humillación, fue entonces y sigue siendo aun para mí una fuente de profundísimo dolor, una causa de muy fuerte desilusión.

¿Por qué hiciste eso? No lo sé, por desgracia. A no ser que, al mismo tiempo que te cegaba el odio los ojos, te cosiese la vanidad los párpados con hebras de hierro. La facultad merced a la cual es únicamente posible comprender a los demás en sus

relaciones e ideales , se había estrellado contra tu egoísmo mezquino, tornando ineficaz su largo abuso. Yacía conmigo la imaginación en la cárcel, cuyas ventanas soldara la vanidad, y cuyo centinela se llamaba odio.

Ocurrió todo esto en la primera mitad de noviembre del año antepasado. Me separa de tan lejana fecha un anchuroso río de vida. Apenas si podrías -de ser tal cosa posible- abarcar con la mirada espacio tan dilatado: pero a mí me parece que aquello no ocurrió ayer, sino hoy. Muy largo es el sufrir, y no es posible dividirlo por las estaciones del año. No podemos hacer más que señalar su presencia y advertir su retorno. No avanza el tiempo para nosotros: gira. Da la impresión de que forma un círculo en torno de este eje: el dolor. La inmovilidad envaradora de una vida regulada, hasta en sus mínimos detalles, por una inmutable rutina, de manera que comemos, bebemos, nos paseamos, dormimos y oramos, o cuando menos nos ponemos de hinojos para orar -de acuerdo con los dictados inflexibles de un férreo reglamento-; esa inmovilidad, que hace que cada día sea, con todos sus horrores, y hasta en sus detalles más íntimos, igual a sus hermanos, parece comunicarse a esas fuerzas exteriores

cuya existencia es una variación perpetua. No sabemos nada de la siembra ni de las cosechas, de los segadores encorvados sobre las espigas, o de los vendimiadores deslizándose entre las viñas; del césped del jardín, revestido con el manto blanco de las flores caídas, o sobre el cual están desparramados los frutos en sazón. No sabemos nada, no podemos saber nada.

No existe para nosotros más que una estación: la del dolor. Hasta parece como si nos hubieran arrebatado el sol y la luna. Afuera, el día podrá brillar con matices azules o de oro; pero la luz que penetra, filtrada, por el denso cristal del ventanillo con barrote de hierro, bajo el cual estamos sentados, mísera y grisácea es. Reina eternamente en nuestra celda la penumbra, y siempre invade la noche nuestro corazón. Y se detiene todo movimiento, como en el girar del tiempo, en la esfera del pensamiento.

Lo que habrás olvidado desde hace años, o fácilmente puedas olvidar, retorna a mi mente, y con toda seguridad volverá a retornar mañana. Para comprender por qué escribo, y por qué escribo así, piensa en ello.

Me traen aquí al cabo de una semana. Muere mi madre a los tres meses. Bien sabes, mejor que nadie,

cuán profundamente la amaba y veneraba. Algo terrible fue su muerte para mí; pero yo, que en una época he sido maestro del idioma, no encuentro ahora palabras para expresar mi bochorno ni mi dolor. Jamás, ni siquiera en los más dichosos instantes de mi carrera artística, podía haber hallado palabras capaces de cumplir misión tan elevada, o de hacerse presentes suficientemente sublimes y armoniosas dentro del manto purpúreo de mi dolor indecible. De ella y de mi padre había heredado un nombre honrado y ennoblecido, no solamente en la literatura, en el arte, en la arqueología y en las ciencias físicas y naturales, sino también en la historia política de mi país, y en su desarrollo nacional. Había yo cubierto eternamente de oprobio este nombre, y lo había convertido en una injuria vil entre los hombres viles. He arrastrado este nombre por el lodo, y se lo entregué a compañeros indignos, que lo mancillaron; a dementes, para quienes debía ser una demencia más. Pluma alguna podría describir, ningún libro relatar, lo que entonces sufrí, y sufro aún. Mi esposa, que en ese entonces se mostraba muy buena y muy cariñosa conmigo, quiso evitar que la noticia llegase a mis oídos a través de labios indiferentes y extraños, y no obstante encontrarse

enferma, vino desde Génova hasta Inglaterra con el único objeto de anunciarme esa irreparable e insustituible pérdida. Recibí demostraciones de pésame de todos aquellos que seguían siéndome fieles. E incluso personas a las cuales no conocía personalmente, al enterarse de que un nuevo dolor abrumaba mi vida, me hicieron saber que lo compartían.

Transcurren tres meses. Gracias a la tablilla colgada al exterior de la puerta de mi celda, y en la que figuran, además de mi conducta y mi trabajo, mi nombre y mi condena, sé que estamos en mayo. Mis amigos vuelven a visitarme. Me hablan de ti, como de costumbre. Me dicen que te hallas en Nápoles, en una villa, y que es tu intención dar a la publicidad un tomo de poesías. Incidentalmente me anuncian al final de la conversación que deseas dedicármelo. Remueve esta noticia ante mí la inmundicia toda de la vida. No respondo una palabra; retorno a mi celda en silencio, con el corazón rebosante de desprecio.

¿Cómo, en verdad, podías pensar en dedicarme un tomo de poesías sin pedirme antes autorización?

¡Qué digo pensar! ¿Cómo podías atreverte siquiera a una audacia semejante? Has de responderme que en los días de mi gloria y esplendor, había per-

mitido que me dedicases las primicias de tu obra. Es la pura verdad. A ello accedí, como podía haber accedido a recibir el homenaje de cualquier otro joven que se hubiera iniciado en el difícil y bello arte de la literatura. Todo homenaje es agradable para el artista, y doblemente, cuando quien se lo brinda es la juventud: si manos ancianas son las que lo cortan, se marchita el laurel. Únicamente la juventud se halla autorizada a coronar al artista. Y si éste lo comprendiese así, ello constituiría su verdadera superioridad.

Pero, los días de vileza y de vergüenza son completamente distintos de los de gloria y esplendor. Y esto, tu tenías aún que aprenderlo.

La dicha, la existencia placentera y el triunfo, pueden tener un exterior áspero y una esencia vil; el dolor es lo más sensible que existe en el mundo. No hay nada en el mundo espiritual a lo que el dolor no consiga alcanzar, con su pulsación sutilísima y pavorosa; pulsación comparada con la cual, resulta grosera la laminilla de oropel que indica la dirección de las fuerzas que no puede percibir la vista. Es el dolor una herida que sangra apenas la roza cualquier mano que no sea la del amor, y que sangra, aunque sin sufrir ya, cuando la toca éste. Pero, bien que su-

piste escribir al director de la cárcel de Wandsworth, solicitándome la autorización necesaria para dar a publicidad mis cartas en ese *Mercure de France*, de la misma índole de nuestra inglesa *Fortnightly Review*. ¿Por qué no escribiste también al director de la cárcel de Reading para solicitarle te diese permiso para dedicarme tus poesías, por extremadamente fantástica que fuese la descripción que podías haberme hecho de las mismas?

¿Acaso porque, ya en determinado caso, había vedado a la citada revista publicar cartas cuyos derechos de autor, como sabías de sobra, me correspondían y me corresponden aún, en tanto que, con las poesías, pensaste poder disfrutar hasta último momento de tu proceder arbitrario, sin que llegase eso a mi conocimiento sino cuando ya fuese hartamente tarde para intervenir?

El hecho de ser yo un hombre infamado, arruinado y presidiario, te obligaba, si querías poner mi nombre al frente de tu obra, a pedirlo de mí como un favor especial, como un privilegio, como una distinción. De este modo debe uno acercarse a los que están sumidos en la desgracia y cubiertos de vergüenza. Lugar sagrado es aquel donde hay dolor.

Comprenderá algún día la Humanidad lo que esto significa. No se sabe nada de la vida, hasta entonces.

Lo sabrán apreciar Robbie, y otros hombres de su clase, con él. Cuando, entre dos guardias, fui llevado desde la cárcel hasta el Tribunal de Quiebras, me aguardaba Robbie en el largo y siniestro corredor para, ante el asombro de la multitud, que se quedó muda al presenciar tan tierna escena, descubrirse gravemente en tanto pasaba yo ante él con las manos engrilladas y la cabeza gacha. Los hay que ascendieron al cielo por cosas menos importantes. Cuando los santos se ponían de rodillas para lavar los pies a los pobres, y se inclinaban para depositar un ósculo en la mejilla de los leprosos, estaban poseídos de idéntico espíritu, henchidos de idéntico amor.

Nunca le dije a Robbie una sola palabra a este respecto. No sé siquiera aún, si sabe que reparé en su actitud. Esa no es una cosa que pueda agradecerse con cumplidos ceremoniosos. Este recuerdo lo conservo en el relicario de mi corazón. Lo conservo allí cual deuda que, para mi dicha, no me será nunca dado pagar, sin duda. Yace allí, embalsamado, lozano siempre gracias a la mirra y los nardos de las innumerables lágrimas sobre él vertidas. Cuando hubo

de parecerme vana y estéril la filosofía, y en la boca me supieron a polvo y ceniza las sentencias y frases de todos los que pretendían consolarme, el recuerdo de ese encantador y callado gestecito de amor, hizo brotar nuevamente en mí las fuentes todas de la piedad, florecer como una rosa mi páramo, y me salvó de la solitaria amargura del destierro, poniéndome en armonía con el amplio, exhausto y lacera-do corazón del mundo.

Quien alcance a comprender, no solamente toda la belleza de ese gesto de Robbie, sino todo cuanto hubo de representar y seguirá representando ese gesto, acaso comprenda cómo y de qué manera se me debe interpretar.

El tomo inicial de poesías que un joven, en los albores de su edad madura, lanza al mundo, tiene que ser como un brote o flor primaveral, como el espino de los jardines de Oxford, o como las primavera en los campos floridos de Gumbor. No puede estar esta obra bajo el peso de una tragedia horrible e indignante, de un indignante y horrible escándalo. Hubiera sido una enorme equivocación artística, y habría puesto a la obra en un medio que no le correspondía de derecho, permitir que sirviese mi nombre de heraldo a un libro de la índole del

tuyo. Y es una cosa de importancia el medio, en el moderno arte. Complicada y relativa es la vida moderna, y son éstas sus dos características. Se necesita, para interpretar la primera, el medio, con sus matices delicados, con sus bosquejos y con sus perspectivas inesperadas; lejanía requiere la segunda. Y es esto lo que hace que la plástica ya no sea para nosotros el arte representativo, pero sí que lo sea la música, y lo haya sido asimismo, y como tal perdure, y en el más alto grado, la literatura.

Tanto me he extendido a este respecto, para que comprendas bien todo su alcance, y sepas por qué le escribí de inmediato a Robbie sobre tu asunto, vedando con el más grande de los desprecios y rotundamente, la dedicatoria, y expresando el deseo de que las frases que se referían a ti, se copiasen primero cuidadosamente, y se te mandasen luego. Me daba cuenta de que por fin había llegado el momento de empezar a hacerte ver, a hacerte comprender, todo lo que por culpa tuya había sucedido. Puede alcanzar la ceguera un grado que la haga proceder de un modo grotesco, y una naturaleza escasa de imaginación, puede, si no acude algo a sacudirla, petrificarse hasta la insensibilidad más absoluta. Puede seguir el cuerpo comiendo y bebiendo, y go-

zando, aunque el alma que aloja llegue a extinguirse de un modo tan absoluto como la de Branca d'Oria, del Dante.

Es indudable que mi carta ni siquiera se anticipaba en un minuto al tiempo en que le correspondía llegar. Te sentó como un petardo, por lo que he podido apreciar. Asegurabas hallarte, en tu contestación a Robbie, inhabilitado para pensar y expresarte". Y, efectivamente, se ha dicho que no se te ocurrió nada mejor que quejarte por carta a tu madre. Y tu madre, como es natural, como siempre ciega para lo que realmente era de tu conveniencia - y ha sido ésta su desgracia y la tuya-, te concedió de inmediato todos los consuelos posibles e imaginables, aletargándote en ese anterior estado tuyo, indigno y deplorable.

En lo que me concierne, por el contrario, comunico a mis amigos que se siente muy molesta por la severidad con que te he tratado. Más aún: exterioriza este descontento, no solamente con mis amigos, sino también con aquellos que no lo son, y que -como no necesito, creo, recordártelo-, forman legión. Y me entero ahora, y por intermedio de personas muy afectas a ti y a los tuyos, que ella me roba completamente gran parte de las simpatías que ha-

bían ido despertando, con lentitud pero con certeza, mis dotes relevantes y mis espantosos padecimientos.

La gente piensa: ¡Ah! ¡Resulta ahora que primero intentó meter en la cárcel al bondadoso padre, y al no haberlo conseguido, vuelve hacia otro lado el arma, y trata de descargar sobre los hombros del inocente hijo el golpe que antes erró! ¡Justo, muy justo era el odio que le profesábamos! ¡Bien merecido tenía nuestro desprecio!

Pero, me parece a mí que, puesto que cuando se me nombre ante tu madre, no tiene ella la menor palabra de dolor o de sentimiento por la parte nada pequeña que en el derrumbe de mi casa tuvo, más correcto y decente sería que no dijese nada.

Y en lo que personalmente te concierne, ¿no crees ahora que hubiera sido mejor para ti, en todo sentido, que en lugar de quejarte a ella por escrito, me hubieras enviado directamente a mí unas líneas, y haber tenido el valor de comunicarme lo que me tenías que comunicar y todo lo que pensabas?

Hace actualmente casi un año que escribí aquella carta. No puedo creer que durante todo este lapso hayas permanecido incapaz de pensar y de expresarte .

¿Por qué no me escribiste?

Te demostraba mi misiva lo profundamente herido, lo vergonzosamente tratado que me sentía por tu proceder. Más todavía: por fin se revelaba en su aspecto real tu amistad hacia mí, y en una forma que no permitía en absoluto interpretaciones erróneas. Otrora, te había dicho a menudo que constituías la perdición de mi vida. Siempre te hicieron reír estas palabras. Cuando Edvin Levy, en los albores de nuestra amistad, al notar tu manera de proceder, amparándote a mi sombra en el escándalo terrible que provocaste en Oxford, y los fastidios y los gastos que ese tu mal paso me ocasionaron -y llamémosle mal paso-, pues se había recurrido a él solicitándole apoyo y consejo, quiso ponerme en guardia contra ti, y te referí en Bracknell la prolongada y emocionante conversación que al respecto mantuvimos, te echaste a reír. Cuando te conté que hasta aquel desventurado joven que, finalmente, tuvo que sentarse junto a mí en el banquillo de los acusados, me había en más de una oportunidad augurado que me perderías de un modo más infinitamente trágico que ninguno de los muchachos de baja estofa que tuve la gran locura de tratar, te reíste también, aunque no tan alegremente ya. Cuando

aquellos amigos míos, más previsores, o quizá menos bien intencionados, trataban de abrirme los ojos en lo concerniente a tu amistad, o a causa de la misma me abandonaban, te reías irónicamente. Y a carcajadas te reíste cuando yo, a raíz de la primera carta insultante que tu padre te escribió contra mí, te dije estar seguro de que habría de servirles tan sólo de instrumento en la tremenda lucha entre ustedes, y que, al ser colocado entre los dos, tendría que salir perdiendo.

Pero al comprobar el resultado, se nota que todo ocurrió tal cual yo lo previera. Ningún pretexto tenías para no ver cómo se había ido desarrollando todo. ¿Por que no me escribiste? ¿Pura holgazanería? ¿Por ausencia de sensibilidad?

El que me sintiese ofendido por ti y hubiese evidenciado tal sentimiento, era un motivo más que suficiente para que me escribieses. Si te parecía justa mi carta, debías habérmela contestado. Y si te parecía injusta, por un detalle cualquiera, también. Yo aguardaba una carta tuya.

Persuadido estaba de que, aunque tu vieja inclinación por mí, tus frecuentes juramentos de amor, las innumerables oportunidades en que tuvo mi amistad que ampararte, siendo después tan mal re-

compensado; las mil deudas de gratitud que conmigo tenías, aunque nada fuese todo esto para ti, eran suficiente para incitarte a escribir, el estricto y verdadero deber que las relaciones de hombre a hombre imponen.

No puedes seriamente alegar que creías que yo no estaba autorizado a recibir más noticias que las concernientes a mis asuntos, o de mis familiares. Muy bien sabías que Robbie me enviaba cada tres meses las últimas novedades literarias. No puede existir nada de más encantador que sus cartas, tan ingeniosas y diestramente redactadas, y con tanta soltura elucubradas. Son cartas verdaderas, diálogos de verdad, poseen el mérito de una íntima *causerie* (charla) entre franceses. Y la suavidad con que me brindan un respeto que se dirige unas veces a mi juicio crítico, otras a mi humor, a mi innata inclinación hacia lo bello, o a mi cultura, las más, tiernamente me recuerdan, de mil maneras, que, si bien muchos me consideraban otrora una autoridad en estilo, también los había quienes me consideraban una autoridad suprema en la materia. Y demuestra Robbie poseer con ello, por partes iguales, el instinto de la literatura y el instinto del amor.

Fueron sus cartas los intermediarios entre yo y el mundo irreal y espléndido del arte, en el cual antes era rey, y rey hubiera seguido siendo, de no haberme dejado atrapar por aquel mezquino mundo de pasiones crudas e incompletas, de un gusto sin pauta, de deseos ilimitados y de apetitos informes.

Sin embargo, aunque ya todo está dicho, podrás indudablemente comprender ahora cómo, aunque más no sea a título de curiosidad psicológica, me hubiera interesado más saber algo de tí, que enterarme que Alfred Auston tenía la intención de dar a la publicidad un libro de versos, que George Street se había hecho cargo de la crítica teatral del *Daily Chronicle*, o que la señora Meynele era conceptuada una nueva Sibila del estilo por alguien que no era capaz de entonar un himno sin empezar a tartamudear.

¡Ah! ¡si te hubieras visto en la cárcel! No digo que por culpa mía, pues para mí habría sido una idea insoportable pensarlo, sino por tu propia culpa, por tus propias faltas, por haber confiado en amigos indignos de serlo, por deslizarte en el lodo de la sensualidad, por un abuso de confianza, por un amor mal colocado, o por ninguno de todos estos motivos, ¿crees, por ventura, que habría yo permiti-

do que te sumieses en las tinieblas y la soledad, sin tentar ayudarte o soportar la carga de tu ignominia?

¿Crees que yo, en caso semejante, no te hubiera hecho saber que, si sufrías, compartía yo tu sufrimiento; que si llorabas, estaban también mis ojos llenos de lágrimas? ¿Y crees que al encontrarte tú, encerrado, en la mansión del castigo, menospreciado por los hombres, no hubiera yo construido una casa con mi dolor, una casa en la cual hubiera morado hasta tu regreso, un arca en el cual lo que te negaban los hombres, para curarte se hubiese conservado y en riqueza hubiese crecido?

Si la necesidad amarga o la prudencia, más amarga para mí aún, me hubiesen impedido estar a tu vera y despojado de la alegría de tu presencia, tan sólo percibida a través de los férreos barrotes y a la luz de la vergüenza, constantemente siempre, te hubiera escrito, esperando ansioso que una sola frase, una sola palabra, una sola sílaba, hubieran llegado hasta ti como un eco del amor. Y aun cuando te hubieras negado a recibir mis cartas, yo habría seguido escribiéndote, para que supieses siempre que mis cartas te estaban aguardando.

Conmigo han obrado muchos de esa suerte. Seres hay que me escriben cada tres meses o tienen la

intención de escribirme. Quedan detenidas sus cartas y comunicaciones. A mis manos han de llegar cuando salga yo de esta cárcel infame. Sé que están ahí sus cartas; conozco los nombres de las personas que las han escrito; me consta que estén plétóricas de compasión, de cariño y de bondad. Me basta con esto. No he menester de enterarme de más. Horrible ha sido para mí tu silencio. Ha durado no solamente semanas y meses, sino años; años que deben contar hasta para los que, como tú, viven deprisa en la dicha, y apenas consiguen alcanzar los pies dorados de los días que transcurren bailando ante ellos, y pierden el aliento en su carrera tras la satisfacción.

No admite disculpas tu silencio; es algo que nada podría cambiar. Me constaba ya que tenías los pies de barro. ¿Quién mejor que yo podía saberlo? Cuando dije en mis aforismos que únicamente los pies de barro conceden valor al oro de la estatua, en ti estaba pensando. Pero no creaste estatua alguna de oro con pies de barro. Ante mí has ido modelando tu imagen toda con el vil polvo del camino, hollado por las patas del ganado. De manera que, por mucho que desease íntimamente otra cosa, no sería posible que sintiese por ti más que desdén y menosprecio. Y ese imperio de los restantes motivos,

tu indiferencia, tu prudencia, tu ausencia de sensibilidad, tu manía previsora -llámalos como te plazca-, fue para mí doblemente amargo, a causa de las circunstancias especiales que en mi caso ocurrieron, o que mi caso acarreó.

Otros desdichados seres humanos dignos de compasión, cuando son sumidos en prisión y se les despoja de la belleza del universo, están seguros, por lo menos, de verse en cierto modo libres de las perfidias más agudas y de las flechas más emponzoñadas del mundo. Pueden esconderse en la lobreguez de su celda, y con su vergüenza edificar una especie de santuario inviolable. Prosigue el mundo su marcha, y pueden padecer sin que nadie los moleste. Uno tras otro, los dolores acudieron a preguntar por mí a las puertas de la cárcel, y se abrieron las mismas de par en par para dejarlos entrar. Apenas si se les permitió a mis amigos visitarme, e incluso no pudieron hacerlo. Pero mis enemigos siempre encontraron la senda franca hasta mi persona. He sido entregado en dos oportunidades, en circunstancias terriblemente degradantes, a las miradas y a las burlas de la chusma. Cuando tuve que aparecer en público ante el Tribunal de Quiebras, y

dos veces más aún, al ser públicamente llevado de una mazmorra a otra.

Me trajo su mensaje el mensajero de la Muerte y se marchó, y yo, solo en absoluto, apartado de todo lo que podía haberme aportado un consuelo, de todo lo que podía haber amortiguado mi padecimiento, tuve que aguantar la pena irresistible de la miseria, y los remordimientos que me causaba, y me sigue causando aún, el recuerdo querido de mi madre.

Y cuando apenas ha podido el tiempo cicatrizar estas heridas -pues curarlas no era posible-, me envía mi esposa, por intermedio de su letrado, muy duras y muy amargas cartas. Se me amenaza con el fantasma de la pobreza, y se me echa al propio tiempo la pobreza en cara. Puedo aguantar todo esto aún, y hasta habituarme a cosas peores. Pero me arrebató la ley a mis dos hijos, y esto me causará siempre un dolor infinito, una pena infinita, una infinita aflicción. Que pueda disponer la ley, y es posible hacer que lo disponga, que no tengo ya derecho a estar con mis propios hijos, es esto para mí en verdad atroz. Ya nada significa la vergüenza de verme en un calabozo, comparado con ello. Envidio a los demás hombres que conmigo se pasean por el

patio de la cárcel. Con toda seguridad les aguardan sus hijos, y con ellos se mostrarán buenos y afectuosos.

Más sensatos, más caritativos, más buenos y más sensibles que nosotros, son los pobres. Para ellos, la cárcel constituye una tragedia en la vida de un ser humano, un infortunio, una consecuencia del azar, algo que provoca las simpatías de los demás. Simplemente dicen del que se encuentra en la cárcel, que es un desdichado . Es ésta su manera de hablar y encierra esta expresión la sabiduría más cabal del amor. Ya es distinta la cosa para las personas de nuestra categoría. La cárcel, entre nosotros, hace un paria del ser humano. Apenas si tenemos derecho, yo y mis iguales, al aire y al sol. Empaña la alegría de los demás nuestra presencia. Somos unos intrusos cuando volvemos a hacernos presentes. No nos dejan, siquiera, disfrutar de la claridad de la luna. Nos Arrebatan a nuestros hijos. Quebrados quedan esos adorables lazos que a la humanidad nos unen. Nos vemos condenados a estar solos, en vida de nuestros hijos. Se nos niega todo lo que sería susceptible de curarnos y conservarnos, todo lo que podría aportar algún bálsamo al destrozado corazón, y calma al alma dolorida.

Y a todo esto es preciso agregar la crueldad con que tú, por tu proceder y tu silencio, por lo que hiciste y dejaste de hacer uno y todos los días de mi largo cautiverio, me hiciste aún más difícil poder resistir. Alteraba tu conducta hasta el gusto del pan, y mi agua tornaba turbia. Has duplicado el padecimiento que te correspondía compartir; trocaste en un tormento verdadero el dolor que era de tu obligación haber intentado aliviar. No quiero suponer que lo hayas hecho con intención. Sé, incluso, que no lo has hecho con intención. Obedeció aquello, tan sólo, a la única y realmente trágica flaqueza de tu ser: tu absoluta ausencia de imaginación

Y es el resultado de todo esto, ¡oh irrisión!, que tengo aún que perdonarte. Sí, tal como lo oyes, tengo que perdonarte. No escribo esta carta para volcar acíbar en tu corazón, sino para arrojarla en el mío. He de perdonarte por mí mismo. No es posible que conserve eternamente en el corazón una sierpe que de uno mismo se nutre, y levantarme todas las noches para sembrar espinas en el jardín del alma. Como me ayudes un poco, no ha de serme muy difícil concederte mi perdón. Siempre otrora, te perdoné de buen grado, hicieses lo que me hicieses. Esto no te reportó beneficio alguno, por aquel en-

tonces. Únicamente puede conceder el perdón de los pecados, aquél cuya vida se halla libre de manchas en absoluto. Pero estoy ahora hundido en la degradación y la vergüenza, y muy diferente es la cosa. Mucho más ha de significar ahora mi perdón, para ti. Así has de comprenderlo algún día. Suceda esto tarde o temprano, o nunca, se me aparece mi senda, empero, nítidamente definida. No puedo dejarte marchar, a través de la existencia, con el corazón abrumado por la carga de haber aniquilado a un hombre como yo. Podría hacerte enmudecer esta idea de indiferencia, o enfermar de tristeza; tengo necesidad de aliviarte de esa carga, y echarla sobre mis hombros. Necesito afirmarme que ni tú, ni tu progenitor, ni siquiera aunque se multiplicasen ambos por mil, podían haber perdido a un hombre de mi fuste. Que yo mismo he sido quien se destruyó. Que nadie, por grande o chico que sea, puede perderse como no sea por sus propias manos. Sí, estoy dispuesto a afirmarlo. Esto es lo que pretendo decir, aun cuando por ahora no se me quiera creer. Si ha brotado despiadadamente de mí alguna queja, piensa que es una queja que elevo contra mí mismo, despiadadamente. Por espantoso que haya sido lo que yo mismo me hice. Era yo una encarna-

ción del arte y de la cultura de mi tiempo. Esto ya lo había reconocido en los albores de mi adolescencia, y obligado más tarde a mis contemporáneos a reconocerlo. Pocos son los hombres a quienes el destino indica para ocupar durante su vida una posición semejante, y a pocos se la ratifica. Por lo general, son el historiador y el crítico, quienes, largo tiempo más tarde, efectúan esta ratificación, si llegan a efectuarla alguna vez, cuando tanto el hombre como su época ya han desaparecido. Muy distinto fue conmigo. Personalmente sentí la altura de mi posición, y personalmente se la hice sentir a los demás. Fue también Byron una encarnación, pero reflejaba la pasión, y la fatiga de la pasión de su época. Representaba yo algo más noble, más perenne, algo que poseía una importancia más vital y un significado más dilatado.

Me habían concedido los dioses casi todos sus dones: era amo del genio, poseía un nombre ilustre, tenía una alta posición social, y fama, y esplendor y audacia intelectual. Una filosofía he hecho del arte, y un arte de la filosofía. He enseñado a los hombres a pensar de otra manera, y he concedido otra tonalidad a las cosas. Asombraba a las gentes todo cuanto yo decía o hacía. Me adueñé del drama, la

más objetiva forma que del arte se conoce, y lo troqué en un medio de expresión tan personal como un soneto o una poesía lírica, y ensanché al propio tiempo su campo de acción y lo enriquecí en su psicología. Novela, drama, prosa poética y poesía en verso, diálogo espiritual o fantástico, todo lo que yo toqué quedó revestido con una nueva belleza. Y hasta a la verdad le impuse el artificio y le concedí su carácter natural, y de ambos hice su imperio legítimo. Y demostré que la verdad y el artificio son, tan sólo, unos aspectos intelectuales.

El arte, para mí, fue una realidad superior, y una forma de la ficción la vida, desperté de mi siglo la imaginación, haciendo que me envolviera en mitos y leyendas. En una sola frase resumí todos los sistemas filosóficos, y en un epigrama la existencia toda. Y muchas otras cosas tenía, además. Pero, me dejé arrastrar a períodos muy largos de un bienestar sensual y vacuo. Me divertí siendo un ocioso, un dandy, un *arbiter elegantiarum*. Me rodeé de caracteres menguados y de mezquinos espíritus. Mi propio genio derroché, y hallé una especial alegría en arruinar una juventud que habría tenido que ser eterna. Harto de pasearme por las cumbres, descendí desde los caminos de libertad a los abismos, y en ellos me

precipité, explorador de nuevas sensaciones. Lo que era para mí la paradoja en el universo del pensamiento, la perversidad lo fue en el de la pasión. Y finalmente, se trocó el deseo en dolencia o en demencia, o en las dos cosas al mismo tiempo. Dejé de preocuparme por la vida de los otros, y disfruté donde se me ocurrió, y seguí adelante.

Eché en olvido que la más íntima de las diarias acciones conforma o aniquila el carácter, y que, por consiguiente, habremos algún día de gritar desde el tejado, lo practicado en el secreto de la alcoba. Perdí el propio dominio. Sin advertirlo, cesé de ser el piloto de mi alma. Me dejé, en cambio, dominar por el placer, y a esta tremenda vergüenza he venido a parar. Sólo me queda ahora una cosa: la perfecta humildad.

Casi dos años hace ya que vivo en una mazmorra. Me sentí invadido, al principio, por una salvaje desesperación. Me causaba mi desgracia un dolor desgarrador, cuyo aspecto no inspiraba más que compasión; me sentía poseído de una espantosa e impotente rabia, cubierto de un desprecio e inundado de amargura; pesar del alma que lloraba en alto, miseria imposible de expresar, dolor que tenía que estar callado. Pasé por todas las formas posibles del

padecimiento, y mejor que Wordsworth sabría yo expresar lo que pretendió expresar él en sus versos:

*Siempre es lúgubre y triste el sufrimiento,
Porque de lo infinito posee el carácter.*

Pero, tal como a ratos me hacía dichoso la idea de que mis padecimientos serían sin fin, no podía hacerme a la idea de que no tuviesen el menor significado. En mí mismo descubro ahora algo recóndito, que me dice que nada carece de sentido en el mundo, y menos todavía el sufrimiento. Y este algo, que me habla como me habla y se encuentra profundamente enterrado en mí, como un tesoro en un campo, es la humildad. Es lo mejor y lo último que resta en mí, el más alejado término que he podido alcanzar, el punto de partida de una evolución nueva. Por error ha brotado en mi interior, y me dice esto que ha llegado en el más preciso momento.

Antes, no podía haber venido; ni después, tampoco. Si me hubiera hablado alguien de humildad, de mí lo habría apartado; si me la hubiera traído alguien, yo la hubiera rechazado; pero la encontré yo mismo, y es por eso que deseo conservarla.

Imposible que sea de otra manera; es ella lo único que en sí misma lleva gérmenes de vida, de una vida

nueva, lo único que me aporta los gérmenes de mi *vita nova*.

De todas las cosas, es la más singular: no se puede regalarla, ni aceptarla como un regalo. Por fuerza, para adquirirla, hay que despojarse de todo lo que se tiene. Y sólo se entera uno de que la posee, luego de haberlo perdido todo.

Hoy, convencido ya de poseerla, clara y nítidamente veo lo que me corresponde hacer, lo que necesariamente tengo que hacer. Y no me refiero, al decir esto, a ley externa alguna ni a precepto alguno; no existen, para mí. Soy mucho más individualista que antes. Aparte de lo que lleva uno en sí, me parece que todo carece de valor. Busca mi naturaleza una nueva forma de realizarse personalmente. Y no me ocupa cosa alguna, sino ésta. Y lo que primero debo hacer, es libertarme de todo sentimiento acibarado para con el resto del mundo.

No poseo en absoluto recursos y abrigo. Y, empero, todavía existe algo más duro que esto: hablo con absoluta sinceridad cuando afirmo que, antes de abandonar esta cárcel con rencor contra la humanidad, preferiría de corazón ir a mendigar mi pan de puerta en puerta. Si no recibiese nada en la mansión

de los ricos, con toda seguridad habrían de darme algo los pobres.

Muy a menudo se muestra avaricioso el que mucho tiene. El que tiene poco, siempre está dispuesto a compartirlo con otro. Lo mismo me importaría tener que dormir en el estío sobre el fresco césped, y buscar en invierno un cálido refugio en un almiar de heno, o debajo de un gran henil, siempre y cuando se abrigase el amor en mi corazón. Ahora, las cosas exteriores de la existencia, me parecen carecer absolutamente de importancia. Ya puedes ir viendo en esto, cuánto he marchado por la senda del individualismo, o mejor dicho he de marchar lentamente, porque larga es la jornada, y se halla mi senderillo sembrado de espinas .

La verdad es que me consta que mi destino no habrá de hacerme pedir limosna por la carretera, y que si reposo alguna noche tendido sobre la hierba fresca, será para dedicarle sonetos a la luna. Cuando salga de esta cárcel, me estará aguardando en su exterior Robbie, ante el enorme portón con barrotes de hierro. Y es ése el símbolo, no de su propio afecto tan sólo, sino del afecto de muchos otros. En todo caso, supongo que he de recibir lo necesario para vivir más o menos un año y medio. Y si enton-

ces no escribo libros hermosos, por lo menos estaré en condiciones de leerlos. ¿Existe, por ventura, felicidad más grande?

Mas, creo que me será dado aún resucitar mi poder creador.

Pero, si así no fuera; si por el mundo no me quedase ya amigo alguno, y ninguna casa me abriese compasivamente sus puertas; si tuviera que resignarme a cargar con las alforjas y a vestir los andrajos de la absoluta pobreza, podría aún, siempre que libre de todo sentimiento de venganza estuviese, y libre asimismo de todo sentimiento de crueldad y menosprecio, hacer frente a la vida con infinitamente más serenidad y confianza que si mi cuerpo estuviese cubierto de púrpura y se hallase mi alma preñada de odio.

Y por cierto que no ha de ofrecermelo esto la menor dificultad. Quien cobije en sí el amor, verdaderamente, amor para consigo mismo encuentra. No he menester de decirte que no concluye aquí mi tarea. Relativamente fácil sería, de lo contrario. Muchas, muchísimas son las cosas que ante mí se hacen presentes. Debo escalar cimas mucho más altas y atravesar valles mucho más oscuros. Y ha de salir

todo de mí mismo, de mí mismo... No pueden concederme ayuda, ni la religión ni la moral, ni la razón.

No puede concederme ayuda la moral. Soy un ser esencialmente autonomista, y formo parte de aquellos para quienes las reglas no existen, pero sí la excepción. Pero, al propio tiempo que comprendo que nunca es dañoso lo que uno hace, comprendo, también, que puede existir el mal en aquello que uno va siendo, y puede ser de considerable ayuda el conocimiento de esta verdad.

No puede la religión concederme ayuda. Tal como creen otros en lo que no pueden ver, yo, en cambio, creo únicamente en aquello que me parece ver y palpar. Viven mis dioses en templos erigidos por la mano del hombre, y se cierra y perfecciona mi evangelio dentro de la esfera de la verdad experimental. Y acaso con exceso, pues como la mayor parte de los hombres que buscan en esta tierra su cielo, yo he descubierto en ella, por partes iguales, la belleza celeste y los horrores del Averno. Cuando sobre la religión empiezo a pensar, me doy cuenta de que me agradaría fundar una Orden para los que no pueden creer: y esa Orden podría denominarse Comunidad de los Incrédulos. De pie ante un altar en el cual no ardiese cirio alguno, un sacerdote, cu-

yo corazón no conociese la paz, celebraría con pan carente de consagración y con un cáliz sin vino. Para ser reales, todas las cosas tienen que trocarse en religión. Y habrá de poseer su ritual la doctrina de los agnósticos, como la doctrina de todas las creencias. Sus mártires ha sembrado; por lo consiguiente, debería cosechar santos y agradecer cotidianamente a Dios el no haberse ofrecido a las miradas de los hombres. Mas, tanto la fe como el agnosticismo, nada en mí puede ser exterior. Necesario es que cree yo mismo sus símbolos. Es trascendente, únicamente lo que su propia forma modela. Si en mí no consigo descubrir su secreto, nunca lo descubriré, y si no lo tengo ya, nunca más lo volveré a tener.

No puede prestarme ayuda la razón. Me declara que las leyes aquellas de que fui víctima, son injustas y fueron vulneradas, y que está vulnerado y es injusto el sistema bajo el cual he padecido. Pero habré de componérmelas de alguna manera para que las dos cosas sean, al propio tiempo, justas y buenas para mí. Y así como en el arte no se preocupa uno más que por un determinado objeto en un momento determinado, lo mismo ocurre con la evolución ética del carácter. Consiste mi tarea, entonces,

en lograr que redunde en mi beneficio todo cuanto me ha acaecido.

El camastro de tablas, la comida inmunda, los duros cordeles que debemos deshilar para trocarlos en blanda estopa, hasta que nos insensibiliza el dolor las yemas de los dedos; la faena de siervos que inaugura y clausura el día; la indumentaria horrenda que torna el dolor grotesco; el silencio, la soledad, la vergüenza, estos padecimientos todos, es necesario que los convierta en etapas del espíritu.

No dejaré de tratar de convertir en un ascenso espiritual ni una sola degradación corporal.

Deseo poder llegar a decir con la mayor sencillez, sin hipocresía, que mi existencia tuvo dos momentos decisivos: cuando me envió mi padre a Oxford y cuando me mandó a la cárcel la sociedad. No es mi deseo decir con esto que el hecho de ingresar en la cárcel sea lo mejor que me podía haber ocurrido, pues implicaría esto una amargura excesiva contra mí mismo. Prefiero decir, u oír que dicen de mí, que habré sido tan característico hijo de mi época, que, en mi perversidad, y a consecuencia de la misma, troqué en malo lo bueno de mi vida, y en bueno lo malo.

Y entre tanto, poco importa lo que yo u otros podamos decir. Lo esencial que se me presenta, y que debo realizar, si no es mutilado, destruido o defectuoso el escaso tiempo que me resta aún, es absorber en mí todo lo que se me ha hecho, transformarlo en una parte de mí mismo, aceptarlo sin protestas, sin resistencias y sin temores. Es la livianidad el mayor de los vicios. Es justo todo cuanto llega a la conciencia.

Hubo quien me aconsejó al principio de mi reclusión, que tratase de olvidar quién era. No podía ser más desdichado el consejo. Únicamente dándome cuenta de lo que soy, pude encontrar algún consuelo. También hay quien me aconseja ahora que, no bien me vea en libertad, trate de olvidar que he morado en la prisión. Pero me consta que esto sería del mismo modo fatal, pues me sentiría perseguido mi vida entera por un sentimiento inaguantable de vergüenza, y todo lo creado para mí y para los demás: la belleza del sol y de la luna, las estaciones del año, la armonía de la aurora y el silencio de las largas noches, la lluvia que murmura entre el follaje, y el rocío que al caer sobre el césped lo cubre de plata, estaría todo pisoteado para mí y perdería su fuerza curativa y su propiedad de derramar alegría.

Equivale a impedir el propio desarrollo; deplorar la propia experiencia es como sellar con una mentira los labios de la propia vida. Es nada menos que intentar renegar de la propia alma.

Y es que, tal como el cuerpo absorbe toda clase de cosas, tanto las más ordinarias e impuras, como aquellas consagradas por el sacerdote o el éxtasis, y las convierte en agilidad y fuerza, en el hermoso juego de los músculos, en las formas de la carne luminosa, en los tonos y curvas de las cabelleras, de los labios y de los ojos, también es la actividad nutricia del alma, que puede trocar en nobles excitaciones y pasiones de amplio alcance, lo bajo, lo cruel y degradante; más todavía: que puede precisamente hallar en ello su modo más noble de afirmarse y que, a menudo, se exterioriza de la más perfecta manera, a través de aquello cuya primera intención era de destrucción o de profanación.

Necesario es que acepte ya francamente haber sido uno de los viles reclusos de una vil cárcel. Y, por muy raro que esto parezca, no avergonzarme de ello es una de las enseñanzas que debo inculcarme. Es necesario que acepte esto como un castigo: no sentir vergüenza de un castigo, equivale a no haberlo recibido. Cierto es que fui condenado por muchas

cosas que no cometí, aunque también por muchas que confieso haber cometido, y que hay todavía en mi vida muchas más de las que no se me pidió cuenta jamás. Y, como lo dije ya en esta carta, ya que es difícil conformar a los dioses, y lo mismo nos castigan por lo que existe en nosotros de bueno, que por lo que de malo y perverso haya, no me queda más remedio que conformarme con ser castigado, tanto por lo bueno como por lo malo. No me parece que sea esto justo del todo. Ayuda, al menos, o debería ayudar a considerar las dos cosas con sensatez, y a no envanecerse por demás de ninguna de ellas. De modo, que si en vista de ello, no me avergüenzo de mi castigo -y espero conseguirlo-, podré pensar, andar y vivir con la mayor libertad. Muchos hombres hay que, al ser puestos en libertad, consigo se llevan la cárcel y la esconden en su corazón, como si fuera una secreta ignominia, y acaban por arrastrarse en un agujero como desventurados envenenados, hasta morir allí. Es espantoso verlos reducidos a semejante extremo, e injusto, terriblemente injusto; que les impulse a ello la sociedad. Se arroga la sociedad el derecho de infligir al individuo horribles castigos, pero posee asimismo el supremo vicio de la liviandad, y no llega a comprender la

verdad de lo que realiza. Abandona a sí mismo al hombre que ya ha cumplido su condena, porque se desinteresa de él, en el preciso momento en que más estrecho es el deber que tiene para con él. Realmente se avergüenza de su propia obra, y elude a quienes ha castigado, como se escapa de un acreedor a quien no es posible pagar, o de alguien a quien se causó un irreparable perjuicio. Por mi parte, puedo yo pretender que, tal como me represento lo que sufrí, se representa la sociedad cuanto me hizo, y que no perdure, ni en ella ni en mí, ninguna clase de amargura ni de odio.

Naturalmente que sé muy bien que, desde determinado punto de vista, han de ser las cosas mucho más difíciles para mí que para otros, y que no puede dejar de ser así, en vista de mis circunstancias. Los desdichados ladrones y vagabundos que están aquí recluidos conmigo son, en diversos aspectos, más dichosos que yo. El breve espacio que presencié sus delitos, en una grisácea ciudad o en un verdeante campo, es muy reducido; para tropezar con seres que todo lo ignoren de ellos, no han menester de recorrer más tierra que la que cruza un ave en su vuelo, desde el anochecer hasta la aurora. El mundo, para mí, es en cambio como la palma de la ma-

no, y a cualquier parte adonde vaya, mi nombre he de ver grabado en las rocas, con letras de bronce.

Y ello porque no emergí de las tinieblas a la tajante luz de la pasajera fama del delincuente, sino que desde la gloria inmortal me precipité en la infamia. Y tengo la impresión, a veces, de que hubiese probado -si en realidad necesitase ello semejante demostración- que sólo media un paso entre la gloria y la infamia, y acaso menos de un paso.

Pero, justamente el hecho de que allí donde me presente me conocerán los hombres y estarán enterados de mi vida toda, o por lo menos de mis locuras todas, puede ser un bien para mí: me impondrá la necesidad de afirmarme nuevamente como artista, y ello lo antes posible. Bastará con que consiga producir una hermosa obra de arte, para que me vea en situación de arrancarle su ponzoña a la maldad, a la cobardía sin sarcasmos, y de raíz la lengua a la calumnia. Y aunque fuese la vida -como seguramente lo es- un problema para mí, también yo soy, a mi vez, un problema para la vida. Preciso ha de ser que busquen las gentes el modo de comportarse conmigo, y con ello expresen su juicio a su respecto y al mío. No preciso decir que a nadie me refiero aquí en particular. Los únicos hombres que deseo tener a

mi vera, son los artistas, y aquellos que sufrieron, y aquellos que conocen la belleza, y los que saben lo que es el dolor. Ya nadie me interesa fuera de ellos. No le exijo nada más a la vida. Todo lo que aquí dije, se refiere tan sólo a mi propia posición espiritual ante la vida, en su conjunto considerada, y siento que una de las etapas primeras que debo alcanzar es, por amor a mi propio perfeccionamiento; y a raíz de mi propia imperfección, no tener vergüenza del castigo sufrido.

Luego, también he de aprender a ser dichoso. Sabía serlo antes, o instintivamente creía saberlo. Siempre reinaba la primavera en mi corazón. Era pareja de mi temperamento la alegría de vivir. Colmé mi vida de placeres, como hasta los bordes se colma una copa de vino. Me acerco ahora a la vida con una visión absolutamente nueva, y a menudo habré de serme por demás difícil concebir tan sólo la felicidad.

Me acuerdo que durante mi primer semestre en Oxford leí en *El Renacimiento*, de Pater -ese libro que una influencia tan extraña había de ejercer sobre mi existencia-, cómo sitúa Dante en las profundidades del Averno a los que se empecinan en vivir sumidos en la tristeza. Me dirigí a la biblioteca del colegio, y

busqué el pasaje de la *Divina Comedia*, en donde se especifica que viven bajo el fango del infierno los que se hallan sumidos en la dulzura de la melancolía , y eternamente gimen entre suspiros:

Tristi fummo

Nell aer dolce che dal sol s'allegra.

Estaba enterado de que la Iglesia condenaba la *ac-cidia*; pero me pareció por demás fantástico todo este concepto. Sería ésa una forma de pecado - pensaba yo- inventada por algún sacerdote que nada conocía de la vida. Tampoco podía acabar de comprender cómo el Dante, que dice que el dolor vuelve a unirnos a Dios , podía mostrarse tan duro para con los que bogaban en el éxtasis de la melancolía, si realmente los había. Entonces yo no podía sospechar que esto, algún día, habría de constituir una de las tentaciones mayores de mi vida. Cuando estuve en la cárcel de Wandsworth, hasta llegué a ansiar la muerte. Mi único deseo era morir. Y cuando, luego de una permanencia de dos meses en la enfermería, fui traído aquí y mi estado físico mejoró paulatinamente, bramaba de ira. Me forjé el propósito de suicidarme el mismo día de mi liberación.

Transcurrido algún tiempo, esta crisis decayó, y conseguí convencerme de que debería vivir, pero

envolviéndome en una profunda aflicción, como un rey en su púrpura; no tornar a sonreír jamás; convertir en mansión de duelo cada casa que pisase; obligar a mis amigos a marchar a mi vera al lento paso de mi melancolía; demostrarles que es éste el secreto real de la vida; amargarles su júbilo con el dolor ajeno, atormentarles con mi propio dolor. Pero, he cambiado ahora radicalmente de manera de pensar. Comprendo que ofrecer un rostro tan fune-rario sería, de mi parte, ingratitud y descortesía, pues obligaría a tal cosa a mis amigos, cuando me hiciesen una visita, a poner caras más fúnebres aún, para expresarme de ese modo su simpatía, o en el caso de que se me antojase obsequiarles, invitarles a tomar asiento, en silencio, ante unas amargas hierbas y un yantar de velatorio. Debo aprender a curarme de las cosas y a ser dichoso.

En las dos últimas oportunidades que me fue dado recibir aquí a mis amigos, hice esfuerzos para mostrarme lo más contento posible para evidenciarles mi alegría, a fin de indemnizarlos, por lo menos así, de la prolongada caminata que hicieran desde Londres hasta aquí. Me consta perfectamente que es por demás mezquina la compensación, pero también me consta, y estoy persuadido de ello, que

no podía serles ninguna más grata. Hace ocho días el sábado, pasé una hora con Robbie y traté por todos los medios de demostrarle lo más claramente posible, la alegría sincera que su presencia originaba en mí; y el hecho de que, por vez primera desde el día de mi condena, sentí un vivo deseo de vivir, me prueba que las conclusiones y la manera de ver a que voy llegando aquí, en el silencio, efectivamente me encauzan por el sendero correcto.

Tantas son las cosas que debo hacer, que sería para mí una tragedia horrible tenerme que morir antes de haber podido realizar aunque más no sea una parte de ellas. Nuevas posibilidades advierto en el Arte y en la Vida, y cada una de ellas es una forma inédita de perfección. Ansío vivir para poder investigar lo que es un mundo que se me aparece nuevo, casi. ¿Deseas saber cuál es este mundo? Te será fácil adivinarlo: el mundo en el cual he vivido últimamente. Vale decir: el dolor y todo lo que el mismo enseña.

Vivía yo únicamente, otrora, para el placer, y me apartaba yo mismo de las formas todas del dolor y del padecimiento. Los dos me asqueaban. Había resuelto imponerme de su existencia lo menos posible, y considerarlos, en cierto modo, como formas

de imperfección. Extraños eran a mi concepto de la vida. Para ellos no había sitio en mi filosofía. Mi madre, que conocía peldaño por peldaño toda la escala de la vida, tenía la costumbre de citarme unos versos de Goethe que le escribiera muchos años antes Carlyle en un libro, y que si mal no recuerdo expresaban:

*Quien no comió nunca su pan en el dolor,
ni se pasó llorando y aguardando la lerda mañana,
las largas horas de la noche,
ése no os conoce, potencias celestiales.*

Esa noble reina prusiana, tan brutalmente tratada por Napoleón, tenía también la costumbre de recitar estos versos en su humillación y destierro, y los repetía a menudo mi madre, cuando los reveses de los últimos años.

Pero yo me negaba a admitir, en una forma rotunda, la grandiosa verdad que se ocultaba en ellos. No alcanzaba a comprenderlos, y me acuerdo todavía hoy cómo le decía a mi madre que no me agradaba en absoluto comer mi pan con lágrimas, ni pasarme las noches llorando y esperando despierto un todavía más triste amanecer.

No podía imaginarme que ésa era una de las sorpresas para mí reservadas por el destino; que du-

rante un año entero apenas si habría de hacer otra cosa. Pero, era tal la parte que me fuera adjudicada, y en el transcurso de los últimos meses, luego de luchas y dificultades sin cuento, conseguí comprender algunas de las enseñanzas que se esconden en lo más recóndito del dolor.

Hablan a veces del dolor como de un misterio, los sacerdotes y demás individuos que sin discernimiento recurren a frases carentes de sentido. En puridad de verdad, es el dolor una revelación, pues se conoce por él eso en que jamás se había pensado, y consideramos entonces la historia bajo un punto de vista muy diferente. Y aquello que débil e instintivamente presumíase en el arte, entonces aparece en el campo del pensamiento y del sentimiento, a través de una perfecta nitidez de visión, y representado con toda intensidad.

Comprendo ahora que el dolor, la emoción más noble de que es el hombre capaz, es al mismo tiempo el modelo original y la piedra de toque del gran arte. De acuerdo con lo que busca siempre el artista, es ésa la forma de vida en la cual estén fundidos el cuerpo y el alma, en forma inseparable, en la que lo exterior expresa lo interior que por él se exterioriza.

No son muchas estas formas de existencia: pueden servirnos de modelo en un momento dado, el cuerpo de un joven y las artes que se encargan de representarlo, podrá también complacernos la idea de que la moderna pintura del paisaje, en la fineza y dulzura de sus impresiones por su manera de indicar el espíritu que mora en lo externo y se envuelve en la tierra y el aire, en la neblina y en la configuración de las ciudades, por la excitante y mórbida armonía de sus impresiones y matices, para nosotros realiza, por el colorido, lo que hubieron de realizar los griegos con tanta perfección plástica. Es la música, en la cual el tema se esfuma en la expresión, de la cual no puede ser separada, un complejo ejemplo de aquello que quiero expresar, así como son un sencillo ejemplo de esto una flor o un niño. Pero el dolor es el modelo supremo, tanto en la vida como en el arte. Podrá ocultarse detrás de la alegría y de la risa su temperamento tosco, recio, limitado, pero cabe tan sólo dolor detrás del dolor. No usa careta el dolor, contrariamente a la alegría. No está la verdad, en arte, en la relación que puede guardar la idea esencial con la existencia accidental; no está en la semejanza de la forma con su sombra, o en la representación de la forma con la sombra misma; no es el

eco que devuelve la cavidad que forma la colina, ni la fuente de plata del valle, tampoco, que la luna muestra a la luna, y Narciso a Narciso. Consiste la verdad, en arte, en la concordancia que guarda un objeto consigo mismo; en que se convierte lo exterior en expresión de lo interior, en carne el alma, y en que el cuerpo está animado por el espíritu. Y por ello no existe verdad comparable a la del dolor. Algunas veces me parece que es el dolor la verdad única. Y todo lo restante, fantasías de la vista o del deseo, cosas nacidas para cegar a aquélla y para saciar éste. Pero están forjados los mundos con dolor, y no puede verificarse sin dolor, ni el nacimiento de una criatura, ni el de una estrella.

Y hay aún más: tiene en sí mismo el dolor una realidad extraordinariamente intensa. Dije ya que había sido yo una encarnación del arte y de la cultura de mi siglo. No hay en esta mansión del dolor ningún miserable, ninguno de mis compañeros, que no encarne el misterio todo de la vida. Porque es el sufrimiento el misterio de la vida. Detrás de todo lo demás está escondido. Apenas empezamos a vivir, se nos brinda lo dulce tan dulce, y tan amargo, que dirigimos inevitablemente todo nuestro afán hacia las alegrías de la existencia, y no nos conformamos

ya con alimentarnos un mes o dos con miel , sino que querríamos no probar nunca otro alimento, sin saber que, realmente, en el transcurso de ese lapso dejamos que se muera de hambre nuestra alma.

Me acuerdo de haber hablado de esto, una vez, con uno de los seres más encantadores que tuve ocasión de conocer, una mujer cuya gran simpatía y noble bondad para conmigo, tanto antes de la tragedia de mi prisión, como después, es imposible describir; una mujer que, ignorándolo, me ayudó de verdad, más que nadie en este mundo, a sobrellevar la carga abrumadora de mis pesares, y ello simplemente por ser como es: a medias un ideal, a medias una fuerza activa, una expresión de lo que podría uno llegar a ser, y una ayuda real para decidir lograrlo: un alma cuya dulzura infunde al aire de cada día, y que hace aparecer lo espiritual tan simple y natural como la luz del sol, o como el mar; una mujer merced a la cual se dan la mano y cumplen una misión idéntica, la belleza y el dolor.

Me acuerdo con exactitud cómo, en esa oportunidad que acude hoy a mi mente, le dije que una sola callecita de Londres contenía olor suficiente para demostrar que no ama Dios a los hombres, y

que allí donde sufre alguien, aunque este alguien no sea más que una criatura llorando en un jardín una culpa que no ha cometido, o que ha cometido, está desfigurada la faz de la creación. Expresándome de esta manera, yo estaba completamente equivocado, y así me lo hizo notar ella, aunque no podía yo creerlo, pues no me encontraba entonces en condiciones de poder experimentar semejante sentimiento.

Creo actualmente que el amor, sin discutir su calidad, es la única explicación plausible para la cantidad inmensa de dolor que existe en el mundo. No alcanzo a concebir una explicación distinta, y estoy persuadido de que no puede haberla tampoco. Y si verdaderamente, como dije antes, está el mundo forjado de dolor, la mano del dolor es la que lo ha construido, pues de otro modo el alma del hombre, para la cual fue creado este mundo, no podría alcanzar nunca el completo desarrollo de su perfección. Para el cuerpo hermoso, está el placer; para la hermosura del alma, el dolor.

Involucran mis palabras demasiado orgullo, cuando digo que estoy firmemente persuadido de ello. Se vislumbra en la lejanía, cual perla sin defecto, la Ciudad de Dios. Tan maravillosa es, que de-

searía uno poder creer que le sería dado a una criatura alcanzarla en un día del estío. Y por cierto que puede alcanzarla una criatura, pero no yo ni mis semejantes. En un instante dado, podemos sentir algo en toda su intensidad, pero volvemos a perderlo en las horas siguientes, horas largas y abrumadoras, cual si anduviese con pies de plomo. ¡Tan difícil es "mantenerse en las cimas donde puede el alma caminar"! Pertenecen nuestros pensamientos a la eternidad, pero nos movemos nosotros lentamente a través del tiempo. Y no he menester de insistir sobre la lentitud con que el tiempo transcurre para los que moramos en la cárcel. Ni tampoco sobre el hastío y descorazonamiento que se deslizan con tanta tenacidad en nuestra celda, y en la de nuestro corazón, que en cierto modo nos vemos obligados a limpiar y adornar la casa para ellos, como para una visita importuna, para un amo duro, o como para esclavos de los que fuésemos, por elección personal o disposición de la casualidad, también esclavos nosotros.

Tal vez les resulte a mis amigos difícil creerlo; pero es la pura verdad; es más fácil para ellos, en su existencia de libertad, ocio y holgura, aceptar las lecciones de la humildad que no para mí, que inau-

guro el día fregando de hinojos el piso de mi mazmorra. Y es que la vida carcelaria, con sus privaciones y restricciones innumerables, le torna a uno rebelde. Y lo más terrible es que, en vez de partirle a uno el corazón -pues para eso están hechos los corazones, para que los quiebren- se lo trueque a uno en pedernal. En ciertos momentos tiene uno la impresión de que sólo podrá dar prisa al día con una frente de hierro y una expresión de desdén en los labios. Y quien se encuentra en estado de rebelión no se halla en condiciones de participar de la gracia -para utilizar la expresión, que tanto agrada, y con razón a mi entender, a la Iglesia- pues tanto en la vida como en el arte, cierra los canales del alma ese estado de rebelión, y no deja penetrar los consuelos celestiales.

Sin embargo, si en alguna parte tengo que aprender las enseñanzas de la humildad, aquí tendrá que ser, y no obstante las muchas veces que me precipitaré en el fango y marcharé con paso incierto entre la niebla, he de alegrarme al ver que mis plantas están en el buen sendero y vueltos mis ojos hacia la puerta que denominan hermosa .

Esta Nueva Vida, como me agrada llamarla a veces por amor al Dante, no es nada una nueva vida,

naturalmente, sino sencillamente la lógica evolución que prolonga mi existencia anterior. Me acuerdo que en Oxford, el año que me gradué, dije a uno de mis amigos, una mañana en que íbamos al *Magdalen College*, por unas estrechas callejas por las que revoloteaban los pájaros, que era de mi gusto probar los frutos de todos los árboles del jardín del mundo y que, con esa pasión en el corazón, yo me adentraba en la vida. Y así, de acuerdo con mi expresión, me adentré en la vida, y viví así.

Consistió mi único error en limitarme de un modo exclusivo a los árboles que me parecían encontrarse en la parte besada por el sol del jardín, y en evitar el sendero y la zona de sombra y lobreguez. La caída, la desgracia, la pobreza, el dolor, la desesperación, el padecimiento y hasta las lágrimas, las palabras que brotan de los labios entrecortadas por el dolor, el remordimiento que siembra nuestra ruta de espinas, la conciencia que condena, la voluntaria humillación que castiga, la miseria que se echa cenizas sobre la cabeza, las penas del alma que se visten con lienzos toscos y vierten hiel en nuestras bebidas, todas estas cosas me hacían retroceder espantado. Y como había resuelto no hacer nada de ellas, una tras otra hube de probarlas todas, hube de ali-

mentarme con ellas, y tuve que renunciar durante algún tiempo a cualquier otra pitanza.

Ni por un solo momento deploro haber vivido para el placer; intensamente viví para él, como debe hacerse todo cuanto se hace. No hubo placer del cual yo no gozase. La perla de mi alma fue arrojada por mí en una copa de vino. La senda tapizada de flores descendí al son de la flauta, y de miel me nutrí. Pero, el prolongar esa existencia habría quedado trunco, y era necesario seguir avanzando. Me reservaba también sus secretos la otra mitad del Jardín. Como es natural, se encuentra todo esto encarnado en mi arte, y hacia el exterior me proyecta. Pueden verse huellas de eso en *El príncipe feliz*, y asimismo en el cuento de *El rey joven*, sobre todo en aquella parte en que el obispo le dice al chico arrodillado: ¿No es más sabio que tú Aquél que creó la Misericordia? . Cuando escribí estas palabras, apenas si me parecieron algo más que palabras.

Y gran parte de todo eso se encuentra, por fin, disimulado en el tono que, como hilo de púrpura, corre a través del brocado de oro de *Dorian Gray*, brilla a través de la opulenta policromía de *La crítica considerada como arte*, se lee en letras por demás claras en *El alma del hombre*; un tema cuya repetición insis-

tente asemeja tanto a *Salomé* con una pieza de música, concluye como una balada y se ha trocado en carne y en sangre en el poema en prosa del hombre que, con el bronce de la imagen del *Placer que un instante dura*, debe crear la del *Dolor que perdura siempre*.

Y no era posible que de otro modo fuese. Es uno aquello que ha de ser, no menos que aquello que ya fue, en cada instante aislado de la vida. Es el arte un símbolo, porque también lo es el hombre.

Si puedo llegar hasta allí, habré alcanzado la realización suprema de la existencia del artista, pues la misma no es más que la prolongación del artista en sí. Consiste la humildad en el artista en aceptar incondicionalmente las experiencias todas, así como el amor estriba en él simplemente en el sentido de la belleza, que al mundo revela su cuerpo y su alma. Pater, en *Mario el epicúreo*, pretende armonizar la vida del artista con la vida religiosa, en el profundo, austero y gracioso sentido de la palabra. Pero apenas si es Mario un mero espectador, aunque sí un espectador ideal, que puede considerar con sentimientos propios el drama de la existencia, lo cual para Wordsworth es el verdadero destino del aeda. Pero, no es más que un espectador, y acaso por demás ocupado de la elegancia de los bancos del templo,

para notar que el templo que ante sus ojos tiene, es el del Dolor.

Noto una relación mucho más íntima e inmediata entre la vida verdadera de Cristo y la vida verdadera del artista, y constituye para mí una inmensa alegría pensar que, mucho antes de que se hubiese adueñado de mis días el dolor, y me amarrase a su carro, yo había escrito, en *El alma del hombre*, que el que pretende vivir una existencia semejante a la de Cristo, tiene que ser completa y absolutamente él mismo . Y como ejemplo citaba, no solamente al pastor en su llanura, y al preso en su mazmorra, sino al pintor también, para quien el mundo es una mascarada, y el vate, para quien es una canción.

Me acuerdo haberle dicho una vez a André Gide, un día que estábamos juntos en un café de París, que a mí me inspiraba muy poco interés la metafísica, en realidad, y absolutamente ninguno la moral, y que todo lo que fue dicho por Platón y por Cristo podía transponerse de inmediato a la esfera del arte, y en ella hallar su realización perfecta. Esta era una generalización tan profunda como nueva.

No solamente es la íntima relación que podemos ver entre la personalidad de Cristo y la perfección lo que hace la verdadera diferencia existente entre el

arte clásico y el arte romántico, y lo que hace aparecer a Cristo como el precursor real del movimiento romántico en la vida, sino que era la misma que la del artista, la esencia de su naturaleza; vale decir, una intensísima imaginación, ardiente como una llama.

Llevó Cristo a toda la esfera de las relaciones humanas, esa imaginación que constituye el secreto de la creación artística. Comprendió el mal del leproso, las tinieblas del ciego, la miseria cruel de los que viven en el placer, y la miseria singular de los opulentos. Me escribiste tú en mi desgracia: ¡Dejas de ser interesante cuando no te encuentras sobre tu pedestal! . ¡Cuán distante te encontrabas de lo que denomina Mathew Arnold el secreto de Jesús ! Te habrían enseñado ambos que lo que a otro acaece le acaece a uno mismo. Si quieres un lema de útil lectura para cualquier hora, en la hora del dolor y en la hora del placer, escribe en las paredes de tu casa, para que las cubra de oro el sol y de plata la luna, estas palabras: Lo que a otro le acaece, a uno mismo le acaece .

Indudable es que Cristo figura entre los poetas. Su concepción de la humanidad provenía directamente de la imaginación, y no puede ser compren-

dida más que a través de ésta. Fue el hombre para Él lo que Dios para los panteístas. Fue Él el primero en concebir la unidad de las distintas razas.

Ya existían dioses y hombres antes que Él. Y Él, sintiendo que se habían hecho carne en Él, gustaba de llamarse, a veces, el Hijo de Dios, y el Hijo del hombre, otras. Más que cualquier otro en la Historia, despierta en nosotros esa inclinación hacia lo maravilloso, a que se halla siempre dispuesto el romanticismo. Todavía es para mí algo increíble eso de que un joven labriego galileo se imagine que puede llevar sobre sus hombros todo el peso del mundo; el peso de todo lo que hasta ese momento se había hecho y padecido y de cuanto habría de hacerse y padecerse: los pecados de Nerón, de César Borgia, de Alejandro VI, del que fue emperador de Roma y también sacerdote del Sol; los padecimientos de todos aquellos, que forman legión, que yacen entre ruinas, los sufrimientos de los pueblos oprimidos, de los niños que laboran en las fábricas, de los ladrones, de los presidiarios, de los desheredados de la suerte, y de los que están sojuzgados y cuyo silencio sólo puede oír Dios. Y no solamente llega a imaginárselo, sino que lo realiza efectivamente, de modo que hay todavía los que entran en

contacto con Él, aunque ante sus altares no se prosternen, ni se pongan de hinojos ante sus sacerdotes, tienen hasta cierto punto la impresión de que se les esfuma la fealdad de sus pecados y se les rebela la hermosura de sus padecimientos.

Dije ya que Cristo figura entre los aedas, y es la pura verdad. Son hermanos suyos Shelley y Sófocles... Pero su misma vida constituye el más maravilloso de sus poemas, y en todo el ciclo de la tragedia griega no hay nada que pueda asemejarse al temor y la piedad de esta vida. La pureza del protagonista eleva este edificio a una altura de arte romántico que, a causa de su propio horror, les está prohibido a los padecimientos de las familias de Tebas y a la de los Átridas. Y demuestra también esta pureza lo erróneo que era el axioma expuesto por Aristóteles en su *Tratado del Drama*, y que sentaba que era imposible soportar el espectáculo del castigo de un inocente. Ni en Esquilo ni en Dante, el austero maestro de la ternura; ni en Shakespeare, el más nítidamente humano de todos los grandes artistas; ni en todos los mitos y todas las leyendas celtas, en los cuales luce la gracia del mundo a través de una niebla de lágrimas, y no vale la vida de un hombre más que la de una flor, nada hay que a causa de su sencillez

conmovera, unida a la sublimidad del trágico efecto de que proviene, nada hay que igualarse pueda, ni siquiera acercarse, al acto último de la historia de la Pasión de Cristo. La simple Cena aquélla, con sus discípulos, uno de los cuales le ha vendido ya por unos pocos dineros; la angustia aquella del alma en el Jardín, en el apacible Jardín alumbrado por la luna, y en el cual habrá de acercarse a Él el falso amigo para traicionarle con un beso; el amigo aquel que creía aún en Él, y en el cual Él creía poder basar, como sobre una roca, un refugio para la humanidad, y que lo niega apenas el gallo canta al alborear el día; aquella Su absoluta soledad, aquella su sumisión con que Él lo acepta todo, junto a éstas, esas otras escenas en que el Gran Sacerdote de la Ortodoxia, en su furia, le desgarras sus vestiduras, manda el funcionario de la Justicia civil traer agua, con la fútil esperanza de poder limpiar la mancha de sangre inocente que lo hace aparecer como la figura más sangrienta de la Historia; la escena -uno de los más maravillosos sucesos de los libros todos de todos los tiempos-, en que le es colocada la corona de espinas; esa otra escena de la crucifixión del inocente ante los ojos llorosos de su madre; aquella -en tanto se reparten y juegan sus vestiduras los solda-

dos- de la muerte horrenda por lo cual dio al mundo el más eterno de sus símbolos: y finalmente, aquella otra de su entierro en el sepulcro del rico, la escena en que su cuerpo es embalsamado con preciosas especies y perfumes, y envuelto en una mortaja egipcia, como si fuera el hijo de un rey.

Al considerarse aisladamente estas escenas, y solamente desde el punto de vista artístico, hay por fuerza que agradecer que el más solemne de los oficios de la Iglesia sea, sin efusión alguna de sangre, una representación de la tragedia del Calvario; la mística representación de la historia de la Pasión del Señor, mediante el diálogo, los trajes y hasta los gestos. Es siempre para mí una fuente de respetuosa elevación pensar que lo que resta del coro griego, perdido ya para el arte, sobreviene en otros terrenos con el acólito que ayuda al sacerdote a officiar la misa.

Y, sin embargo, la vida de Cristo es un conjunto - a tal extremo están fundidos en su significación y en su representación la belleza y el dolor-, un idilio verdadero, a pesar de terminar en el desgarramiento de las cortinas del templo, en las tinieblas que cubren la tierra, y en el movimiento que levanta la piedra del sepulcro. Siempre nos representamos a

Cristo como a un novio entre sus discípulos, tal como Él mismo se describe en una oportunidad; como a un pastor recorriendo un valle con sus ovejas, en busca de verdeantes prados o de frescos ríachos; como un cantor que pretendiese levantar con su música los muros de la Ciudad de Dios; como un amante para cuyo amor es demasiado chico el mundo entero. Me parecen encantadores sus milagros, como la llegada de la primavera, y no menos naturales. Poco trabajo me cuesta creer en un encanto tal de su persona, que fuese bastante su simple presencia para inundar las almas de paz, y para que olvidasen todos sus dolores, aquellos que tocaban sus vestiduras. O para que, al transitar por el camino real de la Vida, personas para las cuales hasta ese momento constituía un secreto el misterio de la existencia, abriesen a la luz los ojos, y para que aquellos que cerraban sus oídos a cualquier otra voz que no fuese la del placer, comprendieran por primera vez, la voz del amor y la encontrasen armoniosa cual la lira de Apolo, o para que, a su arribo, escapasen todas las malas pasiones, y los hombres, cuya existencia sórdida y hermética se parecía a una forma de muerte, se alzarán de sus tumbas morales al llamarles Él; o para que la multitud, a la cual des-

de la falda de la montaña predicaba, olvidase su sed y su hambre; y los padecimientos del mundo, y los amigos a los cuales hablaba en tanto comían, gustasen, cual si fueran sabrosos manjares, los más ordinarios alimentos, y les supiese el agua cual generosos vinos, y se esparciese por la casa toda, el dulce perfume de la mirra y de los nardos.

Dice Renán en su *Vida de Jesús* -ese encantador quinto evangelio, que podría llamarse el Evangelio según Santo Tomás-, que la suprema obra de Cristo consiste en haber sabido conservar, aún después de muerto, el amor que poseyera en vida. Y es cierto que, aunque su lugar esté entre los poetas, también se encamina hacia Él el cortejo de los amantes. Reconoció Él que el amor es el secreto principal del mundo, el secreto investigado por los sabios, y que tan sólo por medio del amor es posible llegar hasta el corazón del leproso y hasta las plantas del Señor.

Pero, por encima de todas estas consideraciones, aparece Cristo como el mayor de los individualistas. Como aceptación artística de todas las experiencias, la humildad no es más que un medio de manifestarse. Lo que persiguió Él en todo momento, fue el alma del hombre. La denomina el reino de Dios, y la descubre en cada uno de nosotros.

Compara esa alma con una serie de nimiedades, con un grano de semilla, con un poco de levadura, con una perla, y ello, porque no puede uno forjar su alma más que liberándose de todas las pasiones extrañas, de toda la cultura adquirida, de todo lo que exteriormente se tiene, tanto de lo bueno como de lo malo.

Me rebelaba contra todo, con la tenacidad de mi voluntad y más aún con el espíritu de contradicción ingénito en mí, hasta que no me quedó nada, absolutamente nada en el mundo, salvo Cyril. Había perdido mi nombre, mi situación, mi dicha, mi libertad, mi fortuna. Era un pobre y un recluso, pero me restaba mi bien máspreciado: mis hijos. Y la ley me los arrebató de repente. Tan terrible fue el golpe que permanecí como alelado. Me puse de rodillas, agaché la cabeza, lloré y dije: Es el cuerpo de un niño como el cuerpo del Señor; no soy ya digno de ninguno de ellos . Y sin duda fue ese momento el que me salvó. Comprendí en ese momento que sólo me correspondía aceptarlo todo. Y desde ese momento -por raro que pueda esto parecer-, soy dichoso, pues conseguí llegar hasta lo más profundo de la esencia de mi alma. Había demostrado ser su enemigo, bajo muchos aspectos, y la encontré aguar-

dándome como un amigo. Al entrar en contacto con su propia alma, se torna uno sencillo como una criatura, y es esto lo que debemos ser, de acuerdo con las palabras de Cristo.

Es realmente trágico pensar lo escasos que son los hombres que se encuentran en posesión de su alma, antes de la muerte. Expresa Emerson: No existe nada más raro en un hombre que una acción de su propia voluntad

Es esto una verdad de a puño, pues son distintas de sí mismo la mayoría de las personas. Piensan con ideas ajenas; su vida es una parodia de vida, y sus pasiones remembranzas. Cristo no solamente fue el mayor individualista, sino también el primero de la Historia. Algunos han pretendido presentarlo como uno de los tantos y detestables filántropos del siglo XIX, o como un altruista que apareció entre gentes ignaras y sentimentaloides. No fue ni lo uno ni lo otro, en realidad. Por cierto que sintió piedad por los pobres, por los presos, por los miserables y por los humildes, pero más aún la sintió por los ricos, por los hedonistas, por los que hacen el sacrificio de su libertad y se convierten en esclavos de las cosas, por los que lucen finísimas vestiduras y moran en palacios dignos de soberanos. La opulencia y el pla-

cer le parecieron tragedias más grandes que la pobreza y el dolor. Y en cuanto se refiere al altruismo, ¿quién podía saber mejor que Él que lo que nos impulsa es la inclinación y no la voluntad, y que no es posible arrancar uvas del espino ni cosechar higos entre los cardos?

No era un fin determinado y consciente de su doctrina vivir para los demás. Muy diferente era su base. Dice Cristo: Perdonad a vuestros enemigos , y eso no significa amar a nuestros enemigos, sino a nosotros mismos. Porque el amor es más bello que el odio. Al joven rico le dice: Enajena lo que tienes, y entrégaselo a los pobres , y no piensa, al decirlo, en la condición de los pobres, sino en el alma del mancebo, esa adorable alma que arrastraba la opulencia a la perdición. Su concepto de la vida es idéntico al del artista; el artista sabe que la inevitable ley del propio desarrollo impulsa al vate a cantar, al escultor a pensar en bronce, y al pintor a transformar el mundo en espejo de sus estados de alma, cosas todas tan necesariamente seguras como lo es que el espino dé flores en primavera, madure el trigo en otoño en frutos de oro, y pase la luna, en su ruta previamente trazada, de la forma de disco a la de hoz, y de la de hoz a la de disco.

No les dijo Cristo a los hombres: Vivid para los demás , sino que afirmó que no existe diferencia alguna entre la existencia de los demás y nuestra propia existencia, concediendo con ello a los hombres una enorme y titánica personalidad. La historia de cada hombre en sí, desde el momento de su aparición, puede llegar a ser la historia del mundo, y hasta lo es.

Es verdad que la cultura ha elevado la personalidad del hombre. El arte creó el infinito en nuestro espíritu. Aquél que posee un temperamento de artista hace compañía al Dante en el destierro, y aprende lo sazonado que es el pan ajeno, lo escarpadas que son las gradas de su senda, y aunque por un instante logra la serenidad de Goethe, sabe muy bien qué le gritó Baudelaire a Dios:

*Ab! Seigneur! donnez moi la force et le courage
de contempler mon corps et mon coeur sans dégoût!*

Aunque sea, acaso, para su propio mal, busca el secreto del amor de los sonetos de Shakespeare, y se adueña del mismo, contempla con nuevos ojos la vida moderna, porque ha oído uno de los nocturnos de Chopin, porque penetró en las artes helénicas, o porque leyó la historia de la pasión de un hombre muerto por una mujer, cuyos cabellos parecían finí-

simas hebras de oro, y que poseía una boca como una granada. Pero la efusión del temperamento del artista, por fuerza se dirige hacia todo lo que ha conseguido su expresión. Tanto en las palabras como en los colores, y tanto en los colores como en el mármol, y lo mismo tras las pintadas carátulas de un drama de Esquilo, que por medio de los perforados y unidos caramillos de un pastor de Sicilia, se manifiestan el hombre y su misión.

La expresión, para el artista, es la única forma por la cual puede comprender la vida. Está muerto, para él, lo que no habla. Pero no ocurre lo mismo con Cristo. Con una imaginación maravillosamente amplia, que infunde realmente miedo, escogió para su reino el universo de lo inexpresado, el silencioso mundo del dolor, y quiso ser un intérprete eterno. A aquellos a quienes ya me referí, que yacen callados bajo la opresión y cuyo silencio es oído tan sólo por Dios, los escogió por hermanos. Pretendió llegar a ser el ojo del ciego, el oído del sordo, y el angustioso grito que brota de los labios de aquellos que tienen su lengua trabada. Ansió ser la trompeta de las multitudes que no habían descubierto modo alguno de expresarse, la trompeta con la cual esas multitudes pudiesen llamar al cielo. Munido de

las artísticas dotes de aquél que ve en el padecimiento y en el dolor las formas que le permitirán realizar su concepción de la belleza, comprendió que no tiene valor de ninguna clase una idea hasta que se encarna y transforma en imagen, y debido a esto, hizo de sí mismo la imagen del sufrimiento, y como tal dio impulso y dominó al arte en un grado que no pudo lograr jamás una divinidad griega.

Porque los dioses griegos, a pesar del tono blando y sonrosado y a la agilidad de sus armoniosos y flexibles miembros, no eran en realidad lo que parecían ser. Se parece al disco solar el arco de la frente de Apolo, cuando en el crepúsculo domina una colina, y se asemejan sus pies a las alas de la mañana. Pero él mismo se había mostrado cruel con Marsias, y había raptado a los hijos de Niobe. No apareció en el escudo de acero de los ojos de Atenea, el menor destello de piedad para con Aracné; la pompa y los pavos reales de Hera constituían todo lo que poseía esta diosa de realmente noble, y el propio padre de los dioses había amado demasiado a las hijas de los hombres. Para la religión, eran las dos figuras más profundamente significativas de toda la mitología griega, Demeter, esa diosa de la Tierra que no fue admitida jamás en el Olimpo; y para el

arte, Dionisios, hijo éste de una mortal, para la cual el instante de traerlo al mundo fue el de su muerte. Pero la vida misma extrajo de su más honda y humilde capa, una figura infinitamente más espléndida que la de la madre de Proserpina, o que la del hijo de Semelé. Surgió, del taller del carpintero de Nazareth, una personalidad inmensamente más grande que cualquiera de aquellas creadas por el mito o la leyenda, una personalidad que estaba -cosa rara, en verdad-, destinada a revelar al mundo el sentido misterioso del vino, y la belleza real del lirio de los campos, como no había sabido nadie explicarlo, ni en el Citerón ni el Etna.

Las palabras aquellas de Isaías: Era el más menospreciado e indigno de los hombres, se hallaba pletórico de dolor y lleno de enfermedades. A tal punto le despreciaban, que la gente se cubría el rostro en su presencia , le habían sonado a Cristo como el anuncio de su llegada, y hubo de cumplirse en Él la profecía.

No existe ninguna razón para asustarse ante esta frase, toda obra de arte es realización de una profecía, pues toda obra de arte es la transformación en imagen de una idea. E igualmente debería ser toda criatura humana, la realización de una profecía,

puesto que toda criatura humana debería ser la realización de un ideal, ya fuese a los ojos de Dios, ya a los ojos de los hombres.

Encontró Cristo el modelo perfecto y para siempre lo dejó definido, y de esta suerte el sueño de un poeta virgiliano, en Jerusalén o en Babilonia, se encarnó en Él, cuya venida era aguardada por el mundo, a través de los siglos.

Era su cara más fea que la de los otros hombres, y más feo su aspecto que el de los hijos de los hombres ; así indicaba Isaías los signos distintivos del ideal nuevo. No bien hubo comprendido el arte lo que significaban estas palabras, se abrió como el cáliz de una flor ante aquellos en quienes aparecía la verdad en el arte, como nunca apareciera hasta entonces.

Porque, ¿acaso no es como dije ya, la verdad en el arte, la expresión exterior de lo interior, en que se hace carne el alma y está el cuerpo animado por el espíritu , aquello que se proyecta en la forma?

Uno de los más lamentables hechos de la Historia, a mi juicio, es que el renacimiento cristiano verdadero, el que trajo consigo la Catedral de Chartres, el ciclo de leyendas del Rey Arturo, la vida de San Francisco de Asís, el arte de Giotto y la Divina Co-

media del Dante, no pudiera seguir desarrollándose en su propia senda, sino que fue detenido y desvirtuado por el lúgubre renacimiento clásico, que nos dejó como herencia a Petrarca, los frescos de Rafael, las arquitecturas de Palladio, las formas rígidas de la tragedia gala, la Catedral de San Pablo, la poesía de Pope, y todo lo que exteriormente se halla creado de acuerdo a cánones muertos, en vez de surgir de un espíritu que desde su interior lo anime. Por doquiera donde se produzca, en arte, un movimiento de carácter romántico, sea cual fuere la forma que revista éste, aparece allí Cristo o el alma de Cristo. Se halla en *Romeo y Julieta* y en el *Cuento de invierno*, en la poesía de Provenza, y también en *El viejo marinero*, en la *Bella sin piedad*, y en la obra de Chaterton denominada *Balada de la Misericordia*.

Le debemos las cosas y los seres más diversos: *Los Miserables*, de Hugo; *Las flores del mal*, de Baudelaire; el matiz piadoso de los romances rusos; Verlaine y sus poesías; las policromas vidrieras, los tapices y las obras prerrafaelistas de Burne Jones y de Morris también le pertenecen, así como el campanario del Giotto, el romance de Lancelot y Ginebra, Tannhäuser, los románticos y torturados mármoles de Michelangelo, y el estilo ojival. Y el

amor a los niños y a las flores, además. Muy poco espacio quedó para ellos en el arte clásico, apenas el suficiente para que les fuese posible crecer y jugar. Pero desde el siglo XII hasta la época presente, bajo las formas más diversas y en los más diversos tiempos, aparecieron sin cesar, manifestando de una manera caprichosa y obstinada, su significación. La primavera siempre le daba a uno la impresión de que se mantenían escondidas las flores, y tan sólo aparecían a la luz del Sol por temor de que se cansasen los hombres de buscarlas y diesen término a sus búsquedas. Y la existencia de un niño, era un día de abril, en que tan pronto aparece el narciso bajo la lluvia, como inundado de Sol.

Lo que convierte a Cristo en el centro e impulso del romanticismo, es el imperio de la imaginación en su temperamento. Otros habrán de crear, merced a su fantasía, las singulares formas del drama poético y de la balada; pero Jesús de Nazareth se creó a sí mismo, por su propia imaginación. Es verdad, el profético grito de Isaías no tuvo otra relación con su arribo, que la que el canto del ruiseñor tiene con la aparición de la luna. Nada más que esto, aunque acaso nada menos. Vino a ser por igual la negación y la confirmación de las palabras del Profeta, por-

que cada esperanza que Él satisfacía, iba acompañada de otra por Él destruida.

Bacon, dice: Toda belleza tiene alguna desproporción ; dice Cristo, de los que gocen de la inteligencia, o sea de los que, como Él, son fuerzas dinámicas, y que se asemejan al viento, que sopla donde se le antoja, pero sin que sepa nadie de dónde viene ni adónde va . Y es por esto que de tal modo fascina a los artistas; todos los elementos que son los animadores de la vida, el enigma, la novedad, lo raro, la sugestión, el éxtasis, el amor, todos los posee. Forja condiciones conducentes al milagro, esa necesaria disposición de ánimo para llegar a comprenderlo.

Constituye para mí un grande júbilo pensar que si es Él solamente imaginación , de la misma materia esta compuesto el mundo. He dicho ya en *Dorian Gray*, que todos los grandes pecados del mundo tienen su nacimiento en el cerebro. Y es que es en el cerebro donde se realizan. Sabemos ya que no vemos con la vista, ni que oímos con el oído. Que la vista y el oído, en realidad, sólo son canales conductores, y transmisores más o menos fieles, de las impresiones de los sentidos. Es en el cerebro donde

se encuentra roja la amapola y perfumada la manzana, y también donde canta la alondra.

Desde hace cierto tiempo, ocupo arduamente mis horas con los cuatro poemas en prosa que tratan de Cristo. Conseguí exhumar, en oportunidad de la Navidad, una biblia griega, y todas las mañanas, luego de haber barrido mi celda y fregado mis utensilios de estaño, me dedico a la lectura de algún trozo de los Evangelios, nada más que una docena de versículos escogidos al azar. Es ésta una deliciosa manera de iniciar el día. Todos deberían hacer lo mismo, incluso las gentes que llevan una vida de desorden y agitación. La monótona, constante e intempestiva repetición de los Evangelios, desvirtuó su encanto romántico, su lozanía, su candidez, su estilo sencillo. Demasiado a menudo y demasiado mal nos hace su lectura, y siempre acaban por hastiar las repeticiones. Volviendo a leer el texto griego, se tiene la impresión de que sale uno de un cuarto lóbrego y estrecho, y se pasea por un jardín cubierto de lirios.

Y se duplica mi júbilo con la idea de que lo más probable, es que sean aquellas las palabras verdaderas de Cristo: *ipsissima verba*. Hace muchos años, era idea general suponer que Cristo hablaba en arameo.

Así lo creía aún el propio Renán. Pero ahora estamos enterados de que los labriegos de Galilea hablaban dos lenguas, como ocurre actualmente con los habitantes de los campos de Irlanda, y que el griego era el idioma corriente en toda Palestina, mejor dicho, en Oriente todo. Me resultó en todo momento desagradable pensar que únicamente podíamos conocer las palabras de Cristo a través de la traducción de otra traducción.

Cuando leo los Evangelios -el escrito por el mismo San Juan o por un gnóstico de los primeros tiempos que con su nombre se encubrió-, observo cómo resalta perennemente en ellos la imaginación, y cómo es la imaginación la esencia de toda vida espiritual y material; y también, que la imaginación fue sencillamente, para Cristo, una forma del amor, siendo para Él soberano el amor, en el más completo sentido del término.

Hará unas seis semanas, el médico me autorizó a comer pan blanco, en vez del tosco pan negro o moreno, que es corriente como alimento de los moradores de la cárcel. Constituye este pan blanco una golosina. Podrá parecer raro que el pan seco pueda trocarse en una golosina. Pero, lo es para mí a tal punto, que después de cada comida, recojo cuida-

dosamente todas las migajas que quedan en mi plato de opaco estaño, o que cayeron sobre la ordinaria servilleta con que cubrimos la mesa para no mancharla; y hago esto, no por apetito, pues me sirven ahora lo suficiente, sino para evitar que se pierda nada de lo que me dan. Y del mismo modo debemos obrar los hombres con el amor.

Como todos los que saben cautivar, poseía Cristo el don, no tan sólo de decir cosas hermosas, sino también de hacer que las dijeran otros. Siento especial predilección por esa historia que nos refiere Marcos de una mujer griega que, al decirle Jesús, en el afán de probar su fe, que no podría concederle el pan de los hijos de Israel, le contestó: "Se alimenta el perrito que está debajo de la mesa con las migajas que dejan caer los niños". Viven la mayor parte de los hombres para el amor y la admiración. Nosotros también deberíamos vivir de amor y admiración. Y cuando se nos demostrara amor, reconocer que somos indignos de él. No merece nadie que le amen. El hecho que ame Dios a los hombres, nos prueba que en el divino orden de los bienes ideales está escrito que le será concedido el amor eterno a quien es eternamente indigno de él. Y si estas palabras parecen hartamente amargas, digamos, en su reemplazo,

que son todos dignos de amor, excepción hecha de aquellos que creen serlo. El amor es un sacramento que debería recitarse de hinojos con las siguientes palabras: *Domine non sum dignus* en los labios y en el corazón.

El día que vuelva yo a escribirte, o sea el día que cree una nueva obra de arte, desearía tratar precisamente a fondo los dos temas siguientes: Cristo como precursor del movimiento romántico en la vida" y La vida del artista y el arte de la Vida . Naturalmente, el primero es seductor a un grado extraordinario, porque yo veo en Cristo, no solamente las características esenciales del tipo romántico por excelencia, sino asimismo todo lo accidental, y hasta, incluso, las arbitrariedades del temperamento romántico. Fue Él el primero en invitar a los hombres a vivir una vida idéntica a la de las flores . Sentó Él esta expresión. Vio Él, en los niños, el modelo que debemos tratar de imitar. Él los dio como ejemplo a los hombres. Y siempre ha sido éste, también para mí, el fin principal de los niños, siempre y cuando pueda tener un fin lo perfecto.

Nos describió Dante cómo sale de entre las manos del Creador el alma del hombre, llorando y riendo como una criaturita , y también ha sido re-

conocido por Cristo que debía ser el alma de todo hombre *a manera di fanciulla che piangendo e ridendo parpoleggia* . Comprendió que la vida se halla sujeta a frecuentes cambios, que es activa y fluida, y que significaría la muerte comprimirla dentro de una forma rígida. Comprendió que los hombres no deben preocuparse demasiado de sus intereses materiales cotidianos; que no ser práctico es cosa muy grande, y que no es posible forjarse demasiadas ideas en lo que respecta a la marcha del mundo. Si no se ocupan de ello los pájaros, ¿por qué habrían de preocuparse los hombres? Y es realmente encantadora aquella frase suya, que expresa: No os preocupéis del mañana. ¿Acaso es la vida tan sólo el alimento? ¿Acaso las ropas son tan sólo el cuerpo? Podía haber dicho esto último también en griego, pues realmente expresa el sentir heleno. Pero únicamente Cristo pudo haber dicho ambas cosas reunidas, condensando para nosotros en ellas la suma de la vida.

No es más que amor su moral; justo lo que debiera ser la moral. Conque hubiera dicho, simplemente: sus pecados le serán perdonados, porque ha amado mucho , valía la pena morir por estas palabras. Es su justicia, de un modo esencial, una

justicia poética, o sea, realmente lo que la justicia debe ser. Llega el pobre al cielo porque ha sido desdichado. No puedo concebir para ello un motivo mejor. Los que sólo han laborado en el viñedo una hora, a la fresca de la tarde perciben el mismo salario que los que se agotaron trabajando todo el día al sol radiante. ¿Por qué no? Es lo más probable que ni unos ni otros merecieran nada, o acaso eran seres de clase diferente.

No podía Cristo soportar los sistemas rutinarios, mecánicos e inanimados, esos sistemas que toman a los hombres por objetos, y que, por consiguiente, a todos los tratan por igual. Cristo no reconocería leyes, sino tan sólo excepciones, como si cada ser y cada cosa no tuvieran igual en el mundo.

Era para Cristo la base esencial de la vida natural, lo que constituye el basamento fundamental del arte romántico. No veía otra. Cuando ante su presencia llevaron a una mujer que había sido sorprendida en flagrante delito de adulterio, y le indicaron el castigo a que se había hecho acreedora, de acuerdo con las disposiciones de la ley, preguntándole lo que era conveniente hacer, empezó Cristo a escribir con el dedo en la arena; como le siguieran apremiando, levantó la cabeza y dijo sencillamente: Aquél de

vosotros que esté libre de pecado, que le arroje la primera piedra . Vale la pena de vivir, nada más que por estas palabras. Amaba a los ignorantes, como todos los poetas, pues sabía que siempre hay espacio en el alma de un ignorante para una gran idea. Pero no podía soportar a los necios, especialmente a aquellos embrutecidos por la educación, vale decir, a esas gentes que poseen un juicio a punto para todo, aunque no comprendan ninguno; un tipo, éste, especialmente moderno, y que describe Cristo bajo la forma de aquél que posee la llave de la sabiduría y no la sabe emplear, ni permite que la empleen los demás a pesar de que ésta, acaso, sirva para abrir la puerta del reino de Dios.

Tuvo que luchar, en especial, contra los filisteos. Es ésta una brega que se ve en la obligación de proseguir cualquier hijo de la luz. Era el filisteísmo la característica de la época y del pueblo en que Él moraba. Por su mente hermética, por su rectitud inflexible, por su adoración a los ídolos del momento, por su preocupación exclusiva por las cosas groseras de la existencia material, por su ridículo engreimiento y por su suficiencia, los judíos de Jerusalén, contemporáneos de Cristo, eran cabalmente idénticos a los filisteos británicos de nuestra época.

Clamó Él contra los sepulcros blanqueados de la respetabilidad, y para siempre ha dejado grabada esta expresión. Era el éxito mundano, para Cristo, una cosa completamente despreciable, que carecía en absoluto de significado, y una carga abrumadora la riqueza.

Nada quiso saber de una existencia sacrificada en aras de un sistema de filosofía o de moral. Dijo que las formas y los usos fueron hechos para el hombre, y no el hombre para ellos. No tenía para Cristo, la mínima importancia el descanso del séptimo día, y con el más terrible e inquebrantable desprecio, fustigó la filantropía, la pública caridad, el enfadoso formalismo a que tan aficionada es la mentalidad del burgués de menor cuantía. La ortodoxia, para nosotros, no es más que una aquiescencia cómoda y carente de espíritu; pero, para los judíos, y en sus manos, constituyó una terrible y envaradora tiranía. La rechazó Cristo, demostrando que tan sólo el espíritu tiene valor. Para Él fue una inmensa satisfacción probarles que, aun cuando constantemente leían la Ley y los profetas, no tenían en realidad la menor idea de lo que tal cosa significaba. Más aun, contrariamente a ellos, que mascaban todos los días, como si fueran hojas de ruda o de menta, sus ruti-

nas intocables, los deberes establecidos de antemano, predicó que lo único que tiene importancia, es vivir plenamente cada instante de la vida.

Los hombres que lograron de Él la absolución de sus pecados, únicamente obtuvieron esta absolución a causa de los momentos bellos de su vida. Al verle, María Magdalena quiebra la preciosa copa de alabastro que le regalara uno de sus siete amantes, y sobre sus fatigados y polvorientos pies, vierte el perfumado unguento, y basta este sólo instante para que por siempre se siente en el Paraíso, a la vera de Ruth y Beatriz, entre guirnaldas de rosas blancas como es blanca la nieve.

Lo único que nos dice Cristo, con acento suave e insinuante, es que debe ser hermoso cada momento, que debe estar siempre preparada el alma para la llegada del esposo y dispuesta siempre a ser la voz del amante, y es el filisteísmo simplemente esa parte de la naturaleza humana que no puede ser iluminada por la imaginación. Son como luces, para Cristo, las influencias todas que son gratas a los sentidos; la misma imaginación constituye la luz del mundo. Ella lo ha creado, pero ello no obstante, no puede comprenderlo. Y esto, porque la imaginación no es otra cosa que una manifestación del amor, y es el

amor y la facultad de amar lo que entre sí distingue a las criaturas.

Pero es Cristo más romántico aún con los pecadores, en el sentido más estricto del término. Siempre había amado el mundo a los santos, viendo en ellos la etapa inicial inmediatamente posible hacia la perfección de Dios. Guiado por un divino instinto, Cristo parece, desde un comienzo, haber amado a los pecadores, viendo en ellos la etapa inicial posible hacia la perfección del hombre. Su objeto principal no era el mejoramiento de los hombres, ni tampoco la mitigación de sus padecimientos. No le importaba transformar a un interesante amigo de lo ajeno, en un tedioso hombre de bien. Con toda seguridad, no habría prestado mayor atención a *La sociedad para la protección de los delincuentes regenerados*, ni a las restantes y modernas instituciones de esta índole. Seguramente no habría considerado que constituía una acción heroica la conversión de un publicano, en un fariseo. Comprendía el pecado y el dolor como no han sido comprendidos aún, como algo hermoso y santo en sí, como etapas hacia la perfección.

Esta es una idea al parecer muy peligrosa, y efectivamente lo es. Son peligrosas todas las grandes ideas. Y no es posible poner en tela de juicio, que

era ésta, verdaderamente, la fe de Cristo. No me cabe a mí la menor duda de que ésta sea la verdadera fe.

Naturalmente que es necesario que el pecador se arrepienta. Pero, ¿por qué? Pues, por la sencillísima razón de que no estaría de otro modo en condiciones de comprender lo que ha hecho. Es el de la iniciación el momento del arrepentimiento. Más todavía: es el medio por el cual podemos deshacer el pasado.

Esto era imposible para los griegos. Nos dicen a menudo sus sentencias, que los dioses nunca pueden cambiar el pasado. Demostró Cristo que esto se halla al alcance del más vulgar de los hombres que pecan; que es lo único que se encuentra a su alcance. Si se le hubiera preguntado a Cristo acerca de ello, estoy seguro de que habría contestado que el hijo prodigo, luego de haber despilfarrado su peculio con meretrices, y de haber guardado los marranos y padecido hambre, y solicitado los desperdicios que comían los cerdos, en el instante mismo en que cayó de hinojos y lloró, todos estos hechos fueron transformados por él en momentos hermosos y santos de su vida. Difícil les será comprenderlo a la mayor parte de los hombres. Tal vez

sea preciso haber morado en la cárcel para ello. Si fuera así, valdría realmente la pena haber morado en la cárcel.

Existe algo único en la figura de Cristo. Por cierto que así como es precedida la aurora por engañosos fulgores que parecen anunciarla, y existen días invernales en los que el sol luce de repente con claridad tal que el azafrán, inducido en error, derrocha su oro antes de tiempo, y que llama algún pájaro ingenuamente a su hembra, para construir el nido sobre las peladas ramas, hubo así también Cristos antes de Cristo. Y son dignos de nuestra gratitud. Desgraciadamente, no ha habido ninguno más desde entonces. Con una sola excepción: Francisco de Asís. Pero Dios le concedió al nacer un alma de poeta; él mismo, muy joven aún, se desposó místicamente con la pobreza, y de esa suerte, con un cuerpo de mendigo y un alma de aeda, no podía serle más duro el sendero abrupto de la perfección. A Cristo supo comprender, y por esto mismo consiguió parecerse a Él. No hemos menester del *liber conformitatum* para saber que la vida de San Francisco fue la verdadera imitación de Cristo; una poesía comparada con la cual, el libro del mismo nombre es prosa chata.

Y es que, en el fondo, está el encanto que emana de Cristo en que se asemeja Él en un todo a una obra de arte. En realidad, no nos enseña Él nada; pero, si algo llegamos a ser, es porque en contacto entramos con Él. Y estamos a ello predestinados, y por lo menos una vez siquiera, en su vida, se dirige cada hombre, con Cristo, hacia Emmaús.

En lo que al segundo tema se refiere, o sea La vida del artista y el arte de la Vida sin duda ha de parecerte su elección un tanto extraña. Señala hoy la gente hacia la cárcel de Reading, y dice: Ahí es donde le lleva a uno la vida de artista". Bien; pero podía llevarles a sitios peores aún. El vulgo, esos para quienes la vida es una especie de diestra especulación, fruto de un cálculo cuidadoso de posibilidades, siempre saben adónde van, y derechamente van hacia su objeto. Se proponen como fin ideal llegar a ser mayordomos de cofradía, y lo consiguen, efectivamente, cualquiera que sea la situación en que hayan sido colocados. Y es esto todo. Y aquél que aspira a ser algo exterior a sí mismo, diputado en el Parlamento, opulento negociante, letrado eminente, magistrado o cualquier otra cosa tan aburrida como las enunciadas, siempre ve sus esfuerzos coronados

por el éxito. Y es éste su castigo. Quien ansía una careta, no tiene más remedio que usarla.

De muy distinta manera ocurren las cosas con las fuerzas dinámicas de la vida, y con aquellos que las encarnan. Los que piensan tan sólo en el desenvolvimiento de su propia personalidad, no saben nunca adónde les lleva la senda que siguen. No pueden saberlo. Dicho en pocas palabras, es indispensable, como lo pedía el oráculo griego, conocerse a sí mismo. Es éste el paso inicial hacia la sabiduría. Pero estriba la etapa final de la sabiduría en compenetrarse de lo insondable del alma humana. Somos nosotros mismos el misterio final, y aun luego de haberse averiguado el peso del sol, y medido las fases del astro de la noche, y sobre el mapa seguido, estrella por estrella, las siete constelaciones, nos falta todavía conocernos a nosotros mismos.

¿Quién sería capaz de calcular la órbita de su propia alma?

El hijo aquél que salió en busca de los pollinos de su padre no sabía que le aguardaba el hombre de Dios para ungrle, y que era ya su alma el alma de un soberano.

Espero yo vivir todavía lo suficiente para poder crear una obra que me permita manifestar en las

postrimerías de mi vida: Bien; aquí están ustedes viendo adónde conduce al hombre la vida de artista . La vida de Verlaine y la del príncipe Kropotkine, es lo más perfecto que he hallado en la esfera de mi experiencia. Y los dos son hombres que estuvieron varios años en la cárcel. Desde el Dante, es Verlaine el único poeta cristiano; posee Kropotkine el alma de ese blanco y hermoso Cristo que parece que Rusia tenía que producir.

Y en el transcurso de los últimos siete u ocho meses, pude mantener, a pesar de las enormes dificultades que continuamente me llegaban del mundo exterior, un contacto estrecho con un espíritu nuevo que anima, en esta cárcel, a hombres y cosas, y que me beneficiaron más de todo lo que pudieran expresar mis palabras. Y tal como no hice otra cosa, en el primer año de cárcel, ni puedo recordar otra cosa, que retorcerme las manos con terrible desesperación y gritar: ¡Qué fin, qué horrendo fin! , intento ahora decirme, y efectivamente me lo digo algunas veces, con absoluta sinceridad, cuando a mí mismo no me torturo: ¡Qué principio, qué maravilloso principio! .

Quizá sea esto cierto, y mucho le debo, entonces, a la nueva personalidad que cambia, en este lugar, la

vida de todos. Poca importancia tienen las cosas en sí. Agradecámosle, por lo menos, una vez a la filosofía algo que nos haya enseñado. No hablo aquí de las ordenanzas, pues están determinadas por reglamentos férreos, sino del espíritu que reside en ellas.

Puedes tú comprenderme, cuando te digo que, de haber sido liberado en el mes de mayo, como lo intenté, habría abandonado este lugar presa del horror, habría experimentado por él y por todos sus dirigentes un odio tan enorme, que hubiera emponzoñado mi existencia íntegra. Tuve que quedarme un año más en el calabozo; pero en este lapso ha invadido a todos un sentimiento de humanidad, y cuando salga ahora de la prisión, siempre me acordaré de la bondad que tuvieron aquí, casi todos, para conmigo, y el día de mi partida manifestaré a muchos mi sincera gratitud, y les suplicaré que, de vez en cuando, se acuerden de mí.

Están equivocadas de medio a medio las instituciones penitenciarias. Y daría yo cualquier cosa por poderlas modificar más adelante. Tengo la intención de hacerlo. Pero no existe nada tan defectuoso en el mundo que no consiga el espíritu de humanidad -o sea, el espíritu de amor, el espíritu de Cristo, que no se halla en las iglesias-, si no modificarlo por com-

pleto, ayudarlo, al menos, a soportarlo sin exceso de amargura.

Además, me consta que me aguardan aún, en el exterior, muchas cosas deliciosas, desde aquello que llama San Francisco de Asís hermano viento y "hermana agua -las dos cosas son un placer- hasta las vidrieras y las puestas del sol de las grandes urbes. Si desease hacer una lista de todo lo que todavía me resta, no sé cuándo podría terminarla, pues Dios, en verdad, creó el mundo tan bueno para mí como para cualquier otro hombre. Quizá salgo de aquí dueño de algo que antes no tenía. No he menester de decirte que las reformas sociales para mí son tan insípidas y tan desprovistas de importancia como las teológicas. Pero si bien es cierto que tener la intención de llegar a ser un hombre mejor, constituiría una hipocresía carente de base, llegar a ser un hombre más profundo, privilegio es de los que han padecido. Y tengo la impresión de haberlo logrado.

No me importaría nada, al recobrar mi libertad, que diese uno de mis amigos una fiesta, y no me convidara a la misma. Puedo ser absolutamente dichoso, a solas conmigo mismo. ¿Quién podría no serlo, si es dueño de la libertad, si tiene flores, y li-

bros, y una luna en el cielo? Esto, sin olvidar que ya no me agradan las fiestas; demasiadas fueron las que di para que todavía puedan proporcionarme algún placer. Este es un aspecto de la vida que ha muerto para mí, desearía poder decir que por suerte. Pero si luego de verme libre, tuviese una pena uno de mis amigos y no me permitiese compartirla, habría de experimentar una gran amargura. Sí me cerrase este amigo las puertas de la mansión del dolor, retornaría yo una y otra vez, suplicando me permitiese entrar, para compartir aquello que me asiste el derecho de compartir. Si me considerase indigno e incapaz de llorar con él, me haría el más cruel de los desprecios, la más grande de las ofensas. Pero, es imposible semejante cosa. Tengo derecho a compartir el dolor, y a poder contemplar la dulzura del mundo, y compartir su dolor, y medir la maravilla de ambos en toda su extensión, es estar en contacto directo con las cosas divinas y aproximarse más que cualquier otro al misterio de Dios.

Y acaso también penetre en mi arte, tal como en mí vida, una nota más profunda aún, la de una mayor unidad de la pasión y la de una fuerza más directa. El verdadero objeto del arte moderno es la intensidad, y no la amplitud. No debemos ya ocu-

parnos del prototipo de arte; únicamente de la excepción. No sé si necesito decir que no puedo expresar mis padecimientos en la forma que realmente tuvieron; empieza el arte allí donde termina la imitación. Pero deberé animar algo mi obra, quizá una más profunda resonancia, un ritmo más rico, más inauditos efectos, o una más simple estructura. Nuevos valores estéticos, en todo caso.

Cuando fue arrancado Marsias de la vaina de sus miembros -recurriendo a una de las más horrendas imágenes del Tácito recopiladas por el Dante-, *della vagina delle membra sue*, los griegos dicen que finalizó su canto. Había vencido a Apolo. La lira había derrotado al caramillo del pastor. Pero quizá anduviesen errados los griegos. En el arte moderno oigo a menudo el grito de Marsias: en Baudelaire suena amargo, lastimero y dulce en Lamartine, misterioso en Verlaine.

Lo percibo en los acentos contenidos de la música de Chopin, en la repetida melancolía de todas las figuras de mujeres de Burne Jones. Y hasta se siente en el canto angustioso de los versos de duda y de tortura de Matthew Arnold, cuyo poema de Calicles habla con tan hermoso lirismo y tan nítidos tonos del Triunfo de la dulce y persuasiva lira y de la *Fa-*

mosa victoria final; no pudieron ayudarle ni Goethe ni Wordsworth, a pesar de que alternativamente se volvía él hacia cada uno de ellos; cuando pretende expresar los lamentos de Tírsis, o deja cantar al *Estudiante gitano*, se ve en la necesidad de apelar al caramillo del pastor.

Pero, esté mudo o no el fauno frigio, no puedo yo callar, y dar flores a las negras ramas de los árboles que se asoman por encima de los paredones de la cárcel, y que tiemblan al viento con tanta agitación. Se entreabre ahora un profundo abismo entre mi arte y el mundo, pero no entre el arte y yo. Así lo espero, al menos.

A cada uno de nosotros le estaba reservado su destino. Te ha tocado a ti el de la libertad, los placeres, las diversiones y el bienestar; el de la vergüenza pública, el de la larga reclusión en una mazmorra, el de la miseria, la ruina y el deshonor a mí, a pesar de que en nada lo merecía.

Me acuerdo de haber dicho que creía poder soportar una tragedia verdadera, siempre que apareciese ante mí con un manto de púrpura o con la máscara del verdadero dolor; pero es lo tremendo de la vida moderna que, por el contrario, se oculta la tragedia bajo el disfraz de comedia, con lo cual pa-

recen grotescas o sin estilo, las grandes realidades de todos los días. Tiene esto su razón de ser. Es probable que hubo siempre de acontecer en la actualidad de todas las épocas. Se dijo que al espectador le parecían viles todos los martirios, no debe ser una excepción el siglo XIX.

Todo ha sido feo, bajo, asqueante, carente de carácter, en mi tragedia. Incluso nuestros uniformes nos tornan grotescos. Somos los bufones del dolor. Unos payasos con el corazón hecho añicos. Y disfrutamos de la facultad de mover los músculos de la risa.

El 13 de noviembre de 1895 aquí me trajeron, desde Londres. Hube de estar aquel día desde las dos y media hasta las tres de la tarde, con ropas de presidiario y las manos esposadas, expuesto a las miradas del público en el andén principal de la estación de Clapham Junction. Sin previo preparativo, ni siquiera un aviso un minuto antes, me habían sacado de la enfermería. Era yo el más grotesco de todos los depravados existentes, y se echaba a reír la gente, al verme. Aumentaba el número de los curiosos con cada tren que llegaba, y se divertían todos de indescriptible manera. Como es natural, ocurría esto antes de saber quién era yo. No bien lo supie-

ron, arreciaron sus carcajadas. Estuve allí media hora larga, bajo la gris lluvia de noviembre, víctima de las mofas de la chusma.

He llorado por espacio de un año entero, todos los días y a la hora en que tal cosa me acaeció. Mas no es este llanto tan trágico como sin duda lo supones. Para los que estén en prisión, las lágrimas forman parte de la cotidiana experiencia. El día que no llora uno allí, es un día en que se tiene el corazón empedernido, no un día en que el corazón se siente dichoso.

Bien; paulatinamente he ido experimentando más lástima de aquellos que se burlaban de mí, que de mí mismo. Claro está que el día aquél no me encontraba yo sobre mi pedestal, sino en la infamante picota. Pero las gentes desprovistas de imaginación no se ocupan de los que están en un pedestal. Puede ser una cosa irreal, un pedestal; en cambio, es la picota una terrible realidad. Debían aquellas gentes haber interpretado con más lucidez el dolor. Dije ya que siempre se halla el dolor tras el dolor; mejor sería decir que siempre hay un alma tras el dolor. Y es una cosa horrenda mofarse de un alma atormentada. No es bella la vida de quien tal cosa hace.

Recibe uno tan sólo aquello que da, en la economía extrañamente sencilla del mundo. ¿Es posible, por ventura, conceder otra piedad que la del desprecio a aquellos que no poseen la suficiente imaginación para comprender el mero aspecto exterior de las cosas, y apiadarse de él?

Me refiero en esta carta a mi traslado a esta cárcel, para demostrar lo difícil que hubo de serme extraer de mi castigo algo más que amargura y desesperanza. Pero es preciso que sea así, y tengo, de vez en cuando, instantes de resignación y de humildad. Puede cobijarse la primavera toda en un solo capullo, y el nido de la alondra en los surcos puede cobijar todas las delicias que un día habrá de anunciar el alborear de infinitas auroras. También, tal vez toda la belleza que la vida me reserva aún, se encuentra en un período de abandono, de resignación y de humildad.

Sea lo que fuere, no puedo yo seguir adelante, si no es por los caminos de mi propia evolución y, aceptando todo lo que me ha ocurrido, hacerme digno de ello.

Me decían a menudo que era yo por demás individualista. Pues he llegado a ser muchísimo más individualista de lo que antes era. Preciso extraer de

mí, mucho más de lo que extraía antes, y exigir menos del mundo. Mi ruina, en el fondo, no se debe a un exceso, sino a ausencia de individualismo. El único paso bochornoso de mi existencia, el único que no merece perdón, y que será por siempre despreciable, fue haberme atrevido a dirigirme a la sociedad, solicitándole ayuda y protección. Ya era muy torpe ese pedido de amparo, desde el punto de vista individualista. ¿Qué disculpa podría invocar en favor mío? Una vez que puse en marcha las fuerzas de la sociedad, ésta, como es natural, se volvió de inmediato contra mí, expresando: ¿No has vivido siempre al margen de mis leyes? ¿Y recurres ahora a mis leyes para que te protejan? Bien, entonces; te haremos sentir todo ahora el peso de estas leyes, y tendrás que soportar sus consecuencias. Y arrojó esto como resultado, el que me vea yo ahora encerrado en una celda. Y, durante mis tres procesos, pude sentir amargamente la ironía ignominiosa de mi situación.

Es casi seguro que nunca cayó un hombre tan vergonzosamente, ni fue precipitado por tan vergonzosos instrumentos como yo. Pueden leerse estas palabras en *Dorian Gray*: Es poco siempre el cuidado que se pone en la elección de sus enemi-

gos . Yo no me hubiera imaginado nunca, que por culpa de unos parias, llegaría a transformarme en un paria. Y a ello se debe el enorme desprecio que por mí siento.

No consiste el filisteísmo en la vida, en la incapacidad de comprender el arte. Hay hombres encantadores, pescadores, pastores, labriegos, campesinos y otros por el estilo, que no saben una pizca del arte y que, ello no obstante, son la sal de la tierra. Es el verdadero filisteo aquél que estimula las fuerzas mecánicas, pesadas, enfadosas, ciegas, de la sociedad, y que cuando se le brinda la oportunidad las apoya, sin reconocer la fuerza dinámica, en un hombre o en un movimiento.

Se consideró espantoso el que sentase yo a mi mesa a individuos nocivos, y me sintiese cómodo en su compañía. Sin embargo, desde el punto de vista desde el cual tuve que aproximarme a ellos, en mi calidad de artista, constituían para mí un estimulante encantadoramente sugestivo. Era lo mismo que embriagarse en medio de unas panteras; radicaba la mitad de la embriaguez en el peligro. Tenía la impresión de que era yo un encantador de serpientes, en el instante en que hace que la víbora, a su voz, se alce del abigarrado paño, o del cesto, y desenvuelva

sus anillos y se balancee en el aire como una planta en la corriente del río. Para mí eran las más luminosas de las serpientes doradas, y radicaba parte de su perfección en su ponzoña. No sabía yo que empezarían a atacarme al oír el silbido y el ruido del dinero de otro. Y no experimento bochorno por haberlos conocido, porque eran formidablemente interesantes. Pero me abochorno, eso sí, del ambiente de filisteísmo al que fui arrastrado. Me impelía hacia él mi calidad de artista, y tuve que darme a la tarea de bregar contra Calibán. En vez de escribir piezas armoniosas, magníficamente policromadas, como *Salomé*, *La tragedia florentina*, o *La santa cortesana*, tuve que redactar cartas de picapleito, y me vi en la necesidad de colocarme bajo la protección, precisamente, de aquellas cosas contra las cuales siempre había adoptado precauciones.

Se mostraron admirables en su guerra infame contra la vida, Glibborn y Akkins. Una empresa en verdad arriesgada, fue darles amparo. Dumas padre, Cellini, Goya, Edgar Allan Poe, Baudelaire, hubieran actuado exactamente de la misma manera. Me da asco el recuerdo de las visitas sin fin que hice al letrado Humphrey; en la cruda luz de un cuarto desnudo, estaba sentado, diciendo con faz muy seria

embustes muy serios a un individuo calvo, hasta que me hacía bostezar y gemir el tedio. Estaba allí realmente en el centro de Filistea, lejos de cuanto es hermoso, brillante, maravilloso y osado. Me había presentado como adalid de la decencia y la austeridad en la vida, y de la moral en el arte.

*Voilà où mènent les mauvais chemins.*¹

Resulta lo más extraño para mí, que tengas que haber intentado imitar a tu padre, en los rasgos distintivos de su carácter. No alcanzo a comprender cómo pudo tu progenitor llegar a ser para ti un ejemplo, cuando, precisamente, debía haber sido todo lo contrario. No existe más que un lazo real, una verdadera fraternidad allí donde el odio impera. Ustedes, debido a esa ley extraña que torna antipáticos entre sí a los semejantes, se odiaban, y no porque fueran dispares en muchos puntos, sino porque eran iguales en algunos. En junio de 1892, cuando abandonaste Oxford, sin obtener ningún título académico, pero lleno de deudas, que si bien no eran muy cuantiosas, eran importantes para un hombre que sólo contaba con los recursos de su padre, te escribió éste una misiva redactada en términos soe-

¹ He ahí dónde conducen los malos caminos.

ces, crudos e insultantes. Fue tu respuesta, desde cualquier punto de vista, peor aún, y como es natural, todavía menos excusable. De lo cual, me lo imagino, te enorgullecerías. Me acuerdo perfectamente aún que me dijiste, con acento más presuntuoso, que podías atacar a tu padre *en su propio terreno*. Muy bien. Pero, ¡vaya un terreno, y vaya una lucha!

Tenías la costumbre de burlarte y de reírte de tu progenitor, porque se iba de la casa de tu primo, en la cual vivía, para escribirle desde un hotel cercano, misivas muy puercas. Y la misma costumbre tenías a mi respecto. Siempre almorzabas conmigo en algún restaurante, armabas un escándalo en el transcurso de la comida, y te marchabas después al White's Club, a escribirme una epístola infame. La única diferencia entre tú y tu padre, era que tú, algunas horas después de haberme mandado la carta por intermedio de un *quidam*, acudías a mi domicilio, no a excusarte, sino a averiguar si había yo encargado la comida en el Savoy, y si no, por qué razón no lo había hecho. E incluso, en ciertas ocasiones, llegaste antes de haber yo leído la misiva en que me cubrías de injurias. Me acuerdo que una vez me suplicaste invitase al *lunch*, en el Café Royal, a dos de tus amigos, a uno de los cuales no había visto en mi vida.

Lo hice así, y de acuerdo con tus deseos, ordené una comida suculenta especial. Requerí la presencia del *maître d'hôtel* -todavía me parece estarlo viendo-, para puntualizarle de una manera concreta todos los detalles referentes a los vinos. Y, en lugar de acudir al almuerzo, me enviaste al café una carta rebotante de injurias, calculando el tiempo de tal manera, que la recibí luego de haberte aguardado durante media hora.

Me impuse de la primera línea, lo comprendí todo, metí la carta en el bolsillo y comuniqué a tus amigos que te habías enfermado de repente; que el resto de la misiva trataba de los síntomas de la dolencia. En realidad no leí la carta hasta mucho más tarde, cuando fui a Tite-Street a cenar.

Dominado por una amargura intensa, sumido en el lodo de las líneas aquéllas, me preguntaba cómo podías escribir esas cartas que eran como la baba y la espuma que brota de la boca del epiléptico, cuando me comunicaron que te encontrabas en el vestíbulo y deseabas hablarme sin dilaciones.

De inmediato te hice subir. Reconozco que te presentaste pálido y demudado; acudías en busca de apoyo y de consejo, pues había ya llegado a tus oídos que alguien del estudio del abogado Lumley

había inquirido a tu respecto en Cadoglan Place, y temías ver erguirse la amenaza de tu asunto de Oxford, o de algún nuevo peligro. Te consolé, diciéndote que era probable -y en efecto así era-, que se tratase simplemente de la factura de algún comerciante, y te invité a cenar y a pasar en mi compañía la velada.

Para nada mencionaste tu nefasta carta, ni tampoco yo hablé de ella. No era para mí más que un deplorable síntoma de un carácter desdichado. No mencionaste la epístola. Haberme escrito, a las dos y media de la tarde, una carta asqueante, y acudir a las siete y cuarto de ese mismo día, en busca urgente de ayuda y amparo a mi vera, constituía para ti algo de todos los momentos. En esto, y en numerosas cosas más, rebasas a tu padre.

Cuando fueron leídas ante el magistrado las infames cartas que te mandó tu progenitor, se avergonzó éste, y simuló echarse a llorar. Y si hubiese leído también su letrado las misivas que le habías dirigido, hubiera el mundo experimentado un horror, un asco mayores aún.

Pero no era solamente con el estilo con lo que te imponías a tu padre en su propio terreno, sino que también le dejabas rezagado en el sistema de

ataque. Recurrías al telegrama público y a la postal sin sobre. Me parece que esas formas de atacar, debías habérselas dejado a individuos como Alfred Wood, para quienes son la fuente principal de ingresos.

¿No es así acaso?

Lo que para su pandilla y él mismo era una profesión, para ti significaba un placer, aunque un placer por demás perverso. Y no renunciaste al mismo, ni siquiera después de todo lo que me sucedió, precisamente a causa de esa abominable costumbre tuya de mandar misivas injuriosas. Sigues considerando esta práctica como una genialidad tuya, y la esgrimes contra mis amigos, o contra aquellos que se mostraron bondadosos conmigo en la cárcel, como Robert Sherard, entre otros. Y esto es en ti realmente vergonzoso.

Cuando se enteró Robert, por mí mismo, de que yo no quería que diera a publicidad un artículo a mi respecto en el *Mercure de France*, ni con cartas ni sin ellas, debías haberle dado las gracias por haberte comunicado mis deseos con respecto al asunto, y de esta manera te hubieras evitado provocarme, inconscientemente, un sufrimiento mayor aún del que ya me habías causado. Comprenderás, sin embargo,

que una carta pseudoprotectora, de mezquino espíritu, respecto de un hombre que yace en el suelo, iría admirablemente en un diario inglés, en donde persiste la tradicional actitud de la prensa británica para con los artistas; pero que, en Francia, sólo habría de servir para ridiculizarme y tornarme en un ente despreciable.

Para conceder mi autorización a un artículo, antes había menester de conocer su objeto, su naturaleza, la forma de su concepción y otras particularidades. Las buenas intenciones no tienen ningún valor, en arte. El arte malo es siempre el resultado de inmejorables intenciones.

Y no es Sherard el único de mis amigos a quien enviaste cartas mordaces y acibaradas, porque creía conveniente tener en cuenta mis deseos y mis sentimientos en asuntos que me incumbían, tales como la publicación de artículos sobre mi personalidad, dedicarme tus poesías, devolverme mis cartas y obsequios, y cosas por el estilo. Has molestado también a otros, o pretendiste molestarles.

¿No se te ocurre nunca pensar en qué terrible situación me hubiese visto, en los dos años últimos de mi terrible condena, si hubiera hecho un llamado a tu amistad?

¿Piensas, por lo menos, constantemente en ello?

¿Acaso te sientes agradecido de continuo a aquellos, cuya ilimitada bondad, cuya abnegación infinita, cuyos obsequios espontáneos aligeraron mi tenebrosa carga; a aquellos que me visitaron repetidas veces, que me demostraron su simpatía en muy bellas cartas, que se ocuparon de mis asuntos en lugar mío, que adoptaron providencias para mi porvenir, y permanecieron a mi vera, no obstante las calumnias, las burlas, el público desprecio, e incluso las injurias?

A ellos se lo debo todo. Incluso los libros que tengo en mi celda, es Robbie quien los pagó de su bolsillo. Y cuando sea puesto en libertad, han de llegarme ropas de la misma fuente. No me da vergüenza aceptar lo que con sincero afecto se me ofrece, y hasta me enorgullezco de ello. Más aun: pienso en éstos mis amigos, en More Adey, en Robby, Robert Sherard, Frank Harris, Arthur Clifton, y en todo lo que ha sido para mí su ayuda, su afecto, su simpatía.

Esto no lo has visto tú. Pero sí tuvieses cuanto menos una chispa de imaginación, sabrías que no ha existido nadie que, en el transcurso de mi encarcelamiento no se haya mostrado bondadoso conmigo;

incluso, en escala descendente, el carcelero que me da, sin que nada le obligue a hacerlo, los buenos días y las buenas noches; incluso los guardias humildes que, a su manera, tosca y silenciosamente, trataban de consolarme el día en que me llevaron al Tribunal de Quiebras, y en que regresé en un estado terrible de angustia; incluso, descendiendo más aún, el pobre ladrón que me conoció en tanto dábamos vueltas por el patio de la prisión de Wandsworth, y que, con la ronca voz del calabozo, que adquiere uno en el prolongado e involuntario silencio, me murmuró estas palabras: Me inspira usted lástima, pues para un hombre como usted, esto es más duro que para nosotros".

No, no existe siquiera uno ante el cual no debieras enorgullecerte de ponerte de rodillas, para limpiarle el polvo de sus zapatos.

¿Acaso puedes llegar a imaginarte, por lo menos, qué terrible fue para mí encontrarme en el camino con tu familia?

¿Qué tragedia no había de ser, para todo aquél que podía haberse precipitado desde una elevada posición, que podía haber perdido un nombre ilustre, o algo de la misma importancia? Apenas si hay uno entre los miembros mayores de tu familia, Per-

cy, que realmente es un buen chico, que no haya participado de alguna manera en mi ruina.

Con bastante amargura te hablé de tu madre, y con gran insistencia te aconsejo que le muestres esta carta, principalmente en tu propio interés. Si le resulta doloroso leer semejantes recriminaciones contra uno de sus hijos, que piense que mi madre, que fue hermana, por el espíritu, de Elizabeth Barret-Browning, y por su historia, de madame Roland, murió con el corazón hecho pedazos, porque el hijo de quien estaba orgullosa, por sus dotes y por su arte, y en quien viera siempre al digno continuador de un ilustre apellido, fue condenado a purgar la pena de dos años de cárcel.

Y habrás de preguntarme cómo pudo tu madre participar en mi ruina. Te lo diré. Tal como tú hacías los mayores esfuerzos para descargar sobre mí de todas tus responsabilidades directas, tu madre, por su parte, se esforzaba por descargarse sobre mí de todas las responsabilidades morales que tenía respecto a ti. En lugar de hablarte francamente de tu vida, como hubiera sido el deber de una madre, siempre me escribió confidencialmente, suplicándome al mismo tiempo con intenso dolor, que no te pusiese en conocimiento de sus cartas. ¡Mira en qué

situación me colocaban ambos! Una situación no menos falsa, tonta y trágica, que aquella en que tu padre y tú me precipitaron.

En agosto de 1892, y el 8 de noviembre del mismo año, mantuve con tu madre dos prolongadas conversaciones a tu respecto, y le pregunté las dos veces por qué no hablaba directamente contigo. Me respondió lo mismo las dos veces: Me inspira temores; cuando se le habla se pone en un estado frenético . Tan poco hacía que yo te conocía, la primera vez, que no alcancé a comprender lo que pretendía expresar. Pero tan bien te conocía ya la segunda, que admirablemente la entendí. (Entretanto, habías sufrido un ataque de ictericia, te había ordenado el médico pasases una semana en Bournemouth, y como detestabas la soledad, me habías comprometido a viajar en tu compañía.) Pero, el primer deber de una madre es no tener miedo de hablar seriamente con su hijo. Si te hubiese hablado en serio tu madre en lo referente al disgusto en que te vio en 1892, y te hubiera animado a confiar en ella, todo habría marchado mejor para ustedes y más dichosamente. Eran un craso error todos esos secretos conmigo. ¿Qué finalidad podía tener que me enviase tu madre misivas innumerables, para

suplicarme que no te convidase a comer tan a menudo, ni te entregase más dinero, cartas que en el sobre tenían estampada la mención confidencial, e invariablemente finalizaban con esta posdata: De ningún modo le diga usted a Alfred que le he escrito? ¿Cuál podía ser la eficacia de una correspondencia semejante? ¿Acaso esperaste alguna vez que te invitase yo a comer? Nunca. Te parecía muy natural comer siempre conmigo. Contestabas lo mismo a todas mis protestas: ¿Dónde iré a comer si no lo hago contigo? Supongo que no querrás que lo haga en mi casa". Era éste un argumento irrefutable. Y cuando, en modo alguno, quería permitir que comieses en mi compañía, me amenazabas con hacer una barbaridad, y lo que es peor, la hacías efectivamente.

Por lo tanto, ¿de qué podían servir esas cartas que tu madre me mandaba? ¿Qué otro podía ser su resultado, más que aquel que realmente tuvieron, o sea, el de abrumar mis hombros con una absurda responsabilidad de orden moral? Y no es mi intención hablar aquí de las numerosas oportunidades en que la flaqueza de tu madre, y su ausencia de coraje, se manifestaron tan perjudiciales para ella, como para ti y para mí. Pero lo cierto es que al saber que

tu padre había ido a mi casa a armar un terrible escándalo, y con toda la intención de transformarlo en escándalo público, bien pudo haber visto en ese incidente la premonición de una catástrofe, e intentado evitarla. Pero no se le ocurrió nada mejor que mandarme al prudente George Wyndham, con sus diestras palabras, ¿y qué es lo que venía a proponerme? Pues hacerte poco a poco a un lado . ¡Como si hubiera sido esto posible!

Por todos los medios ya había intentado poner punto final a nuestra amistad; incluso me había alejado de Inglaterra, dejando una dirección falsa, con la esperanza de quebrar de una vez por todas un lazo que me resultaba pesado, que era funesto, y que me inspiraba solo odio.

¿Verdaderamente crees que podía yo hacerte poco a poco a un lado ?

¿Crees que de ese modo podía haber hecho algún bien a tu padre?

Sabes muy bien que el caso era completamente diferente. Lo que quería tu padre, no era que quebrásemos nuestra amistad, sino provocar un escándalo público. Y hacía grandes esfuerzos para conseguirlo. Muchos años hacía ya que no aparecía su nombre en los diarios. Vislumbró la posibilidad

de volver a aparecer ante el público británico en un papel completamente desconocido en él: el de padre cariñoso. Estimulaba esto su Humor. Si rompía mis relaciones amistosas contigo, tal cosa le hubiera originado una tremenda desilusión, a la cual sólo podía aportar un levísimo paliativo la chismografía a que daría lugar un segundo divorcio, por muy repugnante que el mismo fuese en su causa y en sus detalles.

Y es que no perseguía más que un fin: la popularidad y el henchirse de fatuidad -cual suele decirse en calidad de adalid de la austeridad; cosa que, en vista del estado actual de la sociedad de Gran Bretaña, es el procedimiento más seguro para convertirse de inmediato en un héroe.

Dije ya en una de mis obras de teatro, con relación a esta sociedad, que es Calibán una mitad del año, y Tartufo la otra mitad; tu padre, en quien perfectamente encarnaron los dos caracteres, aparecía de este modo indiscutiblemente como el representante más puro del puritanismo, en su más típico y agresivo tipo.

Incluso en la suposición de que ello hubiera sido posible, de nada habría servido hacerte poco a poco a un lado.

¿No comprendes en este momento que lo único que le correspondía hacer a tu madre, era haberte suplicado que la fueses a ver, y una vez allí los tres, tú, tu hermano y yo, declarar en forma rotunda que nuestra amistad debía necesariamente de terminar?

En mí habría encontrado el apoyo más decidido, y no tenía por qué tener miedo alguno de hablar contigo, puesto que hubiéramos estado presentes Drumanrig y yo. Pero no lo hizo. Temía la responsabilidad, y le agradaba más derivarla hacia mi persona. La verdad es que me envió una carta. Se trataba de una esquelita, para suplicarme no mandase a tu padre la carta del letrado en que me invitaba él mismo a no seguir adelante.

Tenía razón en esto. Era risible de parte mía recurrir a los abogados en demanda de protección y de consejo. Pero toda la eficacia que había podido tener su esquila, la destruía ella misma con su eterna posdata: No le diga en modo alguno a Alfred que le escribí .

Te embriagaba literalmente la idea de que yo pudiese hacer que unos abogados les escribiesen, tanto a ti como a tu padre. Eras quien provocaba esto, y no podía yo decirte que tu madre era contraria a ello, pues con solemnes promesas me había com-

prometido a no decirte nunca una palabra de las cartas que me escribía, y yo, locamente, mantuve esta promesa.

¿No comprendes ahora lo errada que estaba al no conversar francamente contigo? ¿Y cuán errónea era asimismo esa correspondencia de chismes y esas entrevistas a ocultas?

No puede descargarse nadie, sobre otro, de su propia responsabilidad. Esta termina siempre por retornar a aquel a quien corresponde. Tu idea de la vida, tu filosofía -si es que podemos suponer que lo es-, era que siempre tenía que pagar otro lo que hicieras, y esto, no solamente en el sentido económico de la frase -lo cual, sencillamente, fue la aplicación de tu filosofía a la vida diaria-, sino también en el sentido mucho más amplio y completo de transmisión de la responsabilidad. Y esa filosofía, que te daba excelentes resultados, llegado el caso, la transformaste en una verdadera profesión de fe.

Me colocaste en la obligación de iniciar un proceso, porque sabías muy bien que tu padre no había de atacarte nunca, ni personalmente ni en tu vida, y que yo defendería hasta el último baluarte a tu vida y a ti, cargando sobre mis hombros con todo cuanto se te ocurriera abrumarlos. Y no pensabas mal, todo

lo contrario. Tu padre y yo -naturalmente, cada cual por distintos motivos-, hicimos exactamente aquello con lo que contabas. Sin embargo, a pesar de todo, tampoco saliste ileso. La historia del niño Samuel, como es posible llamarla para ser breves, podrá parecer muy hermosa a los ojos de la chusma, pero tengo entendido que en Londres se burlaron de ella; y en Oxford sonrieron. Y es que hay en todas partes personas que te conocen, y tú has dejado huellas en todas partes. Pero, aparte de un reducido círculo en estas dos ciudades, el mundo ve en ti a un hombre bueno, poco menos que arrastrado al crimen por el artista maligno e inmoral, y salvado con toda felicidad, en el preciso instante, por su padre amante y bondadoso.

Resulta esto encantador. Y ello no obstante, sabes perfectamente que no saliste incólume de este asunto. Y no me estoy refiriendo aquí a la tonta pregunta formulada por un jurado no menos tonto, y considerada naturalmente con desprecio por el fiscal y el presidente; carece aquello de importancia. Quiero decir que quizás, en el fondo, ante ti mismo y a tus propios ojos, no te sientas exento de culpa.

Tendrás algún día que meditar respecto a tu conducta; no estás, no puedes estar conforme del giro

que adoptaron las cosas. Cuando pienses en ti, no podrás dejar de sentir que se te cubre el rostro de intenso rubor.

Es, en verdad, maravilloso, mostrar al mundo una frente de bronce; pero, cuando te encuentres solo y lejos de todo espectador, tienes por fuerza que quitarte la careta, para respirar, pues de no hacerlo, morirás asfixiado.

Y tu madre, también, no puede dejar de deplorar alguna vez haber deseado descargar en espalda ajena sus graves responsabilidades; máxime que ese otro tenía ya que soportar una carga bastante pesada.

Hacia ella a tu lado las veces de padre y de madre ¿cumplió acaso, aunque sólo sea con uno de esos deberes?

Puesto que me mostré indulgente con tus caprichos, tus violencias, tus estallidos, la misma indulgencia debió haber demostrado ella.

La última vez que vi a mi esposa -de esto hace un año y dos meses-, le dije que ella debía ser, al propio tiempo, padre y madre de Cyril. Le referí cuanto sabía con respecto al modo de ser de tu madre contigo; se lo referí con todos los detalles expuestos en esta misiva, aunque, como es natural, mucho más extensamente. Le di una explicación en lo que con-

cernía a esas innumerables cartas de tu madre, que llegaban a Tite-Street con la mención de Privada , y con regularidad tanta, que mi esposa me había dicho, riendo, que con toda seguridad estábamos escribiendo, tu madre y yo, una novela social en colaboración. Y encarecidamente le rogué no procediese con Cyril como procedía tu madre contigo. Le dije que tenía que educarlo de una forma tal que, si llegaba, algún día, a verter sangre inocente, fuese a su lado y se lo confesase, para que ella le lavase primeramente las manos, y viese después cómo podría lavarle el alma con el arrepentimiento y la reparación del daño provocado.

Y le dije que si le atemorizaba cargar con la responsabilidad de la vida de otra persona, aunque la misma fuese su propio hijo, que buscase un tutor que la ayudara. Y, en efecto, esto fue lo que hizo, y su gesto constituye una alegría para mí. Recayó su elección en Adrián Hope, un hombre de rancia alcurnia, de enorme cultura y noble carácter, primo suyo, con quien te encontraste una vez en Tite-Street, y en él hallaron Cyril y Vivian las esperanzas mejores de un bello porvenir.

Si tu madre tenía miedo de hablar seriamente contigo, debía haber escogido alguno de sus propios

familiares, a quien, quizá, tú hubieses hecho caso. Pero no había razón alguna para que tuviese miedo. Debía de haberte aconsejado y ofrecido su frente, y ya estás viendo el resultado por no haberlo hecho.

¿Crees que puede el mismo haberla dejado satisfecha?

Me consta que me culpa de todo a mí, y me consta, no por personas que te conocen, sino por otras que no te conocen y que tampoco tienen el menor interés en conocerte. Oigo hablar de este asunto a menudo. Tu madre, por ejemplo, tiene la costumbre de hablar de la influencia ejercida por el hombre de edad adulta sobre el joven. Se aferra de preferencia a esta idea porque, en vista de los prejuicios vulgares del país y de la ignorancia, no deja nunca de causar su impresión. No he menester de preguntarte cuál ha sido mi influencia sobre ti. Sabes de sobra que ninguna tuve. Con frecuencia te jactabas de ello, y es lo único de que, en realidad, podías jactarte. ¿Y qué pudo haberse dejado influenciar en ti? ¿Tu inteligencia? No estaba desarrollada todavía. ¿Tu imaginación? Estaba muerta. ¿Tu corazón? Aun no había nacido. De todos los hombres con los que me he cruzado en la senda de mi

vida, fuiste el único en quien no podía haber ejercido la menor influencia.

Cuando guardaba cama, sin la ayuda de nadie, y enfermo de la fiebre por ti contagiada, no conseguí ejercer influencia sobre ti, ni siquiera para que fueses en busca de una copa de leche o para que tratasen de que no me faltaran los objetos mas corrientes y precisos en la alcoba de un hombre enfermo; o para que te tomases la molestia, si era una, de recorrer en carruaje doscientos metros y adquirir en una librería un volumen que, naturalmente, yo hubiese pagado. Cuando estaba enfrascado en la tarea de escribir y concebir comedias que hubieran sido en cualquier aspecto superiores a las de las de cualquier otro, no fue tanta mi influencia sobre tu persona como para lograr que me dejases en paz, como debe estarlo el artista. Mi gabinete de trabajo, estuviese donde estuviese, era siempre para ti un cuarto de paso, un aposento para fumar, beber vino con soda y charlar de temas insulsos. La teoría esa de la influencia del hombre adulto sobre el Joven , tiene sal hasta el instante en que llega a mis oídos; luego, resulta ridícula. Y cuando llegue a los tuyos, habrás de sonreír, seguramente, y con razón sobrada.

Oigo mucho hablar, también, de lo que dice tu madre en lo que al dinero se refiere. Hace notar que me suplicaba constantemente no te entregase dinero, lo cual es verdad. Tengo que reconocerlo. Innumerables fueron sus cartas, y aparece en todas la sempiterna postdata: Le suplico no se entere Alfred de que le he escrito. Pero, personalmente, no me hacía ninguna gracia tener que sufragar hasta tus mínimos gastos, desde la afeitada matinal, hasta el carruaje que se te ocurría tomar a altas horas de la madrugada. Constituía aquello para mí una verdadera hipoteca y te lo reproché de un modo constante. Repetidas veces -supongo que te acordarás-, te dije todo lo que me disgustaba vieses en mí a una persona de utilidad, cuando el artista y el propio arte en su esencia íntima, deben carecer en absoluto de utilidad. Mis palabras siempre te molestaron.

La verdad es algo muy doloroso de oír y de expresar. Pero esta verdad nunca te hizo cambiar de modo de ver ni de vivir, y tuve todos los días que abonar todos los pequeños gastos que hacías. Esto sólo podía hacerlo un hombre de bondadoso corazón o infinitamente estúpido. ¡Desgraciadamente, se unían en mí a las mil maravillas las dos cosas! Cada vez que te insinuaba que correspondía a tu madre

munirte del necesario dinero, ya tenías a flor de labio una respuesta demoledora y digna. Decías que la renta que le pasaba tu padre -creo que alrededor de mil quinientas libras anuales-, era completamente insuficiente para una mujer de su alcurnia y rango, y que, por consiguiente, no querías solicitarle más dinero del que te entregaba por propio impulso. Tenías razón al decir que su renta no correspondía a una mujer de su alcurnia, rango y gustos. Pero eso no te autorizaba a vivir como un Crespo a mi costa, sino que, por el contrario, debía haberte ante todo impulsado a llevar un tren más rígido de economías. Indiscutiblemente eras, y lo más probable es que lo sigas siendo, un sentimental; únicamente un sentimental puede permitirse gratis el lujo de una emoción. Muy bien hacías mirando por el bolsillo de tu madre, pero no por eso dejaba de ser feísimo que lo hicieras a mi costa.

Digo ya, en mis *Intenciones*, que los impulsos del sentimiento son, en su extensión y duración, tan limitados como los de la fuerza física. La copa moldeada para contener una cantidad previamente determinada, puede contener dicha cantidad, pero no rebasarla, aunque todos los bermejotes toneles de Borgoña estén rebosando de vino, y se hundan los

vendimiadores hasta las rodillas entre los racimos de uva de los viñedos de España. No existe error más craso que creer que aquellos que causan o provocan las grandes tragedias, tienen al unísono de las mismas sus sentimientos, y es el más funesto de todos los errores, aguardar semejante cosa de ellos. Quizá el mártir, dentro de su camisa de llamas, pueda contemplar la faz del Señor. Pero el que hacina la leña o sopla en la hoguera para que el aire avive las llamas, no siente otra cosa que la que siente el mata-rife cuando sacrifica un buey, que la que siente el leñador que derriba un árbol en el bosque, o el segador que, al segar, hace caer lentamente una flor con su hoz. Para las almas grandes son las grandes pasiones. Y sólo pueden ser comprendidos los grandes acontecimientos, por quienes se encuentran a la altura de los mismos.

Me imagino que si alguna vez vuelves atrás tu vista, y reflexionas sobre tu proceder para con tu madre, o para conmigo, no podrás experimentar satisfacción por ti mismo y que, si no le muestras esta carta a tu madre, quizás algún día tengas que explicarte cómo, viviendo a mi costa, en modo alguno obedecías a mis deseos.

La forma que para conmigo adoptaron tus sentimientos no pudo ser más personal, ni serme personalmente más desagradable. El hecho de depender de mí tanto en los gestos pequeños como en los grandes, te prestaba a tus propios ojos el encanto de la infancia, y cuando me obligabas a pagar también por todos tus amigos, suponías haber descubierto el arcano de la juventud eterna.

Confieso que me es sumamente doloroso enterarme de lo que dice tu madre de mí. Y tengo la seguridad de que, si lo piensas un poco, has de estar conmigo en que ya que no tiene una sola palabra de sentimiento o de pesar por la catástrofe a que me precipitaron los tuyos y tú mismo, sería preferible que callase.

Naturalmente, no es preciso que ella vea esa parte de esta carta que trata de mi proceso espiritual, ni de la meta que tengo la firme esperanza de alcanzar, pues tal cosa no podría interesarle. Pero yo, en tu lugar, le enseñaría los párrafos aquellos que se refieren tan sólo a tu vida.

En tu lugar, no me agradaría de ninguna manera saberme amado a causa de una falsa ilusión. No tiene el hombre por qué descubrir al mundo su vida, pues el mundo carece de comprensión. Pero cuando

se trata de personas cuyo amor ansiamos, la cosa es muy diferente.

Un excelente amigo mío, y que ha demostrado serlo durante diez años, vino a verme poco ha, y me dijo que no creía una sola palabra de todo lo que se murmuraba contra mí, y me dio a entender que se hallaba en un todo persuadido de mi inocencia, y me consideraba la víctima de una nefasta conspiración. Me eché a llorar al oírle hablar de esa suerte, y le dije que muchos de los extremos de que me acusaban eran falsos en absoluto y urdidos con indigente perfidia; pero que mi vida, empero, había estado llena de placeres perversos y de pasiones extrañas, y que tenía que convencerse de ello y aceptarlo, para que yo pudiese seguir siendo su amigo, o volviese a estar en su compañía alguna vez. Esto constituyó para él un terrible golpe; pero seguimos siendo amigos, y no me adueñé de su amistad mediante ilusiones falaces. Te dije ya que es muy doloroso confesar la verdad, pero lo es todavía más tener que mentir.

En el transcurso de mi último proceso, estaba sentado en el banco de los que han pecado, escuchando aquella extravagante acusación de Lockwood, que era oída como si se tratase de un trozo de

Tácito, de un verso del Dante, o de uno de los discursos incendiarios de Savonarola contra los pontífices de Roma. Me sentí invadido por una indecible repugnancia. Pero, de repente, cruzó por mi mente esta idea: ¡Qué maravilloso sería que refiriese yo todo esto por mí mismo! Y pensé al punto que nada significaban las palabras por sí mismas, que todo radica en quien las pronuncia. El instante Supremo para un hombre -y no me cabe de ello la menor duda-, es aquél en que, de hinojos en el polvo, se golpea el pecho y confiesa todos los pecados de su existencia.

Y también es verdad esto en lo que a ti se refiere. Habrías de sentirte mucho más dichoso si tú mismo impusieses a tu madre de una parte por lo menos de tu vida. En diciembre de 1839, yo le conté gran parte de la misma, naturalmente con omisiones, y generalizando. Al parecer, no le infundió tal cosa más coraje para sus relaciones contigo. Parece, por el contrario, haberse empeñado más aún en no querer ver la verdad. Si le hubieras hablado tú mismo, la cosa hubiese sido muy distinta. Quizá mis palabras son, a menudo, demasiado amargas para contigo, pero no puedes negar los hechos. Las cosas fueron tal como las conté, y si lees esta carta con cuidado, y

debes hacerlo, te verás frente a ti mismo, verás tu vida cara a cara.

Te escribo esta tan dilatada carta, para que te des cuenta de lo que has sido para mí antes de mi prisión, durante los tres años de aquella amistad fatal; lo que fuiste para mí durante esta prisión mía, que habrá llegado a su término dentro de dos lunas, y lo que para mí mismo espero ser, y para los demás, al salir de la cárcel.

No me es posible modificar mi carta, ni volverla a escribir. Tienes que aceptarla tal cual es, muchos de sus párrafos borrados por las lágrimas, ostentando muchos más las huellas del dolor o de la pasión, y tendrás así que descifrarla como puedas, con sus borrones y sus correcciones todas. En lo que respecta a las enmiendas y errores que pudiera tener, los hice para que mis palabras realmente fuesen la expresión de mis pensamientos, y no se incurriese en falta alguna por palabras de más o palabras de menos.

Debe estar afinado el lenguaje como un violín, y tal como una vibración excesiva, o por demás escasa, en la voz del cantante o en el temblor de las cuerdas, torna el tono impuro, también el exceso o la ausencia de palabras echan a perder lo que se ex-

pone. Tal como va mi carta, tiene, por lo menos, una importancia esencial en cada una de sus frases. Carece de toda retórica. Si hay párrafos borrados o añadidos, aunque no muchos, en extremo pulidos, obedece ello a mi deseo de reproducir con exactitud mi sentimiento, y a no encontrar nada que interprete absolutamente a la perfección mi estado de ánimo. Lo primero que dicta el sentimiento es lo último que acude en la forma.

Debo agregar que ésta es una carta severa. No he tenido para contigo la menor consideración. Más aún: afirmo que es injusto colocarte en la balanza frente al más nimio de mis padecimientos, frente a la más infinitesimal de mis pérdidas, y que con razón puedes decir que he ido pesando éstas grano por grano. Es cierto. Pero tendrás que reconocer que te ubicaste tú mismo en el platillo.

Tendrás que reconocer también que si te has asociado a mí un sólo instante en mi prisión, sube bruscamente tu platillo. Fue la vanidad la que te hizo escoger la balanza, y es ella la que te impulsa a adherirte a la misma. Fue este el enorme error psicológico de nuestra amistad: su absoluta carencia de proporción.

Encauzaste tu camino por una existencia harto grande para ti, cuyos límites rebasan tu misión y tu facultad de movimiento cíclico; por una existencia cuyos pensamientos, acciones y pasiones, poseían un intenso interés y un considerable significado, y estaban realmente abrumados por la carga de maravillosas y trágicas consecuencias. Era deliciosa, dentro de lo reducido de tu órbita, tu pequeña existencia de pequeños caprichos, a merced de tu humor. Deliciosa era en Oxford, en donde lo más malo que podía ocurrirte era una reprimenda del decano o una lavada de cabeza del rector, y en donde lo más excelso era el triunfo de Magdalen en las regatas, y el hacer arder una hoguera en el patio de la universidad, a manera de festejo por suceso tan importante. Luego de haberte alejado de Oxford, debía haber seguido girando tu vida dentro de tu propia órbita. Para ello, todo estaba en ti dispuesto de admirable manera. Eras un ejemplar sin tacha de una especie muy moderna. Pero, no habías nacido ni tenías pasta, para servirme de paralelo. Tu prodigalidad sin límites era un crimen. Siempre es pródiga la juventud, pero que me obligases a sufragar esa manía tuya, era algo que podemos calificar de realmente bochornoso. Casi idílico y encantador, era

ese tu afán de tener un amigo con el cual pudieras estar desde la mañana hasta por la noche; pero el amigo que buscaste nunca debió ser un hombre de letras, un artista, alguien en quien tu perenne presencia anulaba toda obra de belleza y envaraba la fuerza de creación. En serio creías, con absoluta buena fe, que la forma mejor de pasar una noche era ir a comer con champaña en el Savoy, y después ir a ver un espectáculo frívolo de variedades desde un palco, y finalmente, para la *bonne bouche*,² cenar con champaña en el establecimiento de Willis. Infinidad de chicos encantadores hay en Londres que comparten esta manera de ser. Ni siquiera puede considerarse esto libertinaje. No es más que el certificado de aptitud para ingresar en White's Club. Pero no te asistía en modo alguno el derecho de exigir que fuese yo quien hubiera de facilitarte tales placeres. Eso probaba cuán escasamente sabías estimar mi genio.

Retornando a tu disputa con tu padre, sea lo que sea lo que sobre la misma se opine, resulta evidente que era éste un asunto que tenía que haber quedado estrictamente entre ustedes dos. Tenía que haber sido arrojado a un corral, pues esto es lo que por lo

² Paladar refinado

común acaece con querellas de esta índole. Estriba tu culpa en haberla hecho representar a la fuerza, como un intermedio trágico, sobre un elevado tablado y ante el foro de la Historia, utilizando como público al mundo entero, y concediéndome a mí mismo en premio al triunfador de tan deleznable torneo.

El hecho de que tu padre te odiase, y que tú le odiases a él, no podía tener la mínima importancia para la sociedad de Gran Bretaña. Esos sentimientos están muy de moda en la existencia familiar de los ingleses, pero es conveniente fijarles un límite en el sitio que a ellos conviene: el sagrado del hogar. Fuera de este círculo están desplazados, y constituye una ofensa transplantarlos a un escenario distinto.

No es posible utilizar la vida de familia como un pendón rojo que se hace flamear por las calles, ni como un cuerno en el cual se sopla roncamente desde la parte más elevada del tejado; desplazaste de su terreno normal las cosas domésticas, así como personalmente te saliste del campo que te pertenecía. Y quien abandona el terreno que es el suyo, cambia lo que se halla en torno de él, pero no su naturaleza. Porque no puede apoderarse de los pen-

samientos ni de las pasiones que predominan en el círculo en que se ha introducido.

No conozco en toda la literatura dramática, retornando al terreno del arte, nada que sea comparable al modo con que trazó Shakespeare las figuras de Rosenkranz y Guildenstern, ni que sea más sugestivo que éstas, debido a su fineza psicológica. Son dos camaradas de Universidad de Hamlet; fueron sus amigos. Guardan el recuerdo de los jubilosos días vividos juntos. En el momento en que se encuentran en la obra con Hamlet, éste vacila bajo el peso de una irresistible carga para un hombre de sus condiciones. El muerto ha salido de su tumba para encomendarle una misión al mismo tiempo demasiado grande y demasiado mezquina para él. Hamlet es un soñador y se ve en la necesidad de obrar. Posee un temperamento de aeda, y se le pide que luche contra la relación habitual de causa a efecto, contra la vida en su aspecto práctico, del cual todo lo ignora, en vez de bregar contra la esencia ideal de la vida, de la que tanto sabe. No tiene la menor idea de lo que debe hacer, y su locura consiste en simular la locura; Recurrió Bruto a su demencia como manto que había de ocultar la espada de su intención, el puñal de su sabiduría; pero no es

más que un disfraz la locura de Hamlet, debajo del cual se oculta su debilidad haciendo muecas y diciendo chistes, un pretexto para demorar la acción, con la cual juega como con una teoría un artista.

Se convierte en espía de sus propios actos, y al escucharse a sí mismo, sabe que aquello son solamente palabras, palabras, palabras . En lugar de correr el riesgo de ser el héroe de su propia historia, trata por todos los medios de ser el espectador de su propia tragedia. En nada cree, ni en sí mismo siquiera; pero no puede prestarle ayuda su duda, porque no es fruto del escepticismo, sino de su voluntad incierta.

No perciben nada de esto Guildenstern ni Rosenkranz. Se inclinan y sonríen complacientes, mimen gracias, y lo que el uno dice, como un eco lo repite el otro. Y cuando, finalmente, mediante el drama que nace dentro del drama y del discreteo de los títeres, logra sorprender Hamlet al rey en el secreto de su conciencia , y expulsan del trono al traidor presa de pánico, Guildenstern y Rosenkranz no ven en su conducta más que un deplorable olvido de la etiqueta de palacio. Es todo lo que les permiten los sentimientos propios con que contemplan el drama de la vida . Junto al secreto de

Hamlet están, y no sospechan nada del mismo. Y no tendría finalidad alguna iniciarlos en ese secreto. Son copas chicas, cuyo espacio no sería posible aumentar. Al finalizar el drama, se indica que han sido sorprendidos ambos planeando un artero golpe contra una tercera persona, y fueron, o serán, muertos violenta o bruscamente. Pero, un fin tan trágico, aunque el Humor de Hamlet le concede una apariencia de sorpresa de comedia, y de justicia, no es el que cabe a jóvenes de su calaña. No mueren éstos nunca. Al morir Horacio -aunque no en presencia del público-, en defensa de la causa de Hamlet, no deja hermano alguno:

*(Absents him from felicity a while,
and in this harsh world draws his breath in pain...)*

Tan inmensamente lejos de la pura felicidad, arrastran por este mundo su desaliento...

Pero son inmortales Guildenstern y Rosenkranz, como Angelo y como Tartufo, y merecen vivir eternamente junto a éstos. Constituyen el tributo pagado por la vida moderna al viejo ideal de la amistad. Quien escriba en lo futuro un nuevo tratado *De Amicitia* tendrá que reservarles en el mismo un lugar, y glorificarlos en prosa ciceroniana. Son tipos

eternamente inmutables. Sería no comprenderlos, intentar censurarlos. Lo que ocurre, es que no se encuentran en el lugar que les corresponde, y nada más. No es contagiosa la grandeza del alma. Estén solos desde su nacimiento los pensamientos y sentimientos sublimes.

Lo que no pudo comprender Ofelia, tampoco pudieron comprenderlo Guildenstern y su amado Rosenkranz, Rosenkranz y su amado Guildenstern.

Y, naturalmente, no es que pretenda compararlos. Es mucho mayor la diferencia entre nosotros dos, que entre ellos y Hamlet. Fue en ti libre elección, lo que había sido en ellos fruto de la casualidad. Premeditadamente, sin que te impeliese a hacerlo, te introdujiste a la fuerza en mi terreno, y usurpaste un puesto al cual no tenías el menor derecho, ni para el cual eras idóneo, logrando con tenacidad singular que tu presencia fuese uno de los elementos esenciales de todos y cada uno de mis días, recabando para ti mi vida entera, sin hacer con ella nada mejor que destrozarla. Por extraño que pueda parecerte, era muy natural que hicieses lo que hiciste. Si se le entrega a una criatura un juguete demasiado maravilloso para su mentalidad, o dema-

siado bello para sus ojos, hasta ese instante nada más que entreabiertos, si la criatura es traviesa, hará trizas el juguete, y si es poco cuidadosa, lo dejará caer y se alejará con sus amiguitos. Y lo mismo ha ocurrido contigo. Cuando te adueñaste de mi vida, no supiste qué hacer con ella. Era imposible que lo supieras. Para tus manos resultaba algo por demás maravilloso. Debiste dejarla caer y marcharte otra vez con algún camarada de juego. Pero como eras travieso, la hiciste añicos. Y es esto, quizá, al final de cuentas, la última verdad.

Y es que siempre las verdades son más pequeñas que sus manifestaciones. Acaso pueda conmover al mundo la mutación de un átomo. Y, para que te des cuenta de que no me muestro más indulgente conmigo que contigo, agregaré lo siguiente aún: tu relación, para mí tan peligrosa, fue todavía más fatal a causa del instante especial en que se inició. Pues te encontrabas en la edad en que todo lo que se hace, no es sino arrojar la semilla, y yo estaba en aquella en que todo cuanto se hace, no es sino cosechar lo sembrado.

Todavía hay algunos extremos acerca de los cuales debo escribirte. Se refiere el primero de ellos a mi falencia. Me enteré hace unos días -con profunda

pena, lo confieso- de que es ya demasiado tarde para que los tuyos puedan indemnizar a tu padre, pues la ley no lo permite, y que tendré que permanecer bastante tiempo en mi deplorable situación actual. Esto es muy triste para mí pues, según me lo afirma un hombre de leyes, ni siquiera puedo dar a la publicidad un volumen sin permiso del administrador de la quiebra, a quien tendrían que ser presentadas todas las liquidaciones, no podré firmar contrato alguno con directores de teatro, ni hacer representar una obra, sin que fuesen los derechos a parar a tu padre y a mis otros escasos acreedores.

Reconocerás ahora que ese plan de embarcar a tu padre, permitiéndole me hiciese declarar en estado de quiebra, no tuvo realmente el maravilloso resultado que te prometías.

Para mí, por lo menos, esto es por demás doloroso, y el sentimiento de humillación que mi miseria me produce, debía haberse tenido en cuenta antes que ese Humor tuyo, tan mordaz o tan insospechado. Es indudable una cosa: que por haber permitido mi falencia, por haberme inducido al primer proceso, le hiciste el juego a tu padre, y llegaste a donde él pretendía llegar.

Desde un comienzo se hubiera visto impotente, solo y sin ayuda ajena. Fue en ti -aunque no hayas pretendido desempeñar tan deslucido y feo papel-, en quien siempre halló su primer aliado.

Me entero, gracias a una carta que me envía More Adey, que el verano último expresaste insistentemente el deseo de devolverme lo que por ti gasté . Como le decía en mi contestación, desgraciadamente he sacrificado por ti mi arte, mi existencia, mi apellido, mi posición ante la posteridad, y aunque pudiese tu familia poseer todas las maravillas del mundo, el genio, la opulencia, el elevado rango, y otras cosas por el estilo, y lo depositase todo a mis plantas, ni siquiera podría pagarme la décima parte de las cosas más nimias que me fueron arrebatadas, ni una sola lágrima de las últimas que vertí. Sin embargo, es preciso que se pague todo cuanto uno hace. Hasta cuando se ha sido declarado en quiebra.

Tú, por lo que advierto, supones que la quiebra es un medio muy cómodo para no saldar las deudas. Y que realmente es posible burlar a los acreedores. Pero las cosas son muy distintas.

La quiebra es el procedimiento mediante el cual los acreedores le embarcan a uno -y recorro a tu expresión favorita-, y mediante el cual la ley, adue-

ñándose de todo cuanto uno tiene, le obliga a pagar todas y cada una de sus deudas; y si no está en situación de hacerlo, lo dejan tan desprovisto de fondos como el más mísero de los menesterosos que se encuentre en el quicio de una puerta o marche calle abajo, tendiendo la mano en solicitud de una limosna, cosa que, al menos en Inglaterra, no se hace sin temores.

La ley todo no sólo me arrebató cuanto yo poseía: mis libros, mis muebles, mis cuadros, mis derechos de autor de obras publicadas, los que me corresponden por mis piezas teatrales, todo, en pocas palabras, desde *El príncipe feliz* y *El abanico de Lady Windermere*, hasta las alfombras de la escalinata y los quitabarros de mi casa, sino todo lo que en el futuro pudiera llegar a tener. Así, por ejemplo, se ha enajenado la parte que me corresponde en mis bienes gananciales. Pude, por suerte, y gracias a mis amigos, recuperarla. De lo contrario, mis dos hijos, si falleciese mi esposa, se encontrarían, viviendo tan carentes de recursos como yo mismo.

La parte que me toca en la finca de Irlanda, heredada de mi padre, es de suponer que será lo primero en entrar en turno. Su venta despierta en mí muy

dolorosos sentimientos, pero la resignación es lo único que me resta en la emergencia.

Aquellos setecientos peniques -¿o eran libras?- de tu padre, pronto han de llegar, y le serán abonados. Y aunque se me quite todo lo que tengo y lo que pueda tener, y el proceso, desvanecidas ya las esperanzas de mi capacidad de pago, sea sobreseído, seguirán impertérritas mis deudas. Quedan aún por pagar las comidas del Savoy: la sopa de tortuga, los hortelanos cubiertos por sus dentadas hojas de parrá siciliana, el pesado champaña de ambarino color, y hasta casi oliendo a ámbar, tu vino predilecto, me parece que era el Dagonet 1880, las cenas de Willis; las *cuvées* (vinos seleccionados) de Perrier-Jouet, especialmente reservadas para nosotros; los deliciosos pasteles de *foie-gras*, traídos en línea directa de Estrasburgo, el maravilloso coñac, que era siempre servido en el fondo de grandes copas acampanadas, a fin de que su aroma fuese gustado convenientemente por los sibaritas de todos los refinamientos reales que brinda la vida; nada de esto puede quedar sin pagar, como vergonzosas deudas de un anfitrión desleal. Y aquellos bonitos gemelos -cuatro labradorcitas acorazadas, con puntitos de plata alternando con rubíes y diamantes- que yo mismo dibujara y

encomendara a Henry Lewis, modesto obsequio con el que pretendía celebrar contigo el éxito de mi segunda comedia, también tendré que pagarlos, a pesar de que los vendiste pocos meses más tarde por un trozo de pan; no es posible que consienta que sufra el joyero una pérdida por los regalos que te hice, sea cual fuere el uso que posteriormente hicieras de ellos.

De modo que ya ves que yo, aunque se produzca el sobreseimiento del proceso, tengo que pagar aún mis deudas. Y lo que se aplica a quien ha quebrado, puede aplicarse también a cualquier otra emergencia de la vida. Alguien tiene que pagar todo lo que se hace. Tú mismo, a pesar de tu afán de ser relevado de todos los deberes, de la tenacidad con que logras que otro te lo proporcione todo, y de tus esfuerzos por rechazar todas las obligaciones de afecto, consideración o gratitud, verás el día en que tendrás que meditar seriamente acerca de lo que hiciste, y en que no podrás dejar de intentar deshacerlo, por inútil que esto sea.

Y será una parte de tu castigo que no te encuentres en condiciones de poderlo hacer. No es posible que te laves las manos de toda responsabilidad y que, con un encogimiento de hombros, marches

con una sonrisa hacia un nuevo amigo, o te aproximes a otra mesa recién tendida.

Tampoco es posible que todo lo que me sucedió por tí, sea para tí tan sólo un recuerdo sentimental y que si conviene, se sirva de sobremesa al mismo tiempo que los cigarrillos y los espirituosos, como pintoresco fondo de una vida moderna, o sea como una vieja tela en el muro de una taberna.

Por el momento, parece poseer el encanto de un plato nuevo, o de un vino nuevo, pero se tornan duras las migajas del festín, y es amargo el fondo de una botella. Quizá hoy, mañana quizá, quizá cualquier otro día, sonará la hora en que debas comprender esto. Y si no, si llegases a morir sin haberlo comprendido, ¡qué mísera tu vida, qué hambrienta y qué pobre tu imaginación!

Ya dejaba entrever, en mi carta a More, mi opinión, según la cual lo mejor que te resta por hacer es entrar lo antes posible en el fondo del asunto. Te dirá él de qué se trata. Es preciso que hagas trabajar tu imaginación para comprenderlo.

No te olvides que es éste el don que le permite a uno ver las cosas y a los hombres en sus relaciones verdaderas, tanto en las reales como en las ideales. Si sólo eres incapaz de sentirlo, habla de ello con

otros. Tuve que enfrentarme directamente con mi pasado; enfréntate directamente con el tuyo. Toma asiento con calma, y examínalo. La liviandad es el mayor de los vicios, es justo todo lo que llega a la conciencia. Habla con tu hermano de ello. Percy es el hombre más a propósito para esto. Muéstrale esta carta, y que sepa todos los pormenores de nuestra amistad. Si los hechos se le exponen con claridad, no existe un juicio más seguro que el suyo. ¡Cuánto dolor y cuánta vergüenza me hubiera evitado si le hubiésemos dicho la verdad! Te acordarás que te lo propuse aquella tarde en que llegaste a Londres, de regreso de tu viaje a Argel. Te negaste a ello de un modo rotundo. Y por eso, cuando llegó a casa después de comer, tuvimos que fingir la comedia de que tu padre estaba loco y era presa de inexplicables y tontas alucinaciones. Fue deliciosa la comedia mientras duró, tanto más cuanto que Percy lo tomó todo muy en serio. Desgraciadamente, la comedia terminó de un modo repugnante. Esto acerca de lo cual te escribo ahora, te ruego no eches en olvido es que para mí la más profunda de las humillaciones y una humillación por la cual no tengo más remedio que pasar. No puedo elegir, ni tú tampoco.

El segundo extremo del cual necesito hablarte se refiere a las condiciones, circunstancias y lugar en que debamos vernos al concluir mi condena. Por ciertos párrafos de la carta que enviaste a Robbie, a comienzos del último verano, sé que conservas en dos paquetes lacrados mis cartas y mis obsequios - por lo menos lo que de los mismos resta-, y que es tu intención entregarme eso personalmente. Es natural que me los devuelvas. No comprendiste jamás por qué te escribía cartas tan hermosas ni te hacía tan hermosos obsequios. No comprendiste que ni estaban éstos destinados a ser pignorados, ni a ser publicadas aquéllas. Aparte de pertenecer a un capítulo ya cerrado de mi vida, son partes integrantes de una amistad que no supiste estimar en su verdadero valor. Cuando miro nuevamente hacia atrás, hacia los días aquellos en que tenías en la mano toda mi vida, no podrás evitar el asombro; también yo vuelvo asombrado la vista hacia esos días, y con unos sentimientos muy distintos de los que eran entonces los míos.

Para un ser tan moderno como yo, tan *enfant de mon siècle*,³ constituirá siempre un placer, aunque sólo sea contemplar el mundo. Tiemblo de júbilo al

pensar en los citisos que han de florecer en los jardines el día en que abandone mi cárcel, en los citisos y en las lilas, y en que podré ver cómo se agita incansablemente al viento el oro que pende de aquéllos y desmenuza la débil púrpura del plumaje de las otras. Tendré la impresión de que estoy envuelto en un aire proveniente de Arabia. Cayó Linneo de hinojos y lloró emocionado al ver por vez primera la vasta llanura de una meseta inglesa dorada por la aromática retama; yo, para quien las flores constituyen una de mis añoranzas más ardientes, sé que los pétalos de las rosas me reservan lágrimas. Me ocurre lo mismo desde niño. No existe ni siquiera uno de los tonos ocultos en el cáliz de una flor, o en el cuenco de un caracol, con el cual no esté familiarizado a causa de la suave simpatía que inundaba mi alma de criatura. Con Gauthier, he sido uno de aquellos para quienes existe el mundo visible.

Pero sé ahora que detrás de todas estas bellezas, por sugestivas que sean, hay escondido un espíritu del cual brotan las formas, y las figuras son sólo un reflejo, y es con este espíritu que deseo fundirme. Harto estoy de la expresión netamente perceptible

³ Hijo de mi siglo.

de los hombres y las cosas. Lo místico en el arte, en la vida y en la naturaleza, es lo que busco, y que quizá pueda encontrar en las grandes sinfonías musicales, en la solemnidad del dolor, o en el fondo del mar. Más aún: es absolutamente indispensable para mí encontrarlo en alguna parte.

Experimento un amor especial por los sencillos y grandes elementos, como el mar, que es para mí, como la tierra, igual que una madre. Creo que contemplamos todos por demás a la naturaleza, y vivimos por demás alejados de ella.

Me parece muy sana y muy sensata la actitud de los helenos para con ella. No se les ocurría nunca hablar de las puestas de sol, ni ponerse a discutir sobre si eran moradas o no las sombras en la hierba; pero comprendían que el mar es para los que nadan, y la arena para los pies de los corredores. Gustaban de los árboles por la sombra que dan, y del bosque por el silencio que lo invade en los mediodías. En la viña, el vendimiador coronaba con pámpanos sus cabellos, para defenderse de los rayos solares cuando se agachaba sobre los jóvenes tallos. Y para el artista y el atleta -los dos tipos que nos legó la Héla-de-, trenzaban en coronas las hojas del amargo lau-

rel y de la etusa que, de no haber sido por esto, no le habrían brindado al hombre la menor utilidad.

Denominamos utilitaria una época de la cual nada sabemos aprovechar. Nos olvidamos que el agua sirve para lavar las manchas, el fuego para purificar, y que la tierra es nuestra madre común. Y es por esto nuestro arte un arte lunar, y juega con sombras, en tanto el arte griego era el del sol y se dirigía directamente a las cosas. Estoy persuadido de que los elementos tienen un poder de purificación, y deseo retornar a ellos y vivir con ellos.

Nos jugamos la vida en todos nuestros procesos, tal como todas las sentencias son sentencias de muerte para nosotros. Y yo he sido procesado tres veces. Abandoné la primera vez la sala para permanecer arrestado; la segunda para ser nuevamente conducido a la prisión, y la tercera, para ir a encerrarme dos años enteros en la mazmorra de un presidio. La sociedad, según lo hemos ordenado, no me reserva puesto alguno, ni puede brindarme ninguno; pero la naturaleza, cuya dulce lluvia se precipita lo mismo sobre los justos como sobre los pecadores, tendrá alguna hendidura en las rocas de sus montañas para brindarme refugio, y ocultos valles en cuyo silencio pueda llorar en libertad. Esto hará que se

pueblo de estrellas la noche, para que yo, en el desierto, pueda marchar seguro a través de las tinieblas. Y haré que el viento borre la huella de mis pasos, para que nadie pueda perseguirme y hacerme daño. Mis faltas ha de lavar en la inmensidad de sus aguas, y con sus hierbas amargas ha de curarme.

Si marcha todo bien, seré puesto en libertad a fines de mayo, y espero salir, entonces, en compañía de Robby y de More Adey, para algún puertecito de mar extranjero.

En una de sus *Ifigenias*, Eurípides dice que el mar lava todas las manchas y todas las heridas del mundo. Pienso pasar cuanto menos un mes con mis amigos, y recobrar en su sana y grata compañía la paz y el equilibrio, y lograr un corazón menos lleno de angustia, y retornar a un más tranquilo estado de espíritu. Y transcurrido un mes, cuando las rosas de junio estén en todo su esplendor, deseo, si es que me encuentro en condiciones, hacer que Robbie disponga un encuentro contigo en alguna tranquila ciudad extranjera, digamos en Brujas, cuyas grises casas, cuyos verdes canales y frescos y apacibles caminos, tienen para mí, desde años atrás, un gran encanto. Si me quieres ver, tendrás que despojarte de ese titulito del que te vanagloriabas tanto, ha-

ciendo que sonase tu nombre como el de una flor; así como también tendré yo que despojarme de ese nombre que tan musicalmente sonaba antaño en boca de la fama.

¡Mezquino y estrecho es este siglo nuestro, y poco apropiado a sus vicios! Le da un palacio de pódrido al éxito, pero ni siquiera tiene una choza para la vergüenza y el dolor. Todo lo que por mí puede hacer, es invitarme a cambiar de nombre, cuando la misma Edad Media me hubiera brindado una capucha de monje o el cubrefaz de un leproso, detrás de los cuales hubiera podido vivir en paz.

Aliento la esperanza de que nuestro encuentro será el que deba ser después de todo lo pasado. Otrora, siempre estuvimos separados por un profundo abismo: el que separa el arte perfecto de la cultura adquirida. Pero aún es más hondo este abismo hoy, pues es el abismo del dolor. Sin embargo, nada es imposible para la humildad, y todo resulta fácil para el amor.

En lo referente a la carta con que a ésta respondas, puede ser larga o corta, según te acomode. Debe estar dirigida al Señor Director de la Cárcel de Reading ; dentro de un segundo sobre abierto, pon la misiva para mí. Si es muy fino tu papel, no escri-

bas por las dos caras, pues tal cosa traba la lectura. Te he escrito con absoluta libertad, y de la misma manera puedes escribirme a mí. Lo que necesito saber de ti, es por qué no intentaste ni siquiera escribirme una vez desde agosto del año pasado, especialmente luego de haber sabido, en mayo último, o sea hace once meses -y ni siquiera lo disimulaste-, todo lo que padecía por ti, y cómo me daba cuenta de ello.

He estado aguardando noticias tuyas un mes tras otro. Y aun cuando no las hubiera aguardado, cerrándote las puertas, debías haber pensado que nadie puede cerrar las puertas del amor. En el Evangelio, se levanta finalmente el Juez injusto para pronunciar una sentencia justa, porque viene a llamar la justicia a su puerta todos los días; de noche, el amigo en cuyo corazón no anida el cariño verdadero, acaba de oír al amigo, a causa de su ardiente deseo . No hay en el mundo cárcel cuya entrada el amor no pueda forzar. Si no lo has comprendido, es que nada has comprendido del amor. Dime, también, todo cuanto se relacione con tu artículo a mi respecto en el *Mercure de France*. De algo estoy enterado, pero mejor es que me lo digas tú. Ya debe haberse publicado.

Mándame también el texto de la dedicatoria de tu poesía. Si se halla en prosa, envíame esa prosa, y si está en verso, envíame esos versos. No me cabe la menor duda de que han de encerrar alguna belleza.

Escríbeme con franqueza y libertad a tu respecto, y con respecto a tu vida, tus amigos, tus tareas, tus libros. Háblame de tu volumen de poesías, y de la acogida que haya obtenido. Di sin temor todo cuanto tengas que decir, si es que algo tienes. No escribas lo que no sientas. Únicamente esto importa. Si tu carta tiene algo de falsa o artificial, de inmediato lo conoceré en el tono.

No en vano me convertí, en el culto que profesé toda mi vida a la literatura, en alguien que no es menos avaro de sus vocales y sílabas que Midas de su oro . Piensa que también yo tengo que conocerte todavía. Acaso todavía tengamos que conocernos el uno al otro.

Sólo esto he de decirte aún yo a ti: no le tengas el menor temor al pasado. Si te dicen los hombres que no se puede cambiar el pasado, no los creas: el pasado, el presente y el futuro, sólo son un instante para Dios, ante Quien debiéramos esforzarnos en vivir.

No son el tiempo y el espacio, la sucesión y la extensión, más que casuales relaciones de ideas, que puede traspasar la imaginación para moverse en libertad en el campo de las existencias ideales. Y son las cosas también, de acuerdo con su esencia, lo que nos guste que sean. Lo que son, depende de la manera como las contemplamos.

Blake dice: Allí donde otros tan sólo ven el crepúsculo descender sobre la montaña, yo veo retozar de júbilo a los hijos de Dios .

Eso que todo el mundo y yo mismo considerábamos como mi porvenir, lo perdí sin remedio el día en que me dejé arrastrar a iniciar un proceso contra tu padre, e incluso mucho antes de eso. Lo que ahora se me brinda, es el pasado. Conseguiré verlo con ojos distintos y conseguiré que también Dios lo vea así. Y no me sería esto posible, abandonándolo o despreciándolo. No puedo ni ensalzarlo, ni renegar de él. Por el contrario, debo considerarlo como una parte inevitable del proceso de mi vida y de mi naturaleza, y agachar la cabeza ante todo lo que he padecido.

Cuán alejado estoy aún de la verdadera serenidad, ha de demostrártelo con toda nitidez esta carta, con sus titubeantes y variables estados de espíritu, con

su desprecio y su amargura, con sus anhelos y con la impotencia de convertirlos en acción. Pero, no eches en olvido cuán espantosa es la escuela en que me veo sentado ante mi tarea. Por muy imperfecto, por muy incompleto que yo sea, has de aprender mucho de mí aún. Quisiste que te enseñara el placer de vivir y el placer del arte; quizá esté llamado a enseñarte una cosa infinitamente más bella: el valor y la hermosura del dolor.

Tu amigo que te quiere:

OSCAR WILDE